

HERNÁN CASCIARI

— EL NUEVO —  
**PARAÍSO**  
..... DE LOS .....  
**TONTOS**



¿LE DARÍAS LA CONTRASEÑA DE E-MAIL A TU PAREJA?

de

Historias cotidianas, absurdas, dramáticas o hilarantes, con un denominador común: la irrupción de la tecnología en nuestras vidas. A través de una serie de relatos cortos, Casciari aborda los grandes temas de la condición humana: los celos, la traición, la lealtad, el desamor o la locura, pero con un nuevo protagonista: la tecnología. Estos ingeniosos e irónicos cuentos proponen una serie de sugerentes interrogantes, como por ejemplo: ¿le daríamos la contraseña de Gmail a nuestra pareja? O, en caso de divorcio, ¿quién se quedaría con la custodia del Flickr?



Hernán Casciari

# **El nuevo paraíso de los tontos**

ePub r1.0  
lenny 28.04.14

Hernán Casciari, 2010  
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny  
ePub base r1.1





# ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



  
epublico



*A Florencia Casciari  
Al Negro Sánchez*

*A Rebeca, Manuela, Tomás y Delfina*

# PRÓLOGO



## Los bloggers muertos no van al cielo

El día 2 de junio del año 2005, en Estados Unidos, asesinaron por primera vez a un blogger. Como en esos tiempos los blogs todavía estaban de moda (ni Twitter ni Facebook habían dicho presente) entonces la noticia apareció en la prensa. El muerto se llamaba Simon, y la policía pudo dar con el criminal porque el occiso, antes de morir, nombra a su verdugo en su último post: «*El ex novio de mi hermana está aquí, fumando y recorriendo toda la casa; suerte que se irá pronto*», escribía ingenuamente el blogger. Por lo visto tuvo tiempo de darle al botón enviar antes de que su cuñado le partiera la cabeza con un picahielo.

El asesino se llama Jin, y también mató a la hermana del blogger. Los mató a los dos y se fue lo más tranquilo a su casa, a mirar la semifinal de la NBA. Creía no haber dejado huellas, creía haber quitado, limpiado y borrado todos los rastros en la escena del crimen, pero algo se le escapaba: no sabía que Simon lo había mencionado en su blog, a las 5:05 pm, mientras él fumaba y recorría la casa, media hora antes de matar. El asesino no sabía que había quedado una huella delatora, en forma de venganza o boomerang, en el texto póstumo de su víctima.

El blog de Simon es una bitácora personal como las hay a millones. Simon tenía diecinueve años, era hijo de un padre chino y una madre americana, le gustaba la computación, el tenis y el estudio de los idiomas. Escribía casi todos los días en su blog; los textos eran cortos y lo leían unos pocos amigos. Su penúltimo post tuvo 10 comentarios. El último, en cambio, el famoso *post-mortem*, está a punto de alcanzar los 3000 mensajes de lectores. La gente ha leído la noticia en la prensa y ha ido a escribirle cosas al muerto. Su bitácora se ha convertido en un velatorio permanente,

en un altar con flores y velas encendidas, como los que se ponen en las carreteras, justo en el sitio del choque frontal.

Cuando se muere un blogger, se muere también la contraseña de su blog, es decir: muere la posibilidad de modificar el texto, y entonces ese espacio en Internet deja de pertenecerle a un vivo, para comenzar a ser patrimonio de un fantasma. Todavía no sabemos si en el más allá (en el cielo, en el infierno) hay cibercafés, no sabemos si la muerte es compatible con *Movable Type*, ni si al convertirnos en espíritus errantes tendremos tiempo de seguir escribiendo nuestra rutina diaria. No lo sabemos porque hasta hace unos días no había bloggers muertos. Pero ahora ya hay uno y puede que, alguna vez, Simon escriba un nuevo texto, porque él sí se sabe la contraseña de su blog. Yo, por precaución, me guardé su dirección en los favoritos y cada tanto vuelvo a la bitácora de Simon, para ver si su fantasma nos quiere decir algo.

Todo esto me ha llevado a pensar que un día, dentro de unos treinta o cuarenta años, Internet estará lleno de blogs a los que se les habrá muerto el dueño. Bitácoras a la deriva del tiempo, textos inconclusos que acabarán diciendo «*mañana les cuento algo que me ha causado mucha gracia*». Y después nada. Después un silencio eterno. Los lectores no sabrán nunca que el blogger ha muerto. Los lectores pensarán que se ha cansado, o que le han cortado la banda ancha, o que ya no quiere escribir. La muerte rondará en silencio, congelando las historias cotidianas, cortando la continuidad del home, confundiendo al caché de Google.

Y si seguimos fantaseando con el paso del tiempo, notaremos enseguida otras novedades a las que no prestamos atención, pero que en el futuro serán moneda corriente. Por ejemplo, que los blogs de nuestros hijos tendrán un link a nuestra bitácora, una vez que ya no estemos en este mundo. Y también los blogs de nuestros nietos tendrán, en el menú de la derecha, un apartado en el que dirá: «*Ir al blog del abuelo*».

El tiempo pasa volando. En aquellos días de 2005 los blogs todavía eran una especie de revolución. La prensa los adoraba, les inventaba virtudes. Como por ejemplo la virtud de resolver un crimen. Hoy ya no ocurre esto.

Si por ejemplo mañana asesinaran a un blogger, la prensa no se haría eco del asunto. Porque los blogs han dejado de estar de moda. Hoy habría que dejarse asesinar en Facebook, o en Twitter, para que apareciera la cuestión en los periódicos.

Y no está mal, porque la palabra blogger es muy fea. Y también la españolización de ese término: bloguero. Las dos palabras son horribles, pero en castellano suena todavía peor. Blogger por lo menos tiene doble consonante, y eso le da un cierto lejano (y falso) prestigio. Pero bloguero, en español, se parece a un insulto tropical. No me cuesta sospechar a una madre cubana, o dominicana, diciéndole así al vago de su hijo:

—¡Pero no sea usted bloguero, hijo mío, levántese y vaya a trabajar!

La sensación que da la palabra bloguero, y también blogger, es la de una persona que no ha encontrado todavía qué tiene para decir en Internet. Es una palabra hueca, vacía de oficio. Una palabra desapasionada y triste.

Hace ya bastante tiempo creí descubrir que la primera gran división entre los usuarios que utilizaban la herramienta blog era la siguiente: por un lado, había personas que utilizaban la herramienta llamada blog por una razón puntual (la necesidad es anterior a la emergencia); y por el otro lado, había personas que poseían un blog pero todavía no sabían para qué lo necesitaban (la emergencia, anterior a la necesidad).

En el primer grupo (el minoritario) siempre fue un error conceptual llamar a estos usuarios «bloggers». Se llaman, cada uno, del modo que se llamaban antes de utilizar un blog: poetas, informáticos, estudiantes, periodistas, estudiantes de periodismo, fotógrafos, retocadores de fotografías, columnistas, monologuistas, narradores, arquitectos, novelistas, humoristas gráficos, etcétera.

En el segundo grupo (que hasta ayer era el mayoritario) sí hacía falta una definición. Y entonces «blogueros», o «bloggers», pudo ser una de ellas. Se trataba de personas que utilizan las herramientas porque existen las herramientas. Ya después verían qué hacer con ellas. Como ocurre ahora con otras modas.

Por eso suelo decir que nadie es un bloguero. La mayoría de la gente que utiliza Internet para comunicarse sí tiene algo para decir, algo para

ofrecer, algo interesante para aportar. La mayoría genera contenidos y les gusta hacer lo que hacen. Y me imagino que así lo venimos haciendo — todos— desde mucho antes de la aparición de Internet.

A mí me pasa un poco lo mismo: soy escritor desde los nueve años, porque ésa fue la edad con que escribí mi primer cuento a máquina y alguien lo leyó. Y soy periodista desde los trece, porque a esa edad me publicaron una crónica de mil quinientos caracteres —sobre básquet— en el diario de mi pueblo bonaerense, Mercedes.

Desde que tengo memoria, cuando me preguntaban cuál era mi oficio yo decía escritor, o decía periodista. Así lo dije a los 15 años, a los 17, a los 23 y a los 30; siempre con la misma seguridad, con la convicción de no estar mintiendo.

Desde hace un cuarto de siglo vengo utilizando (para escribir mis cuentos y mis crónicas) las diversas herramientas de escritura que me proponen los tiempos: lápiz, cuaderno; tiza, pizarrón; bolígrafo, carpeta; máquina de escribir, folio A4; máquina de escribir eléctrica, folio carta; ordenador 286, WordPerfect 5.0, formulario continuo, impresora de chorro. Etcétera.

Nunca, en todo ese tiempo, a nadie se le ocurrió bautizarme cuadernero, ni pizarronero, ni carpetero, ni olivetero, ni wordperfectero, ni impresor de chorretero.

El siglo xx era maravilloso: no importaba dónde escribieras, ni en qué soporte; siempre serías un escritor.

Pero a finales del año 2003, intentando mantener mi equilibrio cotidiano con el progreso, empecé a escribir una novela online, y en lugar de utilizar un cuaderno, o una pizarra, o un bolígrafo, o una olivetti, utilicé un blog.

Desde ese día suena el teléfono en casa y la gente pide hablar con un bloguero. Desde entonces sale mi nombre en la prensa precedido por la palabra blogger. Y me hacen preguntas sobre blogs, y no sobre lo que escribo. Y me pagan para que componga blogs, sin importar lo que en ellos redacte. Y me invitan a dar charlas sobre blogs, con todo pagado, y me alojan en hoteles fantásticos, y me dan de comer.

Es decir, una vida de mierda.

Años enteros estuve quemándome las pestañas para ser un escritor, o por lo menos un cronista de mi tiempo, un observador de la realidad que redacta cuentos en la bohemia de la noche; y a la mitad de ese camino maravilloso viene alguien y me pone en el lomo una etiqueta absurda que, hace ya varios años, estoy intentando despegarme de la espalda.

Bloguero.

Y las preguntas ya no son «¿Cuál será tu próxima novela?», o «¿Qué nuevo cuento está usted pensando ahora, señor Casciari?». No señor. Las preguntas son: «¿Es tuyo el blog del perro que habla?» o también: «¿Tienes pensado abrir otro blog?».

Durante los primeros dos años, como un estúpido, contesté estas preguntas porque suponía que se trataba de una cuestión pasajera. Pero al tercer año, en el 2006, me cansé de recibir siempre los mismos cuestionarios de la prensa, y de contestar idénticas preguntas en las radios.

Una semana de aquellas épocas espantosas, una periodista (de revista argentina cuyo nombre no develaré) me pidió un reportaje. Le dije que bueno. En esos tiempos yo había ganado un premio al mejor blog del mundo, en Alemania, y me costaba horrores responder mil veces lo mismo a la prensa, y eran atípicas las preguntas originales. Uno siempre espera algo de piedad; pocas veces te dan el gusto. Esta vez tampoco hubo suerte. La primera inquietud del cuestionario era la de siempre: *¿Cómo descubriste el mundo de los blogs?* La tercera era peor: *¿Cuándo sentiste que eras un blogger?* Pero lo más triste, ay, aún estaba por llegar.

La primera tentación, cuando te llega un cuestionario insulso, lleno de preguntas tópicas, es indagar en los archivos del correo electrónico, buscar un antiguo cuestionario idéntico y hacer copy-paste con respuestas similares. ¿Total, a quién le importa? Ni estás mintiendo, ni es ilegal, ni es plagio. Incluso, de esa forma, te cubres de no decir dos cosas diferentes ante el mismo requerimiento.

Pero yo tengo una especie de lema, una alerta en el cerebro que me guía en mis acciones cotidianas y que dice así:

—«Nunca hagas lo que haría un abogado».

Y estoy seguro que un abogado, ante el dilema de tener que responder lo mismo dos veces, haría copy-paste. Es más: ellos lo llaman crear precedente, lo hacen todo el tiempo, alardean de ello y les parece de lo más normal.

Entonces decidí tomarme un rato libre, relajarme, y no contestar lo de siempre. Otra vez, como un pánfilo, tomé la decisión de responder cosas nuevas a las mismas preguntas. Hay gente que a eso le llama mentir (por ejemplo, los abogados), pero yo creo que tiene que ver con equilibrar el mundo.

A estas alturas está clarísimo que el mundo es una mierda, y que no es posible hacer nada heroico para salvarlo al completo. Lo único que podemos hacer, con suerte y paciencia, es no convertir nuestra vida en algo mediocre. Nuestra pequeña parcela, nuestros pocos años. ¿Qué sentido tiene nivelar para abajo? ¿Vamos a responder como autómatas sólo porque las preguntas las hace un autómata? No. Porque es lo que haría un abogado.

Éstas eran las preguntas:

1. ¿Cómo descubriste el mundo de los blogs?
2. ¿Cómo te metiste en el mundo de los blogs?
3. ¿Cuándo sentiste que eras un blogger?
4. ¿Qué te inspiró a conjugar literatura y blog?
5. ¿Por qué y cuándo te fuiste de la Argentina?
6. ¿Cómo te influyó eso para llegar a tu hoy?
7. ¿Cómo fue meterte en un campo sin mucha historia... etc?
8. ¿Cuál fue el mayor obstáculo con el que te encontraste?
9. ¿Cómo lo superaste?
10. ¿Cuál fue la mayor sorpresa?
11. ¿Considerás solitario tu trabajo?
12. ¿Qué le dirías un chico que quiere crear un blog?

El periodismo es un oficio de lo más bonito, y la entrevista es un arte menor que, en ocasiones, adquiere alma. Para que este arte funcione hay que ponerle voluntad. Pero se trata de una música que se toca a cuatro

manos, y tiene que haber voluntad de los dos lados del mostrador. Cada cual tiene que hacer lo que sabe, o lo que debe. Y el copy-paste no es una opción. La mediocridad no es una opción, ni siquiera una excusa para no seguir intentando equilibrar este arte menor, primo hermano del oficio de escribir.

Con esta premisa, una noche ya lejana de 2006 me senté a contestar cosas nuevas. Como siempre, lo que hice fue ponerme a jugar y a decir lo primero que me apareciera por la cabeza (no hay otra forma de responder cuestionarios pavos, ni de salvarse de una noche aburrida). Y a eso de las seis de la mañana, cansado pero contento, le envié el mail con las respuestas a la periodista.

*¿Cómo descubriste el mundo de los blogs?*

Una mañana calurosa de 2003 me levanté de la cama y le dije a mi mujer: «Salgo». «¿A dónde vas?», me preguntó. «A descubrir el mundo de los blogs». Y ella me dijo, me acuerdo patente: «Cuando vuelvas traé desengrasante».

*¿Cómo te metiste en el mundo de los blogs?*

Fue muy complicado meterme, porque soy un poco gordo y en general los blogs son para gente fashion, de contextura media. Pero le hice unos cortes por el costado, a la altura de la sisa, y me metí igual. Ahora no me lo puedo sacar: parezco un teletubi.

*¿Cuándo sentiste que eras un blogger?*

Siempre, desde chico, quise tener una profesión que repitiera consonante. Pero me decían: «De eso no hay; tenemos carpinteros, soldados, ebanistas, poetas, pero de doble consonante nada». Yo nunca me rendí. Con la llegada del siglo XXI, aparecieron dos: stripper y blogger. Y como soy tímido, elegí ésta porque podés dejarte puesto el calzoncillo.

*¿Qué te inspiró a conjugar literatura y blog?*

Para hacer un blog hay que mezclarlo con algo, sí o sí. Porque un blog, en sí mismo, es insípido, incoloro e inodoro. Hay gente que lo mezcla con la fotografía y sale un fotoblog; otros lo fusionan con la imagen, y sale un videoblog; otros lo juntan con el oído, la nariz y la laringe, y sale un otorrinaringoloblog (éstos están muy de moda ahora en Estados Unidos y Ucrania). Yo decidí mezclarlo con mentiras, y me salió un blog de cuentos.

*¿Por qué y cuándo te fuiste de la Argentina?*

Hay dos versiones. Yo digo que porque me enamoré de una chica que vivía en otro país y en el año 2000 me fui a ese otro país para estar con ella. Pero la chica dice que no me conoce y dos por tres llama a la policía diciendo que me meto en su casa por la ventana de atrás. Actualmente tengo una orden de alejamiento de la Guardia Civil, pero sigo manteniendo mi versión.

*¿Cómo te influyó eso para llegar a tu hoy?*

Vivir en el extranjero te sirve para muchas cosas, por ejemplo para quejarte y para exagerar. Yo me quejo mucho de todo lo malo del extranjero, y exagero mucho todo lo bueno de la Argentina. Un día me equivoqué e hice lo contrario, y me convertí en un rumano que toca el acordeón en el subte.

*¿Cómo fue meterte en un campo sin mucha historia e ir descubriéndolo a medida que lo transitabas?*

La vida es un campo sin historia que vas descubriendo a medida que lo transitás. También lo es el amor a primera vista, la escuela primaria, la primera operación de amígdalas, el primer beso, los primeros tocamientos adolescentes abajo de la cobija, y el primer ataque cardíaco. La muerte, sin ir más lejos, es también un campo sin historia. Al lado de todo eso, el «campo blog» me chupa un güevo.

*¿Cuál fue el mayor obstáculo con el que te encontraste?*

Una vez viajaba en el auto y justo había un puente para cruzar. Delante de mí había un camión seis centímetros más alto que el puente, por lo que



se generó un atasco. El camión no podía ir hacia atrás, ni tampoco hacia delante. No sabíamos qué hacer. Llegaron la policía y los bomberos, pero nadie descubría el modo de solucionar el problema. Ése fue el obstáculo más grande que recuerdo.

*¿Cómo lo superaste?*

Llevábamos horas sin dar con la solución, hasta que un niño de seis años que pescaba bajo el puente, dijo: «¿Y por qué no le desinflan las ruedas al camión para que no sea tan alto y pueda pasar por debajo?». Le hicieron caso al niño y santo remedio. La policía, los bomberos y todos los adultos nos sentimos bastante pavotes.

*¿Cuál fue la mayor sorpresa?*

La mayor sorpresa ocurrió más tarde, cuando el niño pescador, de repente, se quitó una máscara de látex y descubrimos azorados que era un extraterrestre verde, horrible, que salió volando en medio de sonidos guturales. Lo perdimos de vista tras un cerro.

*¿Consideras solitario tu trabajo?*

Mi trabajo es, casi todo el tiempo, el de hacer reír. En los blogs, con los guiones de la tele, en los libros que escribo, y con las cosas que le cuento a mi hija para hacerla dormir. No me parece un trabajo solitario porque estoy rodeado de personajes que tengo que componer, y son todos un poco estúpidos. Y a mí la estupidez me causa gracia y me acompaña.

*¿Qué le dirías a un chico que quiere crear un blog?*

Antes que nada, le preguntaría al chico qué está buscando: si la fama, si una profesión, si un pasatiempo, si dinero fácil, o acostarse con lectoras, o una vocación, o canalizar obsesiones, o sacarle el jugo a la compu que se acaba de comprar, o alardear de blog en el recreo, o qué. ¿Qué quieres, chico? ¡Habla! ¿A qué has venido a mi casa? ¿Por qué me has elegido a mí para hacer esta pregunta, maldito imbécil de corta edad? Una vez dicho esto (a los gritos, desde la puerta), el chico tiene dos opciones: salir disparando del susto, o quedarse y esperar una respuesta. Si se queda, lo obligaría a

limpiar mi Peugeot con dos franelas, en círculos concéntricos, para que practique la coordinación de las manos y un día se convierta en un excelente karateca. Si en cambio se va asustado, yo miro cámara y digo: «He allí, doblando esa esquina, un cobarde que no se atreve a tener un blog».

Dos días más tarde la periodista rechazó la entrevista con este mensaje:

Hernán,

Necesito algo con una onda un poco más formal (¡la revista es del Grupo La Nación!) ¿Se te ocurre cómo podemos hacer algo copado y publicable?

La prensa no quería de mí respuestas originales, sino frases corrientes que certificaran «la revolución de los blogs».

Aquello ocurrió hace tiempo, cuando todavía en los periódicos a alguien le interesaba esta revolución. Cada vez a menos periódicos, es verdad, pero todavía quedaba alguno. Toda la catarata de medios que años atrás me insultaba por teléfono llamándome bloguero, de a poco empezaba a mermar.

En 2004 la prensa empezó a apostar por la tendencia, y la llamó justamente así: «La revolución de los blogs». Pero en 2006 las cosas cambiaron un poco para bien, y entonces la palabra ya no era revolución, sino fenómeno. Se corrigió el primer error y se llamó a la cosa «El fenómeno de los blogs». En ese año empecé a sentirme un poco mejor, porque entendí que el asunto había empezado, lentamente, a pasar de moda.

Muy pocos se dieron cuenta de la diferencia entre esas dos palabras. Pero yo lo noté enseguida, porque estaba esperando que ocurriese la debacle. Supe que era un muy buen síntoma que algo pasara de ser una Revolución a ser un Fenómeno. Era como si, de repente, el Che Guevara, a punto de liberrar Cuba del yugo capitalista, decidiera unirse a un circo ambulante y disfrazarse de payaso.

Los blogueros ya no eran revolucionarios, sino fenómenos. Lo decía la prensa. Y entonces el blog, esa palabra tan espantosa, comenzaba felizmente a morir junto a su incesante ejército de blogueros.

Desde hace un año, o un poco más, toda la gente que se autodenominaba bloguero, o blogger (es decir, aquellos que no habían tenido la suerte de conseguir un oficio dentro de Internet) se pasaron alegremente a las nuevas tendencias en boga.

Se está produciendo ahora mismo esa desbandada. Gracias a Dios, la gente que no tiene nada para decir ahora lo dice en Twitter y en Facebook. ¡Ah, qué tranquilidad, qué descanso! Ya no son blogueros, sino twiteros o algo parecido.

Gracias a Dios y a la virgen santa, los medios de comunicación tradicionales empiezan a hablar ahora de «La revolución de la Web Social», «el furor del 2.0» y ha dejado de preocuparse por los blogs, ha dejado de generar titulares, ha dejado de importarle el asunto, ese asunto que dos años antes era capaz de solucionar hasta los crímenes que ocurrían en California. Ahora, según la revista *Wired*, un pasquín ridículo pero muy prestigioso, los blogs son una moda del año 2004.

Me alegro muchísimo, de verdad.

De aquí a uno o dos años, quedarán en pie únicamente los blogs de las personas que tengan algo para decir; pero rebautizados como lo que al fin y al cabo son: páginas y sitios en Internet. El blog perderá su nombre técnico, perderá su contrapeso revolucionario, será una costumbre natural para los que tengan cosas que decir, cosas que hacer, cosas que ofrecer en la Red. Morirá el blog de muerte natural, y también la noción de que un blog es un género, porque esto le ha hecho mucho mal a la creación natural de contenidos.

Y un rato después, sin lastres, sin presiones, sin revoluciones tecnológicas, nos pondremos otra vez a trabajar, como siempre, en nuestras obsesiones primarias. A trabajar y a mejorar nuestros oficios de fotógrafos, divulgadores, profesores, escritores, periodistas, poetas, informáticos, arquitectos, estudiantes, humoristas, diseñadores, empresarios, monologuistas y comunicadores.

Apuesto a la muerte de la herramienta en manos de revolucionarios, y de fenómenos, y de la manipulación de los modernitos sin oficio conocido. Apuesto a la normalización y a la costumbre. Apuesto a que, una vez desaparecido el san benito de la revolución, el formato surgirá con tanta fuerza que será invisible, útil y cotidiano.

Este libro narra algunas historias de esa época (la década que va desde el 2001 al 2010) en donde ocurría esta transición lenta y paulatina. En donde comenzaba a meterse en nuestras vidas un elemento nuevo y confuso, que nos convertiría en otros.

Hace quince años no sospechábamos que un historial mal cerrado del ordenador podía ser causa de divorcio, por ejemplo. Ni que podríamos comprar una parcela en la Luna por veinte euros. Ni que la fama se mediría en millones de visitas a YouTube. Y ahora nos está ocurriendo. ¿Cuántas parejas, de más de ocho años de convivencia, son capaces de darle la contraseña de su cuenta de correo a su cónyuge? ¿Quién se queda con la custodia del fotoblog después de una ruptura matrimonial? Estas historias 2.0 indagan en los viejos tópicos de la literatura (los celos, la traición, la lealtad, el desamor y la locura) pero con un nuevo protagonista que se mete en todo: la tecnología.

# 1

## CREÍ QUE ESTO ME PASABA SOLAMENTE A MÍ

«Al idiota, bloc de notas»

[Probablemente del sajón «*To brain bad, notepad*». Significa que a los menos favorecidos intelectualmente, es preferible simplificarles los recursos.]

«Amigo desaparecido, te tiene inadmitido»

[Nos advierte que la amistad silenciosa puede indicar cautela, pero también hipocresía. En italiano: «*Amicci che non'a arribatto, o é morto o te ha bloqueatto*».]

«El punto .info se ríe del punto .biz»

[Nos señala el sinsentido que representa el burlarnos de quien padece un mal similar al nuestro.]

## La noticia no es el perro

De repente, un video de YouTube recibe un millón de visitas. Su autora, una gordita de Illinois, escribe con el culo en una pizarra. Ésa es su virtud: escribir con el culo en una pizarra. En casa de la gorda suena el teléfono sin parar. Lllaman las radios, la televisión comarcal y tres diarios regionales. Es un día de locos. La madre de la gorda no entiende, pero comienza a sentirse orgullosa. Dos días más tarde la gordita saldrá al aire en el show más visto de la cadena NBC. Y después ya no ocurrirá más nada. Silencio. La gorda intentará grabar otras hazañas, pero su momento habrá pasado.

En realidad, Lorene Zarsky escribe con el culo en una pizarra desde los diez años. A esa edad tuvo mononucleosis y debió quedarse en casa dos meses enteros. Se aburría como una ostra. Una tarde se puso una tiza en el culo, la apretó con las nalgas y escribió su nombre, con mucho esfuerzo, en la pizarra que colgaba de la pared de su cuarto. Al mes siguiente ya dominaba la técnica como nadie.

Sin embargo, hasta los catorce años solamente mostró su habilidad a amigas íntimas, en *pijama partys* y campamentos de verano. Después vinieron el alcohol, los amores adolescentes, y entonces algunos chicos del instituto también pudieron disfrutar del espectáculo.

Lorene era rápida con la tiza, tenía buena letra y excelente ortografía. Le gustaba escribir pequeños aforismos adolescentes: «si lo amas, déjalo libre», o «me has dejado el corazón roto».

Un día, ya cumplidos los diecisiete, Lorene se enamoró de Jim, un compañero de clases, y después de la segunda noche de manoseos le hizo conocer su habilidad. Jim quedó fascinado con la faceta literaria de su novia y no tardó en grabarla con su teléfono móvil. Desde entonces, Jim no vio la

hora de romper con la gorda para poder subir el video a YouTube sin sentir culpa.

Lo hizo dos semanas más tarde.

Lo cierto es que el video estuvo disponible un mes entero sin demasiado éxito, y pudo haber pasado sin pena ni gloria por el mar revuelto de Internet, pero un día el *webmaster* de una página porno lo encontró por casualidad y lo recomendó en su blog. «*My girlfriend writes with the ass*» fue el video más visto del día, y la transmisión viral resultó imparable.

Al no ser un corto escandaloso —Lorene no está desnuda ni muestra nada— miles de páginas lo reprodujeron, y tardó doce horas en aparecer en la prensa seria. Y en la televisión comarcal. Todos querían saber quién era la gordita que escribía con el culo.

Al segundo día Jim proporcionó el teléfono de la gorda a una agencia de noticias nacional, a cambio de quinientos veinte dólares. Pudo haber sacado mejor dinero, porque cuando la prensa no tiene nada para decir, las gordas que escriben con el culo en una pizarra son como la lluvia fresca.

Ellas o quien sea: el chico holandés que amasa una pequeña fortuna mientras duerme; la cerda que amamanta gatitos huérfanos; la azafata francesa que, en pleno vuelo, le muestra las tetas al piloto; el loro que resuelve el cubo mágico; el gordito siniestro que hace *playback* de una canción pegadiza; las chicas que revientan a golpes a la nueva compañera del colegio; la ardilla que baila el foxtrot; el adolescente italiano que le toca el culo a la profesora; la chica de bikini amarillo que hace campaña por Obama; el neozelandés que se destroza la cabeza con una patineta; las tres chicas japonesas que se arrancan las pestañas con los dientes; el desalmado que mete un sapo en el microondas; o una adolescente simpática de Illinois que escribe frases de amor con el culo.

Lorene ni siquiera sabía que sus intimidades literarias circulaban por Internet cuando, muy temprano, recibió el primero de una docena de llamados telefónicos. Casi todas las entrevistas provenían de programas radiales matutinos, en donde dos o tres tertulianos graciosos le hacían preguntas con doble sentido.

—Dime Lorene, ¿nunca se te ha escapado una tiza? —y cosas por el estilo.

La gorda, que era extrovertida y sincera, contestaba a todos con gracia.

La presencia mediática (todavía muy acotada a la prensa de Chicago) generó que el video de Lorene lograra quinientas mil visitas por la tarde, y un millón esa misma madrugada. Y entonces sí, los teléfonos de la gorda empezaron a recibir llamados de todo el planeta. Porque la radio, la prensa y los telediarios del mundo miden la relevancia de sus noticias en *millones de youtubes*. Novecientos mil no es noticia, pero un millón sí. No les importa qué ha ocurrido, sólo tiene valor aquello que ha sido visto por un millón de descerebrados.

Lorene alcanzó la cumbre de su fama dos días más tarde. Escribió con el culo y en directo, en el *late-show* más visto de Norteamérica, unos versos de Yeats que le dictó el comediante Jay Leno.

Muy lejos de allí, en Quebec, Canadá, Fran Billdeth estaba viendo el programa de televisión y se obsesionó con la gorda de la pizarra. Esa madrugada estuvo cuatro horas enteras, sin pausas, mirando una y otra vez el video en Internet. Y después buscó y buscó noticias en Google para escuchar las entrevistas, y ver fotos de Lorene.

Fran ahora tiene treinta años, pero hace dos se grabó cantando una canción y subió el video a Internet. Fue tanto su éxito que una compañía discográfica lo contrató para hacer un disco. El videoclip profesional de su primer trabajo no convenció a nadie, la gente sólo quería verlo en su habitación haciendo el tonto. Al mundo le gustaba el Fran amateur; el Fran profesional resultaba patético.

Ahora Fran había malgastado todo el dinero de sus quince minutos de gloria, había adelgazado mucho y vivía en medio de una brutal depresión. La gordita del culo y la pizarra lo había devuelto a la vida o, al menos, le había proporcionado una obsesión para matar el aburrimiento.

Entre Illinois y Quebec hay unos mil quinientos kilómetros que Fran recorrió en tres autobuses. Ni la prensa ni la policía saben nada sobre en qué parte del viaje compró la pistola automática, o si ya la tenía desde antes.



Fran llegó a Illinois sobre las siete treinta de la mañana de un miércoles, sólo cuatro días después de haber visto, por primera vez, a Lorene en la televisión nacional. No le costó dar con su casa.

Cuando la gordita abrió la puerta creyó que se trataba de un periodista y lo invitó a pasar. Fran se negó y se quedó estaqueado en la acera. Desde allí, pronunció una frase de cinco palabras que Lorene no comprendió:

—La noticia no es el perro —fue lo que dijo.

Enseguida sacó de su bolso la pistola automática y apuntó a la gorda. Fue cinematográfico e irreal. Lorene sólo tuvo tiempo de correr hasta la esquina. Fran Billdeth la siguió sin apuro, caminando, con un ojo cerrado y el dedo sobre el gatillo.

Disparó sólo una vez, en medio del culo de la gorda, que cayó sin gritar. Varios vecinos socorrieron a Lorene y llamaron a la ambulancia, pero no tuvieron tiempo suficiente para detener al agresor, que logró huir. La frase de Fran antes de disparar —se supo más tarde— forma parte de un viejo axioma que imperó en el periodismo tradicional del siglo xx. *Un perro que muerde a un hombre no es noticia; un hombre que muerde a un perro sí lo es.*

Lorene Zarsky tardó seis semanas en volver a caminar, pero sus médicos le prohibieron escribir con el culo, ni en pizarras ni tampoco en ningún otro soporte. Fran fue detenido dos días después, en la frontera con Canadá, cuando intentaba regresar a su casa. No se resistió al arresto y se declaró culpable del disparo.

Durante el breve juicio, y tras ser preguntado sobre el móvil de la agresión a la menor, Billdeth fue otra vez hermético en su respuesta:

—Hoy es noticia cualquier cosa que haga un perro. La noticia no es más el perro: es el número de imbéciles mirando al perro.

La información sobre la agresión a Lorene Zarsky sólo apareció en dos periódicos: el *Chicago Tribune* (página 47) y el *Illinois Herald* (un suelto sobre tecnología y tendencias).

La repercusión fue nula en el resto del planeta.

## El ascenso repentino de Karen Thompson

Seis de la tarde en las oficinas eBay de Londres. Karen Thompson se acaba de fumar un porro a escondidas y ahora está jugando al solitario en su monitor gigante. Quería ser escritora, pero el destino la convirtió en redactora de gacetillas para un portal de subastas. La vida, a veces, es una mierda. Ahora Karen se pasa las tardes en blanco, en ocasiones se masturba en el baño para discapacitados, en ocasiones no, pero al final del día ha escrito tres mentiras potables. Desde que fuma, sin embargo, está perdiendo realismo.

Al principio estaba ilusionada con el empleo, porque podía hacerlo desde casa y sólo iba a las oficinas los jueves, para estar presente en las reuniones de marketing. Pero ahora hay que estar allí seis horas, mirando el Hyde Park por la ventana de un sexto piso, y aunque el sueldo es mejor se aburre mucho. Por eso empezó a llevarse la marihuana al despacho, para que el tiempo pase mejor. Más lento sí, distorsionado a veces, pero mejor.

Sin embargo, ahora mismo Karen está en problemas y no lo sabe. En cinco segundos aparecerá por la puerta su jefe, Salman, un chico más joven que ella, de raíces hindúes, con toda la intención de ponerla de patitas en la calle. Aquí entra, sin golpear. Asoma la cabeza con gracia. No parece enojado, pero tampoco feliz.

—Karen, ¿podemos hablar un minuto?

—¿En tu oficina?

—No, aquí está bien —dice Salman, y entra por completo a la habitación, el cuerpo alargado después de la cabeza.

Salman tiene 24 años y es de esos jefes que no usan el interfono, ni la corbata, ni tampoco la pedantería. Es moderno y dócil: a veces envía emails

a sus empleados con cosas graciosas en .pps. Pero también es firme en sus decisiones, un poco extremista, y un mago del marketing con coste cero. Él descubrió, tres años atrás y sin querer, que la mejor publicidad para eBay era enviar gacetillas falsas a los medios de comunicación. Era un empleado más, y desde entonces es el jefe. Su sueldo ha subido ocho veces en dos años.

—¿Qué mierda es esto, Karen? —dice Salman, con un impreso en las manos. En realidad dice *fucking*, no mierda, pero estoy traduciendo en tiempo real, y en castellano de España, así que tampoco puedo poner *carajo*.

—La campaña que me pediste ayer. ¿Hay algún problema?

En la campaña de ayer había una premisa: que la gente creyera que comprar cosas en eBay era fácil, muy fácil, cosa de niños.

—¿Si hay algún problema? Claro que hay un problema. Esta mierda pasó el filtro interno y ahora está en todas las agencias de noticias.

Karen no se acuerda, en este preciso momento, qué historia escribió ayer, porque estaba muy drogada. Sólo sabe que era tardísimo, que se quedó hasta las ocho con el Word en blanco, y que mandó una gacetilla a Europa Press porque le pareció divertida. Sólo ahora entiende que olvidó pasarla por el filtro editorial. La envió sin más, como una novata. Ahora Karen se ha puesto roja de vergüenza.

—¿No tienes idea de qué te estoy hablando, verdad? —adivina Salman—. No sabes qué historia has escrito, ni recuerdas cuándo la has enviado, ni por qué. ¿Sabes al menos quién soy yo?

Karen, ahora, está llorando. No hace ningún sonido, sólo se le ha transfigurado la cara y se le han multiplicado las arrugas. Querría taparse ese gesto ridículo con las palmas pero no puede, porque en una mano, debajo del escritorio, tiene el porro encendido por la mitad.

Salman lee en voz alta el impreso que ha escrito Karen el día anterior:

—«Jack Neal, un niño inglés de *tres años*» —subraya con ironía la edad del niño— «adquirió un vehículo de 17.120 dólares en una subasta de eBay. Los padres no cerraron la sesión, el niño se sentó en el ordenador y, al hacer clic sobre las teclas, compró un Nissan Figaro color rosa».

Karen, de manera imprevista, se empieza a reír como si estuviera demente. No sabe si es la droga o si son los nervios, ni siquiera sabe cómo es posible llorar y reírse al mismo tiempo, pero ríe, en voz alta, con carcajadas sonoras y cortantes, cla cla cla, como reiría un tractor si pudiera estar contento por algo.

—¿De color rosa? —grita Karen en medio de la carcajada—. ¿Cómo he podido escribir que el coche era de color rosa?

Salman, en cambio, sigue con el mismo gesto de perplejidad.

—Estás despedida, lo siento —dice sin levantar la voz, y la frase actúa como un interruptor automático en la risa de Karen. La habitación se queda en silencio. La chica, todavía con el eco de la contracción en la mandíbula, clava los ojos en los de su jefe, seria, y entonces Salman prefiere bajar la vista.

—Lo siento, de verdad —dice el jefe—. Pero esta vez no puedo cubrirte, has matado a la gallina de los huevos de oro, Karen. ¿Sabes lo que pasará esta noche, cuando las agencias vean tu historia? ¿Crees que nos seguirán tomando en serio?

—Hemos escrito cosas peores —dice Karen—. Lo de la chica que subastaba su virginidad era una gilipollez, el balón aquel del penalty de Beckham vendido en dos millones... Y se lo han tragado todo.

—¡Se lo han tragado porque es posible! —grita ahora Salman—. A los idiotas de la prensa no les importa que algo sea verdad, pero necesitan que sea posible. Vivimos de eso. Crecimos gracias a la idiotez ajena, ¡no la nuestra!

Karen no pensaba lo mismo. Según ella, la prensa se había convertido en un gran libro de ficción aceptado por todos. Por los editores desganados, por los redactores perezosos, y sobre todo por el público imbécil. Antes esto ocurría sólo con los tabloides amarillos, pero ahora se le podía vender mierda envuelta para regalo también a los medios de prestigio. La verdad aburría, pensaba Karen. Como aburre mi vida. Todo nos aburre y necesitamos que nos mientan.

—No creo que las agencias rechacen la historia —dice ahora ella, y le da una calada al porro, frente a las narices de su jefe—. Si quieres échame,

no pasa nada, pero la gacetilla es divertida y eso es lo que cuenta —otra calada—. La puta historia del crío de tres años estará por la noche en toda la prensa digital. Y mañana en papel, ocupando el sitio de las noticias de color. ¿Te apuestas algo?

Salman sonríe.

—Ningún medio serio puede hacerse eco esta vez, Karen —dice el jefe—. Seamos sensatos... Si tengo razón, firmas tu renuncia y te vas sin pedir un centavo.

—¿Y si no?

—Si el mundo se ha vuelto loco, si la gente es más estúpida de lo que yo mismo puedo imaginar, te ascendo a jefa de marketing. ¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato —dice Karen, y da la tercera calada.

Ahora es de noche. Todos duermen en Londres, menos, claro, los que escriben las historias que se verán mañana en la prensa. La noticia más reproducida del día en todos los diarios del mundo, incluidos los más serios, dirá así:

«Jack Neal, un niño inglés de tres años adquirió un vehículo de 17.120 dólares en una subasta de eBay. Los padres no cerraron la sesión, el niño se sentó en el ordenador y, al hacer clic sobre las teclas, compró un Nissan Figaro color rosa».

A la mañana siguiente, Karen Thompson llegó a la oficina un poco más temprano, con una caja enorme de cartón. Metió con cuidado todas las cosas de su despacho en la caja. La foto de su ex novio, los lápices de colores, la abrochadora, la bolsa de porro del segundo cajón y algunos cuadernos que guardaba sobre la mesa. El portátil no, porque en su nuevo despacho del noveno hay uno mucho mejor.

Subió por el ascensor y se ubicó en la oficina flamante. Por la ventana el mismo Hyde Park, los mismos árboles. Colocó algunas de las cosas en el

escritorio, que era más amplio y de vidrio. Se sentía a gusto, pero sabía que, con los días, todo sería otra vez una mierda, una más grande, una con mejor sueldo. Ella quería ser escritora, pero el destino decidió que fuese jefa de marketing de una empresa de subastas. Abrió el ordenador, prendió un porro. Escribió:

«Una foca verde compra un yate de seis metros de eslora por cuatro mil libras, en eBay».

Le pareció un buen título. Más tarde, después de la siesta, se le ocurriría cómo seguir adelante.

## Los cinco críticos feroces

Esto pasó hace muchos, muchísimos años. Para ser exacto, cinco. En las historias de la vida real quizás cinco años suenen a poco, pero para una anécdota virtual cinco años es la prehistoria. Internet es una sociedad falsa que avanza a cámara rápida: las relaciones personales son veloces y efímeras, los éxitos y los fracasos no tienen la menor importancia, la experiencia se adquiere con facilidad y las buenas moralejas a veces ocurren por una carambola del destino. Lo que voy a contar ocurrió en ese tiempo, en ese mundo.

A mediados de 2005 yo había terminado de escribir mi primera historia de ficción en un blog, y había comenzado la segunda. Sin buscarlo, las cosas estaban saliendo bien. En casa empezaba a sonar el teléfono: un par de editoriales europeas ofrecían dinero por mi novelita, algunas productoras de televisión me tanteaban para escribir guiones, etcétera. Impulsos suficientes para dejar de madrugar en la redacción de un diario por un sueldo fijo.

Con cautela, y sintiendo en la nuca los ojos asustados de Cristina, dije adiós al mundo real y me acomodé en el otro mundo, uno que se transita en pijama y sin apuros.

Fue entonces que empecé a tener demasiado tiempo libre. El tiempo libre y el trabajo online son una mezcla peligrosa: no sólo te deforman la columna vertebral y el culo, sino también la perspectiva de la realidad. De repente, los asuntos virtuales comienzan a parecerte importantes.

A mí me ocurrió la desdicha de darle trascendencia a cuestiones insignificantes el día que un grupo de cinco críticos, desde sus blogs, comenzaron a burlarse de mi obra, o de mí, con argumentos crueles y

estrafalarios. Más tarde entendería que la exposición (aparecer en la prensa, publicar algún libro, tener lectores) es directamente proporcional al número de intelectuales que te desprecia, pero aquélla fue la primera vez que me pasaba y me costó mucho asimilarlo.

Ahora tengo más detractores que entonces —porque mi exposición es mayor—, pero esos primeros cinco consiguieron, más de una vez, empañarme el ánimo y lograron que me hiciera la peor de las preguntas: *¿No tendrán ellos razón?*

Ninguno de los cinco críticos portaba un currículum que los avalara, ni una obra (buena o mala) desde la que posicionarse para agredirme, pero contaban con algo más importante, algo que me dolía. Tenían una edad parecida a la mía, unos gustos semejantes a los míos y una idéntica nacionalidad. Por esas tristes razones me fijé en ellos y leí cada una de las cosas horribles que decían sobre el lugar espantoso que ocupaba yo en sus corazones.

Me odiaban, tuve que asumirlo de entrada. Lo que yo escribía les parecía basura, algo todavía más horrible que literatura menor: les parecía puro marketing disfrazado de palabritas.

Llegaron a elaborar una teoría increíble sobre lo que ellos llamaban mi *éxito*: según sus estudios yo no tenía muchos lectores, sino un sistema informático con el que engañaba a los medidores de audiencia de Internet. Luego esos medidores engañaban a la prensa, y la prensa me hacía entrevistas creyendo que alguien me leía. Los comentarios, todos o la gran mayoría, los hacía yo mismo adoptando diferentes apodos.

Lo que les preocupaba era ver muchos comentarios en mis textos. Más que mi prosa, les producía resquemor que alguien me leyera. En sus cuadernos virtuales debatían sobre mis miserias y estrategias. Decían que preferían mil veces que nadie los leyera, a que los leyera la clase de gente que me leía a mí. Odiaban a mis lectores, la simpleza, la poca exigencia literaria de mis lectores. Una de las frases más recurrentes que usaban para despreciar mi escritura era ésta: escribe lo que sus lectores esperan leer.

Estaban obsesionados conmigo y, esto es lo peor, yo también con ellos, en silencio.



Un par de veces les escribí cartas privadas, explicándoles la confusión: les dije que yo era uno más, que me gustaba la misma música que a ellos, que leía los mismos libros; les aconsejé que intentaran generar una obra en línea, una obra literaria o por lo menos creativa, en lugar de hablar mal de otras personas; les señalé que se les iba toda la energía en eso.

(No les confesé que también se iba la mía, mi energía, leyéndolos, porque quizá ese dato los habría alentado a seguir.)

Hice lo posible para calmarles la rabia, pero no hubo caso; ellos eran felices de ese modo, poniéndose en una vereda distinta y haciendo puntería conmigo. Uno de los cinco publicó partes de mi correo privado, hizo *alarde de remitente*, se burló en público de mi fragilidad. Entendí que me había equivocado al escribirles, supe que hay una clase de gente que cree que ha triunfado cuando el objeto de su odio le habla con serenidad.

En esa época la desgracia quiso que una cadena alemana de televisión eligiera mi blog como el mejor del mundo. ¡Para qué! Se pusieron como locos y me odiaron muchísimo más que antes, escribieron con doble filo, se ensañaron con más ahínco y elucubraron nuevas teorías sobre mis estrategias de marketing, unas teorías increíbles en las que yo le succionaba la poronga a gente de Berlín a cambio de favores y medallas.

A esas alturas yo ya creía vislumbrar que el odio que me profesaban los cinco críticos no tenía nada que ver con mi obra, sino con otra cosa. Algo más salvaje, más incontrolable. Uno de ellos llegó a escribir, públicamente, que tenía muchas ganas de cagarme a trompadas, y que solamente me salvaba de sus puños el hecho de que viviera lejos. Los otros le rieron la gracia.

Una persona normal se habría desentendido más rápido. Yo mismo, ahora, puedo hacerlo, no me cuesta nada. Pero entonces era la primera vez que me ocurría y no había manera de pasarlos por alto. Por la mañana abría el Clarín, leía lo que pasaba en Argentina, y después, como un autómata, revisaba los blogs de mis cinco críticos, a ver qué nueva barbaridad habían dicho sobre mí.

Entonces, una tarde, pasó algo increíble. Algo que me salvó para siempre de las críticas ajenas, un hecho involuntario y azaroso que me

sirvió para quitarme de encima la obsesión, y que me servirá siempre, siempre, como recordatorio.

Lo que pasó es que una tarde, una tarde rocambolesca de hace ahora tres años, en el blog de uno de ellos apareció un texto mío que se llama *La verdadera edad de los países*.

El dueño del blog, uno de mis cinco feroces detractores, había recibido un mail en cadena con un cuentito de autor anónimo. Un cuentito que lo maravilló y que, con grandes alabanzas, publicó completo.

Los otros cuatro amigos leyeron la entrada y también dejaron sus comentarios sobre el texto anónimo. *Impresionante*, escribió uno de ellos. Los demás lo secundaron con adjetivos similares. Estaban encantados con el descubrimiento, con el arte «popular y espontáneo» que se genera en Internet, con «la fina ironía que trasunta el texto» y con la reputísima madre que los parió.

Dejé pasar unas horas, para ver si se daban cuenta solos del resbalón, pero como sus blogs no tenían más lectores que ellos mismos, nadie les avisó.

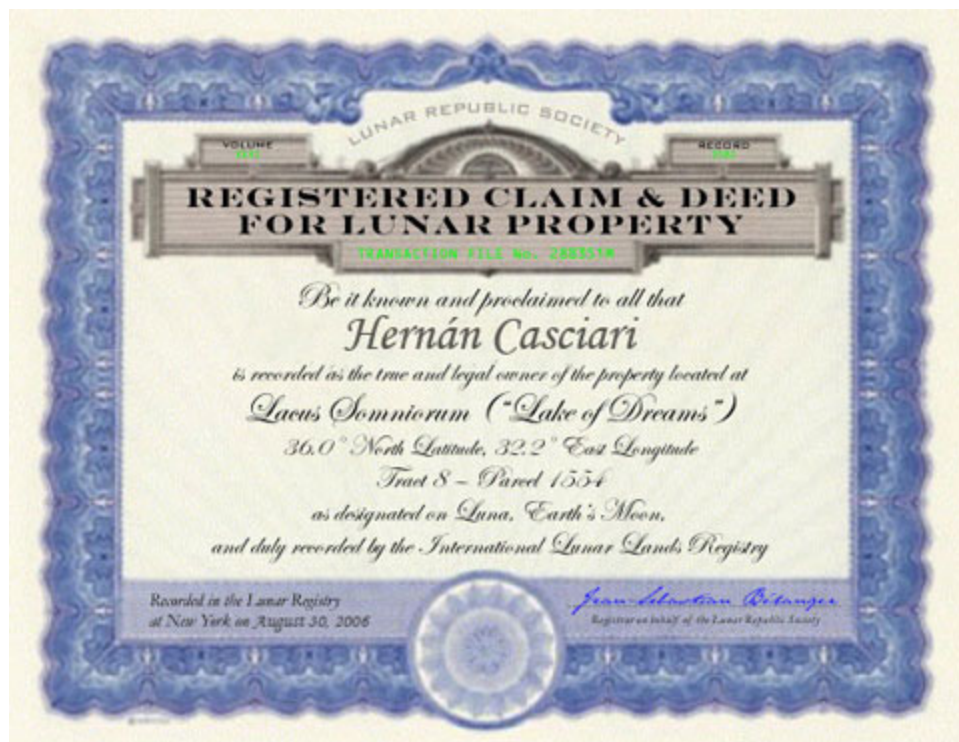
Siguieron los cinco conversando sobre el tema, congratulados y felices del hallazgo. Por la noche dejé mi primer y único comentario en uno de sus cuadernos. Les puse: «Cuando descubran al autor se van a querer matar». No firmé el mensaje.

Imagino que habrán buscado en Google la primera frase del texto, y que habrán dado enseguida con su autor. Imagino la vergüenza callada de mis cinco críticos feroces, que se habían convertido sin querer en cinco lectores más, en cinco lectores corrientes que gustan de leer cuentitos simples.

Después de aquello no hablaron más de mí. Meses más tarde sus blogs empezaron, de a poco, a mejorar.

## La luna, a retazos y en liquidación

Acaba de llegarme el título de propiedad de un terrenito que me compré en la Luna. Me costó 20 dólares —gastos de envío aparte— y lo pagué con tarjeta. Además del certificado con mi nombre grandote, me vino por correo una foto satelital de mi parcela. No sé si ustedes estarán viendo la Luna, pero si la tienen a mano dibujen en ella una cara imaginaria. Mi terrenito estaría sobre el ojo derecho. La región se llama Lago de los Sueños (*Lacus Somniorum* en latín) y está casi saliendo del Mar de la Serenidad, como quien va al Cráter Posidonius. Mi terrenito en la Luna queda a 36° latitud norte, y 32,6° latitud este. Y la parcela es la nº 1554.



El acre que me compré no es gran cosa, también es verdad: haciendo cuentas descubrí que son apenas cuatro mil metros cuadrados. De todas maneras, el hombre que me vendió el terrenito dice que esta zona se está convirtiendo en una de las más deseadas, y me advirtió que me apurase porque se las estaban sacando de las manos. ¿Cómo no iba a hacerle caso a este señor, si es un visionario de la modernidad?

El dueño de la Luna se llama Dennis Hope, pero no siempre fue tan moderno ni tan visionario. De hecho, en su niñez y juventud él miraba la luna como la vemos nosotros: con cara de pavo y pensando en otra cosa. En los años setenta este buen hombre, algo gordito y con gesto entre pánfilo y boludón, trabajaba de ventrílocuo. Iba pueblo por pueblo, junto a un teatro de variedades que funcionaba en el sur de Estados Unidos. A Dennis las cosas no le iban muy bien porque, al parecer, movía demasiado los labios. Pero insistía.

Según dicen, Dennis seguía en el pobre teatro rodante porque estaba enamorado de la hija del dueño. Una chica que se llamaba Alice y que hacía equilibrio o malabares, según la necesidad. Pero la chica era menor, y entonces él la deseaba en silencio, y esperaba a que cumpliera dieciocho para declararse. En medio de la espera, se casó con una bailarina mexicana, pero el matrimonio funcionó muy mal.

A finales de 1980 la vida de Dennis dio un giro inesperado. Todo, absolutamente todo, salió al revés de lo esperado. Un día se divorció de su mujer para irse con la chica que amaba, al día siguiente la chica se mató en un doble salto mortal sin red, al tercer día el dueño del teatro entró en depresión y cerró el espectáculo, y al cuarto día él se quedó sin trabajo, en el medio de una carretera comarcal de California, con un auto viejo, un muñeco de madera y dos mudas de ropa. Sin nada. Mirando la luna como un estúpido. Como la miramos nosotros cuando llegamos al fondo del pozo y ya no sabemos qué hacer con nuestras vidas.

Entonces, esa noche trágica del 22 de noviembre de 1980, Dennis Hope tuvo una extraña revelación:

—Ahí se pueden construir un montón de casas —se dijo, mirando la palidez del satélite panzón.

Hasta ese momento, absolutamente a ningún ser humano se le había ocurrido patentar la Luna para hacerla urbanizable. Y allí reside la grandeza de Dennis. O su locura, que es lo mismo.

Dos días más tarde, un ventrílocuo mediocre que no tenía nada que perder, porque ya lo había perdido todo, entró sin golpear a una de las Oficinas de Registro de San Francisco y le dijo al tipo que estaba del otro lado del mostrador:

—Buenas... Vengo a reclamar la posesión de la Luna, de los ocho planetas vecinos a la Tierra y de todos sus satélites. ¿Qué formulario hay que rellenar?

Estuvo unas cuantas horas discutiendo con los administrativos, que le aseguraban que tal cosa era imposible. Y en parte tenían razón: existía (y aún existe) un Tratado del Espacio Exterior, firmado en 1967 por la ONU, donde se acordó que ningún país podría reclamar la soberanía de los cuerpos celestes. Dennis Hope, testarudo como ventrílocuo malo, no se rindió y volvió a la tardecita con un abogado de mala muerte, compañero suyo de la primaria. El abogado tuvo su gran momento de lucidez frente a los funcionarios:

—El Tratado dice que ningún *país* puede, pero no habla ni de empresas ni mucho menos de *particulares*.

Los de la Oficina de Registros, más cansados que vencidos, y ya con ganas de poner el cartelito de «closed» e irse a sus casas, le dieron a Dennis unas planillas azules, éste registró allí minuciosamente sus propiedades, aquéllos sellaron todo con cara de aburrimiento, le dieron una copia, archivaron los originales y santas pascuas.

Una semana más tarde Dennis Hope metió tres cartas idénticas en el buzón que estaba en la esquina de la casa de su madre: una carta a la ONU, otra al Gobierno de los Estados Unidos, y la tercera a la todavía viva y coleante Unión Soviética. Allí le informaba a la santísima trinidad del espacio sobre sus flamantes derechos y les anunciaba (no les pedía permiso, sólo los ponía en conocimiento) que en el futuro se dedicaría a vender por partes sus territorios.

Nadie le contestó, por supuesto. Y así pasó ese año, y después otro, y después cayó el Muro de Berlín, y más tarde llegó Internet y el siglo XXI.

Veintiséis años después de aquella noche de revelaciones, Dennis Hope lleva vendidas más de dos millones y medio de parcelas de la Luna (los planetas todavía se resisten un poco; la gente no quiere terrenos tan lejos de casa). El ex ventrílocuo tiene una página web, LunarEmbassy.com, donde cualquiera puede comprar una propiedad en el espacio, como hice yo mismo la semana pasada. Y también tiene, cómo no, un montón de detractores y de gente que confunde las cosas; a él lo confunden con un estafador, y a nosotros, los compradores, nos confunden con unos imbéciles.

Mis amigos, sin ir más lejos, están convencidos de que este señor me engañó como a un chico al que le roban los caramelos en el recreo. Que me vendió aire, dicen, que me engatusó, y que ahora el tal Dennis se ríe, con mi dinero en el bolsillo.

Nada más lejos. Acabo de comprar una historia de sobremesa, algo para lo que levantarme cuando sea viejo y mostrarle, con orgullo y un poco de autoridad, a mi futuro yerno. Los suegros tienden a levantarse de la mesa y traer cosas raras y únicas, para que los yernos deban ensayar gestos de falso interés. La vida es así, y yo no podré resistirme a esa práctica ritual, cuando sea suegro. Y hasta hoy no tenía nada para cuando llegue ese momento.

Ahora tengo una parcela en la Luna. Un bonito certificado en forma de pergamino. Un mapa satelital con las coordenadas de mi terrenito lunar. Ahora ya podré avergonzar a mi hija cuando se aparezca con un novio melenudo.

Yo creo que habría que tener un poco más de fe respecto a la modernidad y sus nuevas formas de negocio y de ocio. A mí, la verdad sea dicha, Dennis Hope me cae muy bien. Es la clase de tipo que me gusta: fracasado, mentiroso, paciente y de repente asombroso y genial. Me encanta que haya sido ventrílocuo y que ahora sea millonario. Me encanta que la prensa lo confunda con un estafador, y me encanta que la gente, a pesar de no creer una sola palabra de lo que dice, le compre la Luna.

Hay un error en todos los artículos de los diarios que hablan sobre este tema y sobre este hombre. En general, se da por sentado que los compradores son estúpidos, o gente crédula. «Pardillos», dicen los diarios españoles. Y no es así.

El mundo ha cambiado mucho. Ya nadie adquiere buzones, ni el boleto ganador del gordo de navidad. Los nuevos compradores de fantasía somos conscientes de que no hay nada, pero nada, más allá de ese papel falso con ribetes dorados. Compramos una historia. Y las historias ya no vienen solamente en el formato de un libro o de un ticket para la matiné. También vienen dispersas en las charlas y las conversaciones. También vienen colgadas en las paredes de las casas. Las historias son, a veces, lo que nosotros queremos que sean.

A mí no me importa la Luna. Pensándolo bien, la Luna está entre las cosas que menos me importan de la vida. Pero por suerte, veinte dólares también. Y entre poder decir en una sobremesa «tengo un pedacito de la Luna» y decir «tengo veinte dólares» yo sé muy bien lo que hay que hacer. Hay que comprar un libro, hay que comprar un disco, hay que comprar la Luna. Cosas pequeñas e inútiles que tengan la capacidad de convertirnos en chicos. No en chicos a los que les han robado el chocolate en el recreo, sino en chicos con el sabor del dulce en la boca.

Dennis Hope y yo hemos hecho un negocio imaginario. Yo le di veinte dólares, que es un papel que representa un pedacito de un lingote de oro que hay en la bóveda del Tesoro Norteamericano. Él me dio otro papel que representa un retazo al norte de la Luna.

Nadie ha visto nunca esos lingotes.

Yo a mi Luna la miro por la ventana, cuando se me antoja.

## **Jürgen y Armin quedan para cenar**

El día que Jürgen Bernd tocó el timbre de la casa de Armin Meiwes, la vida social de la humanidad cambió para siempre. Hasta entonces el mundo era una extensión enorme de tierra, llena de gente sola y perdida en sus fobias y deseos, trastornada y única en su soledad. Gente callada, esquiva, chorreando traumas inconfesables. Desde chiquito Armin quería ser caníbal; Jürgen sólo fantaseaba con ser devorado vivo. Jamás hubieran llegado a conocerse en otra época, pero vivían en ésta. El 6 de marzo de 2001 se encontraron en un foro de Internet, y programaron una cita el fin de semana. Para comer(se).

A nuestros hijos pequeños, que han nacido con un puerto USB integrado en el culo, les será imposible entender el mundo que nosotros conocimos en el siglo xx. La absoluta desconexión, la apatía brutal, la soledad incomprensible de nuestras obsesiones. En nuestros tiempos, si por ejemplo desarrollábamos el deseo de comernos vivos a alguien, lo más probable es que jamás hubiéramos logrado conversar con otro al que le pasara lo mismo, y mucho menos encontrar a uno que nos hiciera el favor de dejarse, por placer.

Hace unas semanas, durante una sobremesa, me informaron que existe una clase de gente que anhela ser amputada. Sí, señora, como lo oye. Se reúnen en unos foros macabros, en donde conversan sobre sus deseos de que les corten una pierna, o un dedo, o un brazo, o los dos. Se conectan desde todas partes: desde Londres, desde México, desde Nueva Zelanda, desde Zaragoza. Al llegar por primera vez al foro, todos se sorprenden de



ver a tantos con la misma tara. «*Yo creía que esto me pasaba solamente a mí*», es la frase más recurrente de los nuevos integrantes registrados.

A la ciencia le ocurría lo mismo. Ningún sociólogo, ningún siquiatra, ningún doctor de bigotito y bata, nadie con dos diplomas en la pared sabía de la existencia de este trauma colectivo, hasta el arribo masivo de Internet a la casa de todo el mundo.

En 2001, Armin Meiwes era un técnico informático callado y poco sociable, de 43 años, que vivía en la ciudad alemana de Rotemburgo. Hijo único de padres más o menos normales, desde chico había desarrollado la fantasía de comerse a sus compañeritos del colegio. Pasó la adolescencia entera sin hablar de esto con nadie, sin morder a ninguno, y sin hacerse mayormente el loco. ¿Cómo hubiera podido conversar sobre su drama? ¿Con quién? ¿Por qué? Creció y llegó a la adultez con el secreto atragantado en la garganta, y con los dientes afilados pero vírgenes.

En la otra punta de Alemania vivía Jürgen Bernd, un militar ya retirado, de 42 años, que fantaseaba locamente con que alguien se lo masticara con cuchillo y tenedor. De a poquito, de a rebanadas, con él mismo mirándolo todo. Pasó cuatro décadas enteras creyéndose loco, y sabiendo (esto es lo peor) que nunca encontraría a su media naranja, ni a nadie con quien poder hablar del asunto.

Antes, a toda esta gente le quedaba únicamente la opción de matarse. Era imposible para ellos pensar que encontrarían, en su barrio, en su ciudad, a otros con las mismas aficiones descarriadas. La gente, cara a cara, no es muy dada a hablar sobre sus patologías. Lo que propicia Internet no es sólo una comunicación global en donde todos los locos pueden encontrarse buscándose en Google, sino también la oportunidad de hablar sin los velos que existen en el mundo real.

De todos modos, ya quedan también muy lejos los tiempos (y parece mentira) en donde la última opción del hombre era el suicidio triste, solitario y final. La juventud japonesa, que de todas las juventudes del mundo es la que está más adelantada, ha creado la maravillosa opción de los suicidios en grupo.

Si algo tenía el suicidio de malo, era justamente la falta de conversación durante los trámites y los preparativos. Limpiar el caño de la escopeta, o prender el gas y esperar, o colgar la soga en los barrotes del sótano, habían sido siempre tareas aburridísimas, solitarias, hasta penosas. Antes era imposible conversar con alguien sobre tu propia muerte programada, sin que el otro quisiera disuadirte o mandarte a un sicólogo.

Ahora, con una conexión ADSL y un poco de suerte, podemos encontrarnos con un grupito de nuevos amigos de Messenger, y quedar para matarnos, mañana a las 21 horas, de una manera idéntica y compleja, hasta artística.

El día que Jürgen Bernd tocó el timbre de la casa de Armin Meiwes, el anfitrión estaba en la cocina, preparando una ensalada de rabanitos, lechuga, cebolla y nueces. Armin se había vestido con un traje que le quedaba perfecto; Jürgen llegó con una camisa salmón y vaqueros negros. «*Traje el vino*» dijo el recién llegado cuando el otro le abrió la puerta, y señalándose a sí mismo agregó: «*Y también el postre*».

Horas más tarde, para el mundo tradicional, se cometería un asesinato del que ahora comienza el juicio, en la ciudad de Kesser. A Armin Meiwes se lo acusa de grabar durante cuatro horas la mutilación, asesinato y posterior manduque de Jürgen Bernd, que vio con sus propios ojos el principio del festín, pero ya no le llegaba la sangre a la cabeza cuando su amigo se comió los veinte kilos restantes de su cuerpo en una semana.

Ambos querían aquello —ésa es la defensa del abogado de Armin—, los dos estaban de acuerdo con los detalles de la cena y, sobre todo, estaban de acuerdo en lo que habría para comer.

No es el principio de la locura lo que ocurrió aquella noche entre dos hombres alemanes de mediana edad, sino el final de la desesperación solitaria y el inicio de una nueva forma de patología: la grupal, la que antes sólo se daba en ciertas sectas caribeñas, cada cierto tiempo, y que ahora empieza a ser cada vez más frecuente en la casa del vecino, y hasta en la nuestra.

Era marzo de 2001, era el nacimiento de este siglo. Meses más tarde unos aviones de pasajeros contra unos edificios neoyorquinos cambiarían

para siempre nuestra visión del mundo, haciéndonos ver nuestra locura global, obligándonos a decir por primera vez la frase «*yo pensé que esto nunca podía pasarnos*». Pero fue un poco antes, en Alemania, cuando comenzó a torcerse sin remedio el sentido de la locura solitaria del hombre. La indivisible, la secreta y oscura. Fue entonces que empezamos a escuchar esa otra frase que ahora oímos cada vez con más frecuencia:

—Yo creía que esto me pasaba solamente a mí.

## 2

# MELANCOLÍA DE MUJERES ANALÓGICAS

«A programa pirateado no le funcionan los plugins»

[Nos recuerda que a veces lo barato sale caro. También hay una versión contraria, que indica que lo que se consigue con facilidad no debe ser sometido a juicio: «*A programa pirateado no se le miran las fuentes*».]

«Amigo que un .exe te adjunta, mala junta»

[Invita a desconfiar de las amistades que nos hacen obsequios sin un motivo puntual. En Centroamérica se usa también «*Mail con ejecutable, amistad poco fiable*».]

«Historial ayer borrado, antiyer hubo pecado»

[Advierte que allí donde hay demasiada pulcritud y orden, ha ocurrido algo que se desea ocultar.]

## El uno para el otro

Salir de casa para cenar con gente implica una serie de actividades molestas: bañarse, vestirse, perderse un partido de la Eurocopa, comprar un vino caro, sonreír dos horas sin ganas, a veces tres. Que te acompañen por las habitaciones para que veas una casa que no te importa. Dejar a tu hija con los abuelos, extrañarla. Cenar sin tele, sin cocacola, comer ensalada de primer plato, no desentonar, no fumar si no hay ceniceros a la vista. Muchísimo menos sacar la bolsita feliz. Son demasiadas cosas para la edad que tengo.

El viernes padecí una de estas cenas absurdas que ocurren cuando estás en pareja: Cristina tiene una amiga íntima que se fue a vivir con un señor. Hasta ahí todo bien. El problema empezó cuando entre las dos organizaron una cena. Corrijo: el problema empezó cuando me incluyeron en la cena.

Porque hasta entonces Cristina tenía una amiga soltera con la que almorzaba o cenaba cada tanto, pero ellas solas: yo no participaba en la relación. Pero ahora, que la amiga vive en pareja con alguien, me invitan. Supongo que por una cuestión de simetría.

—Quieren que conozcamos la casa —me dice Cristina—. Además él parece majó.

—Ningún hombre que acepta cenar a la misma hora que se juega la Eurocopa es majó —sentencié—. Es puto.

Llegamos a las nueve en punto, con un vino en la mano. Mireia, la amiga de Cristina, estaba radiante, colgada del brazo de este buen hombre, al que no conocíamos. La casa era la de él. Una casa moderna, en las afueras de Barcelona.

—Él es Pol —dijo Mireia.

—El famoso Pol —dijo Cristina, y le dio dos besos. Yo le di la mano y sonreí.

Pol era de esos tipos más jóvenes que yo, tres o cuatro años menos, pero que me generan el mismo respeto abismal que si tuviera veinte años más. La ropa le quedaba bien, estaba afeitado y se movía como si fuera grande. Esa clase de gente pulcra por convicción, no por mandato de la mujer o la madre. A Pol, con toda seguridad, nadie le dijo aquella tarde que se bañara y se pusiera perfume a los costados del cogote. Lo hizo solo, lo hizo por gusto. Era esa clase de gente incomprensible.

La cena, como es lógico, transcurrió por el andarivel de los lugares comunes. Una charla lánguida en la que se escuchaban los ruiditos de los tenedores contra los platos. Se notaba que ellas —Cristina y Mireia— tenían muchas ganas de hablar a calzón quitado sobre temas propios de mujeres; se notaba también que no lo hacían por culpa de nuestras presencias masculinas. ¿Por qué entonces habían organizado una cena de cuatro?

Más tarde entendí que ésa era la única manera de que Cristina pudiera conocer a Pol sin apuros —conocerlo de un modo social, quiero decir— para así después, a solas con su amiga, sacar conclusiones. Nosotros éramos muebles en la reunión, elementos anecdóticos. Y yo más que nadie.

Tuve una breve presencia discursiva durante la cena. Fue cuando el tema fue nuestra hija. No me cuesta hablar sobre esa cuestión y además los anfitriones parecían estar muy interesados en ella, aunque no tanto como para haberla invitado. Todo hubiera sido diferente con Nina en la mesa: yo habría podido hablar con alguien de mi edad.

En general la charla la llevaban las mujeres. Pol y yo nos sonreímos, en silencio, un par de veces. Al principio de la noche intenté sacar el tema futbolístico, pero no encontré respuesta por su parte. Él después me tanteó en cuestiones de negocios, pero yo bajé la vista y mordí una aceituna. No tardamos más de un minuto en sabernos incompatibles, y desistimos con hidalguía.

Sin embargo ocurrió algo que me reconcilió un poco con él. En cierto momento, a los postres creo, me hizo una mueca leve: entornó los párpados,

levantó las cejas y movió la cabeza de arriba a abajo. Era el gesto masculino universal, el que dice: *Hermano, aguátemos que falta poco*. Me hizo bien saber que no era yo el único que llevaba el peso del aburrimiento en la mesa.

Cuando llegaron los cafés Mireia nos contó cómo se conocieron, ella y Pol. No podía faltar la minucia romántica. Por lo que oí, ambos trabajan en la misma multinacional, ella de secretaria ejecutiva y él como responsable de recursos humanos. Aburridísima anécdota. El amor empezó a cuajar, por lo visto, en los pasillos de la empresa.

—De a poco —nos contaba Mireia, con una sonrisa gigante de mujer enamorada—, Pol empezó a hacerme obsequios imprevistos. Primero una flor, después un libro. Más tarde unas sandalias.

Pol sonreía, incómodo. Yo intentaba no mirarlo.

—Qué galán —dijo Cristina.

—Pero lo increíble de sus regalos —siguió Mireia—, es que nunca falló con mis gustos. La flor, una orquídea; el libro, de Coelho; las sandalias, de Koh-Tao...

—Como si te conociera de toda la vida —dijo Cristina, emocionada, y me miró con asco, posiblemente recordando el long play de Pappo's Blues que le regalé para nuestro aniversario.

—Sí —aceptó Mireia, tomando la mano de su media naranja, y mirándolo a los ojos—, como si fuésemos almas gemelas.

Pol parecía intranquilo. No porque Cristina conociese esas intimidades rocó, sino por mi presencia observadora. A ningún hombre le gusta que otro escuche los detalles melosos de sus galanterías.

Hice un esfuerzo inhumano en favor de la raza:

—Pol —le dije, levantándome—, ¿me indicás dónde hay una terracita o algo, para fumar un cigarro?

Nos fuimos escaleras arriba, con dos cervezas. Todavía no habían desaparecido nuestros talones del comedor cuando las voces de Cristina y Mireia se convirtieron en murmullo cómplice y en risa ahogada: ya estaban hablando, por fin sin testigos, en el tono con que ellas solían hablar a solas.

—Disculpa lo del cigarro —me dijo Pol, ya acomodados en un balcón inmenso—, pero prefiero que los invitados fumen fuera.

—No quería fumar —mentí a medias—, quería salvarte de la charla cursi. Y salvarme yo también de tener que escucharla... Las intimidades me ponen nervioso.

—A veces conocer los secretos de los demás puede ser muy útil —me dijo con misterio, y bebió su cerveza.

Había cambiado la voz. De repente, al aire libre y con la luz de la luna, era otra clase de hombre, distinto al que había sido durante la cena. O eso me pareció.

—¿Quieres que te cuente, de verdad, cómo conocí a Mireia? —me preguntó, y aquí viene el motivo por el que estoy escribiendo esto.

—Contame, claro —y prendí un cigarro.

—Yo trabajo en tecnología, y aparte de que mis tareas incluyen controlar lo que hacen en Internet los cuatro mil empleados de la compañía, hace un año activé un sistema que me permite ver qué buscan los empleados en el Google.

—¿Eso no es ilegal?

—Es útil, lo útil nunca es ilegal —me dijo—. Google es una herramienta increíble. Las personas acuden a él como hace mil años acudían a los brujos, o al oráculo... La gente hace las preguntas más inverosímiles, pero son también preguntas decisivas. El buscador es una especie de Dios personal que no juzga, que solamente ofrece respuestas aleatorias, en general muy malas respuestas. Pero qué importa...

—Lo importante en tu trabajo no son las respuestas —intuí.

—Exacto —dijo Pol—. Lo que importa son las preguntas, las búsquedas en sí mismas. Un empleado con acceso a Internet busca cosas veinte o treinta veces por día..., diferentes cosas, siempre según su estado de ánimo y su necesidad vital. Si tú pones en papel las búsquedas que hace una persona en un año, tendrás el verdadero diario íntimo de quien quieras. El diario íntimo que nadie se atrevería a escribir.

Pensé en mis búsquedas privadas de Google. Me avergoncé tímidamente y le di la razón en silencio.



—La gente tiene inquietudes muy curiosas —me dijo Pol—. Ciertos gerentes de mi empresa, en apariencia muy seguros de sí mismos, buscan perfumes con feromonas para atraer mujeres. Por ejemplo. Algunas administrativas veteranas, con hijos ya adolescentes, ésas que se desviven hablando de su familia y tal, buscan todas las tardes videos de mujeres besándose. Hay un cadete al que le gusta ver fotos de viejas desnudas, ancianas de noventa años con las tetas por las rodillas, como uvas pasas, cosas por el estilo. Y así te podría contar la historia secreta de la Humanidad, a escala. Lo que hacen cuatro mil personas en una empresa no es muy diferente a los que hacen seis mil millones en el mundo entero.

Me vino a la cabeza, inmediatamente, aquel cuento de Borges en donde un cartógrafo decide componer un mapa que lo incluya todo y que, después de muchos años de trabajo, descubre que el mapa tiene la forma de su propio rostro. Estuve a punto de comentar esto, pero me interesaba mucho más que Pol siguiera con su monólogo.

—Desde hace un año, las búsquedas de todos mis empleados quedan guardadas en inmensos *data warehouses* —lo dijo en perfecto inglés—. Con esa información yo saco conclusiones a nivel *management*, claro. Pero también puedo saber, por ejemplo, qué tipo de flor le gusta a la nueva secretaria.

—O qué libro de Coelho.

Él rió.

—O qué marca de sandalia... —me dijo entonces, con su verdadera sonrisa, que era una muy diferente a sus sonrisas de la mesa—. Mireia primero me entró por los ojos, desde el primer día que la vi aparecer por la puerta. Pero desde entonces mi trabajo fue minucioso: empecé a saber qué quería, qué temía, qué cosas la motivaban, qué compraba y qué vendía. En qué creía y, sobre todo, *qué estaba dispuesta a creer*. Con la mitad de esos datos, te follas a cualquier mujer en hora y media de charla. Imagina entonces lo que puede hacer un gobierno con las búsquedas de un pueblo entero.

Me lo imaginé y me dio asco. No el mundo, sino el nuevo Pol, el Pol de la terraza. Preferí mil veces al otro, al tímido que tomaba de la mano a su

novia y la miraba a los ojos en la sobremesa. Pero ya no vería más a aquél, porque había conocido a éste. Y éste mataba al anterior.

El otro, el Pol galante y primerizo, seguramente era ahora mismo el tema de conversación en la charla femenina del comedor. Mireia le estaría confesando a Cristina que su novio nuevo era perfecto y sensible, que conocía mágicamente sus preferencias en la cocina y en la cama. Que le gustaban las mismas canciones, los mismos libros, que hacían el mismo *zapping*, que planeaban sus viajes con certeza telepática.

—Ahora estoy investigando a una tetona que entró hace dos meses al departamento de prensa —me decía Pol, pero yo casi no lo escuchaba—. Una rubia hermosa: le gusta ver fotos de gente atropellada. La semana pasada me le aparecí fingiendo una muñeca fracturada y me comió con los ojos. La tengo ahí, pidiéndome por favor.

Pero yo no estaba más en el balcón. Seguía pensando en la conversación de abajo. En la pobre Cris, escuchando y quizás envidiando todas aquellas maravillas sobre las parejas ideales y los varones perfectos. La idealización del amor, los hombres que usan la camisa adentro, los hogares libres de humo, la íntima sensación de haber dado con la persona correcta... El uno para el otro, siempre. ¿Por qué le regalé a Cristina ese long play para nuestro aniversario? ¿Qué buscará ella en Google? ¿Cómo se me ocurre pensar que a una catalana le puede gustar Pappo's Blues? No. No hay respuestas para todo. No es bueno que las haya.

## La tenencia

Fernando y Carla eran una pareja normal, de nuestra edad. Él valenciano; ella santafesina. Vivían acá cerca, en Alicante. Cuando nació Pablito (que ahora tiene dos años, pobre) hicieron lo que hacen todas las parejas que tienen una cámara digital: abrieron un blog para poner las fotos del nene y que los padres de Carla lo vieran crecer. Hasta ahí todo bárbaro. El problema empieza cuando Carla, al tiempo, abre un blog para ella sola. «*Para contar mis cosas*», le dirá más tarde al Juez.

Fernando laboraba de funcionario en el Ayuntamiento de Alicante. Un pibe buenísimo (un día que estuvo en Barcelona pasó por casa). A Carla la conozco solamente por mail y por Messenger. Se habían conocido en Ibiza. Fernando era de esa clase de gente que no descolla en una mesa grande, pero que mano a mano te hace cagar de la risa. Tocaba el bajo, y sabía mucho, pero mucho, de php. A los dos meses que su mujer habilitó su blog, él también abrió uno: «*Caballo Podrido*» se llamaba, y hablaba casi exclusivamente de música. El de Carla se llamaba «*El mundo de Carla*», y no tenía un tema en particular. Ella fue siempre más volátil.

Ahora los blogs están dados de baja, a pedido del Juez. Incluso el fotoblog de Pablito está bloqueado temporalmente.

La pelotera entre ellos empezó por una boludez, como pasa siempre en los matrimonios. La diferencia, en este caso, es que la tensión se empezó a notar en sus blogs, y los amigos que entrábamos nos dábamos cuenta.

Primero Fernando borró a la mierda el link a la página de Carla. Así, de un día para el otro. Y a la semana Carla quitó el enlace a «*Caballo Podrido*». Eso fue en marzo de este año. Más o menos por esa época, Carla cambió la foto del menú, y se puso una foto de ella mucho más sexy.

Fernando era terriblemente celoso, y esto le rompió las bolas más que nada en el mundo.

Ninguno de los dos hablaba, en sus blogs, de la crisis por la que estaba pasando el matrimonio. Pero se notaba la tirantez porque ya no tocaban temas familiares, ni de pareja. Si vamos al archivo de sus bitácoras, por ejemplo, notamos que al principio posteaban sobre recitales a los que iban juntos, o películas que habían visto, etcétera. Desde marzo y abril, cada cual hablaba de sus cosas. Cero de vida en común. Una vez Carla estaba contando una anécdota sobre Pablito, y escribió «*entonces llega el padre*». El padre. No escribió «*Fernando*», ni «*Nando*» como le decía antes. Escribió «*el padre*». Nosotros nos dábamos cuenta de esas sutilezas.

En mayo ya no hizo falta hilar tan fino. Parece que las cosas en la pareja iban cada vez más para el orto, porque Fernando empezó a dejar comentarios fuertes en el blog de Carla. Uno en particular, del 12 de mayo, nos puso a todos los lectores muy incómodos. Fue en un post donde Carla hablaba de algo que se había cocinado ese día. El comment 12 es de Fer, y dice:

«Mentira. Tú no sabes cocinar ni sabes hacer nada.»

Ése fue el detonante. Si hasta ahí se habían cuidado mucho de no involucrarnos en sus quilombos, desde el comment de Fernando se soltaron las mechas los dos y empezaron a tirarse artillería pesada, cada uno desde su página. Empezaron a dejarse docenas de comentarios ofensivos entre ellos, incluso en posts antiguos, de la época en que estaban bien.

En un post viejo de Fernando, que hablaba de una noche romántica que habían pasado en Tenerife, Carla escribe, ocho meses más tarde, este comentario:

«No se te paró.»

Como los lectores y comentaristas de los dos blogs éramos casi los mismos, medio que nos vimos en esa situación chota de tener que elegir. Yo, por supuesto, me sindicé al blog de Fernando (a pesar de que había conocido el blog de Carla antes). Pero también visitaba el de ella. Una tarde Carla me mandó un mail diciéndome «*sos un traidor*» y sacó Orsai de sus

favoritos. Después supe que había hecho lo mismo con otros comentaristas que se habían suscripto al RSS de Fernando, y no al de ella.

Ponerse de un lado o del otro lado no era estar en contra ni a favor de nadie. Era, creo yo, elegir dónde dejar comentarios. «*Fuerza, Fernando, no te comás la cabeza, arreglen las cosas de la puerta para adentro*». Ese tipo de mensajes. En realidad ni siquiera sabíamos lo que había pasado entre ellos.

No lo sabíamos, hasta que lo supimos. Porque en el post del 2 de julio Carla contó todo. Escribió, con pelos y señales, que Fernando chateaba con una mina de México que se llama Lucita, y que escribe un blog que se llama «*Mi vida como Lucita*». Fue un post descarnado el de Carla, porque parece que Lucita era comentarista asidua de ella, y él se la robó para chatear a escondidas. Carla encontró fotos en bolas de Lucita en el Gmail de Fernando, y se pudrió.

Al día siguiente Fernando negó todo en su página, y le dejó un comment a Carla que decía:

«Zorra, que eres una zorra y una mentirosa.»

Al día siguiente él publicó una foto de Carla cagando en el baño, una foto donde ella aparece muy fea, fumando, y en una posición asquerosa. Carla le pidió en un comment que por favor sacara eso de Internet, que pensara en Pablito, que pensara en los abuelos de Santa Fe, pero Fernando no hizo caso. La foto empezó a circular por todos lados. No hace mucho salió en Oink.

A la semana, Carla publicó en su blog una serie de fotos de micropenes, diciendo que ésa era la poronga de Fernando. Eran fotos detalle, por lo tanto no se podía comprobar si realmente esas poronguitas eran de Fernando o no, pero Carla logró lo que quería: humillar a su marido delante de todos nosotros, y que todo el Ayuntamiento de Alicante se riera de Fer.

Después llegó agosto, que acá son vacaciones, y los dos dejaron de pelear. Así, de golpe y porrazo. «¿Están mejor?», le pregunté por MSN un día a Fernando, al ver que las aguas se habían calmado un poco. «No, estoy viviendo en un hotel, pero no tiene sentido pelear si en agosto nadie nos lee».

Yo me acuerdo que, con Cristina, desde el ciber del camping, dos por tres entrábamos a los blogs de ambos, a ver si había pasado algo nuevo, pero nada. Silencio absoluto. Sin embargo, cuando empezó septiembre, como si alguien hubiera levantado un telón imaginario, o les hubiera echado sal en el culo, los dos empezaron de nuevo a putearse y a publicar fotos y a sacar sus trapitos al sol.

Hace tres semanas pasó lo que nos imaginábamos que iba a pasar. Carla le bloqueó a Fernando la contraseña del fotoblog de Pablito, y ahora Fer no puede ver las fotos de su hijo. Desde hace una semana están los dos todo el día en los juzgados, peleando por la tenencia del fotoblog. «*Que es mío porque yo lo di de alta en Blogspot*», dice uno. «*Que es mío porque yo colgué más fotos que vos*», dice la otra; esas cosas que pasan siempre.

Yo, la verdad, no estoy a favor de nadie. Para mí que son los dos unos egoístas y unos orgullosos que piensan nada más que en ellos. Y el que paga el pato, como siempre, es el fotoblog del nene, que no tiene la culpa de nada.

## Lo que mira Iveta Šeredová

La lengua checa tiene muchas tildes, y son extrañas. Algunas, además, se colocan en las consonantes. El apellido de Iveta tiene una, en la *ese* mayúscula: Šeredová. Esta tilde provoca que el sonido de la *ese* se convierta en *yuvia* argentina. Iveta Šeredová habla castešano un poco mejor, pero no mucho, quizás porque desea seguir siendo checa para siempre. Lee una revista que se llama *TV Mánie*. Hoy me volvió a pedir que nos descarguemos series donde trabaje Sally Fieldová. Y yo, con íntimo dolor de crítico de la tele, la perdono.

La perdono siempre, y sé que hago mal. Pero, ¿qué le puedo decir a Iveta, cómo le puedo criticar el gusto estético, si su mirada me conmueve? Hace semanas que me ganó el televisor, y yo no hago nada, no me quejo, no la contradigo. Tampoco la echo de mi cama. Por mucho menos, por un simple *zapping* a destiempo, por una mueca de disgusto ante un buen chiste de *Seinfeld*, otras mujeres abandonaron mi casa semidesnudas, maltratadas, llorando o a los gritos. ¿Pero cómo puedo negarle algo a Iveta, cómo se hace, cuando me mira así?

Por la mañana, mientras desayuna conmigo, vemos unas telenovelas latinas espantosas; algunas —para peor— son argentinas. Los checos adoran una clase de culebrón pésimo, de colores vivos y guión cuadrado. Los checos saben quién fue Andrea del Boca, saben quién fue Gabriel Corrado. No sólo eso, sospechan que gente absurda y olvidada, como Gino Renní o Luisa Kulliok, son estrellas internacionales. La guerra, en esas regiones del mundo, ha provocado enormes desastres de percepción.

De un actor secundario nacional (no diré su nombre) que salía brevemente en una de sus telenovelas preferidas, le conté a Iveta una

anécdota real, que ocurrió en los noventa. Le dije que una noche, en Belgrano, un amigo muy necesitado de dinero (tampoco diré su nombre) se dejó chupar la poronga por este actor, muy necesitado de afecto. Le conté esto para apagar, con realidades del subdesarrollo, su admiración por la mala televisión argentina. Pero el resultado fue inverso: ella me miró maravillada, como si de alguna manera yo perteneciera, en tercer grado, por interpósita *fellatio*, al mundo de sus ídolos.

Por la tarde vemos series norteamericanas de los años ochenta, que son las peores que se han hecho en toda la vida de Dios: me obliga a descargar del utorrent temporadas enteras de *BJ*, de *MacGyver*, de la insufrible *Dallas*. Lo extraño es que Iveta no ve estas porquerías con ánimo bizarro, como lo harían quizás los homosexuales progres y los gordos inmaduros de casi cuarenta años, sino que las devora con genuino interés.

Ella ha venido de un mundo donde el capitalismo se ha retrasado un poco; Iveta viene de una ciudad con televisores en blanco y negro, con señal de ajuste durante toda la noche; de un mundo sin HBO, sin educación pública, sin la quinta temporada de *Six Feet Under*, sin leche pasteurizada. Los checos piensan que JR sigue haciendo de las suyas en la granja, no saben todavía cómo acaba la historia de los Ingalls, jamás vieron *The Kids in the Hall*, por el amor de Dios... La guerra es espantosa: hace miserables e infelices a los hombres.

No me estoy quejando de Iveta, sino de mí. Me quejo de cómo el amor me estupidiza, me somete. No me quejo sólo de las telenovelas y las series que tengo que tragar para tener a Iveta cerca de mí y poder acariciarla. Lo peor, en realidad, ocurre por la noche, porque el mando a distancia (como mi corazón) está en sus manos las veinticuatro horas del día.

Por las noches, Iveta me obliga a compartir con ella el resumen del *Ceskomoravský fotbalový svaz*, que vendría a ser la liga checa de fútbol. Nunca había visto, en todos mis años, canchas de fútbol tan necesitadas de verde. En un terreno farragoso, vacío completamente de hinchas, unos deportistas que (puedo apostar) tienen otro empleo de lunes a viernes, desarrollan un fútbol triste, que Iveta observa con pasión, a veces



embanderada, a veces con la cara pintada de colores. Siempre pegando grititos.

Es tan intenso observar de reojo a Iveta cuando sospecha que un pase no ha sido *offside*, o verla lloriquear cuando acaba un partido sin suerte. Resulta tan humanitario amarla, y besarla, y darle los gustos, cuando el SK České Budejovice de sus amores pierde en el último minuto, por culpa del árbitro. (Digresión: el fútbol checo es tan modesto que los árbitros van vestidos como vienen de sus casas: a veces un *lineman* va de amarillo, el otro de negro. Fin de la digresión.) Anoche vimos una especie de clásico nacional: el Bohemians Praga versus el Sigma Olomouc. Iveta chilló, saltó, se desnudó, me besó, dijo obscenidades en checo, rompió un vaso. El partido, por supuesto, acabó cero a cero.

Pero yo la perdono. Le perdono todo por sus ojazos de posguerra. Los ojos de Iveta Šeredová, pienso yo, han visto cosas que nadie se puede imaginar. Bombardeos nocturnos, gritos en la noche, la ciudad en ruinas, los hermanitos desperdigados, el padre y la madre muertos o quién sabe dónde. No sé si será exactamente así: ella es muy discreta con su pasado. Cuando llora, por las noches, es porque supone que yo ya me he dormido, y de todas maneras se tapa la boca con la almohada. También llora en el baño, cuando hace pis, y besa una foto de su madre. A veces la espío.

Yo no sé qué barbaridades habrá visto Iveta antes de convertirse en una inmigrante bonita del Este, no sé de qué estruendos habrá despertado una noche en Praga, pero le dura todavía en los ojos el destello de la muerte. Las huérfanas tienen los ojos más sexys que las que todavía conservan padre y madre y hermanos. Las chicas que lo perdieron todo, de la noche a la mañana, tienen la mirada llena de asombro, un asombro que no es solamente miedo; los ojos llenos de luz y negrura.

Aunque no me cuente nada, aunque haga silencioso duelo, yo me imagino que ha caminado, o ha hecho autostop, por toda Europa. También me imagino que alguien, uno o más de uno, tiene que haberla violado entre Praga y Barcelona. Demasiado indefensa y bonita, y callada y rubia, y sobre todo demasiado veraniega, con sus harapos, para haber llegado sana y salva

desde aquella guerra hasta esta paz. Desde sus bombas racimo hasta mi cama.

Lo único que conservó de su viaje, además de su ropa interior y sus anillos, fue esta revista, la *TV Mánie*, con la foto enorme de una Sally Fieldová joven, casera y sonriente. Iveta se parece un poco a la actriz, aunque es más joven y no tiene gafitas de intelectual frígida. Iveta tiene la guerra en los ojos, viene de la guerra, del epicentro de las consonantes acentuadas, del dolor del Este.

Ella nunca me ha dicho nada sobre todo aquello, Iveta calla sus anécdotas atroces, supongo que querrá olvidarlas, pero no puede disimular los ojos cuando está en mi casa, cuando está en mi cama o en mi cocina. Tiene una mirada que parece un *previously on* de serie yanqui. Cuando te mira, sale una voz en off que dice:

—«Anteriormente, en la vida de esta chica...» —y funde a negro.

¿Cómo no la voy a perdonar, cómo no voy a darle todos los gustos, si tiene unos *flashbacks* increíbles?

## El sentido del olfato en los trenes

### I

Mi nombre no importa; no voy a presentarme. Lo que importa es mi cara, que aparece de perfil en un video que ahora recorre el mundo. En ese video viajan en metro un español, una ecuatoriana y un argentino. (Parece el principio de un chiste, pero no lo es.) Yo soy el argentino. O quizás en ese video vayan en un vagón una víctima, un verdugo y un cobarde. En ese caso, soy el cobarde. También es posible que en ese tren estén viajando tres animales muertos de miedo, *oliendo* a diferentes miedos. Pero eso no lo dice nadie.

Yo soy el que mira para otro lado, el que está sentado a la derecha y abajo de la imagen. Aparto la vista porque tengo terror de sobresalir, de cruzar la mirada, de chocar contra los ojos de la bestia. Hay una pregunta que no quiero escuchar en ese momento, en ese tren, a esa hora de la noche. La pregunta es: «Y tú qué miras».



No tengo la suerte de ser un argentino invisible, nieto de polaco y española, o bisnieto de italiana y vasco-francés. Soy argentino profundo, algún indio ranquel anda en mi sangre todavía. Y ese cuarto de sangre contaminada es suficiente para que aquí me pidan los papeles por la calle, o para que me peguen una paliza los leones.

Los leones nos detectan por el rasgo aindiado, no por el pasaporte. No importa dónde nacimos ni si les quitamos el trabajo. No importa quién es nuestro dios ni el de ellos. Es solamente un tema de fealdad facial. No sé por qué le llaman racismo a este asunto; estoy seguro que con cirugía estética a precios razonables, en España se acaba la violencia en los trenes nocturnos.

Por eso yo no pongo nunca mis ojos en los ojos del león, ni en este video que recorre ahora el mundo ni tampoco antes, en otros vagones sin cámaras de vigilancia. Pero sobre todo en este video, yo no quiero que él me huela. Si no estoy atento a su merienda flamante, si sigo pastando ajeno, es posible que la bestia no descubra que soy un ciervo idéntico al que ya está devorando.

Antes de que el león subiera al tren, yo miraba con timidez a la chica. Estábamos solamente ella y yo en el vagón vacío. Entonces sí hubiera deseado cruzar mirada, intensamente. Hay hombres que tienen la entereza

de mantener los ojos fijos en la mujer desconocida, en un tren o en cualquier sitio, aunque ella también observe. Yo soy tímido y no puedo hacer esas cosas. Yo soy, también cuando no hay leones merodeando, el macho cobarde de la manada.

Nosotros, los tímidos, los cobardes, fantaseamos en los trenes. Más que nada cuando viajamos con mujeres hermosas a las que no sabemos abordar.

Una de mis fantasías preferidas es salvar a la chica hermosa de un peligro, ser su héroe. Los tímidos no sabemos trabar conversación falsa («¿sabes si este tren tiene parada en Virreyes?») ni entablar diálogo seductor («yo también he leído ese libro que estás leyendo»), entonces sólo nos queda la providencia improbable de un peligro.

Por eso mismo más tarde, cuando el león ya desgarraba a su presa con insultos y con patadas certeras en la cara, sentí por un momento que Dios me había preparado una broma cruel:

—Ahí lo tienes, cobarde —me decía el Señor—. Ahí está tu fantasía hecha realidad, el dichoso peligro ajeno que pides cada noche en los metros y en los autobuses y en las calles oscuras, cada vez que no puedes abrir la boca frente a una minifalda. Aquí tienes tu momento, tus quince segundos de gloria, anda, ahora puedes ser el héroe de esa chica, su bienhechor. Levántate y haz lo que has soñado mil veces.

Qué exagerado para los milagros resulta, a veces, Nuestro Señor Jesucristo. ¿No podía haber puesto una araña en la ventanilla de la niña guapa, una araña no muy grande que la llenase de pánico? Yo entonces sí habría saltado de mi asiento, habría dicho «no te preocupes», habría enrollado mi periódico y, ¡zas!, habría acabado con el insecto como el príncipe valiente que siempre he querido ser.

Pero Él tenía que hacer las cosas a su manera, pensé esa noche con rabia mientras escuchaba los insultos reales y los rugidos y los arañazos. Él, en Su enorme sabiduría, tuvo que hacer entrar al vagón a una bestia desbocada, a un animal dos veces más grande que yo. No una araña ni una cucaracha voladora, no. Aquella noche debía ser el inicio de un romance entre dos cervatillos tiernos, y a Él no se le ocurre mejor idea que meter en medio al rey león.

## II

Dos hombres me han seguido con la mirada esta mañana, al salir de casa. Me veían con los ojos inquisidores, con el gesto duro. Más tarde la mujer mayor de la tienda, que siempre me saluda, no me ha dado esta vez los buenos días. Y por la noche unos chavales de mi edad me han tirado piedras, cerca de la estación. Ninguna me dio de lleno, por suerte.

Al mediodía me encierro en casa pero me aburro, porque mi madre ya no quiere poner la tele. Es que allí, en cualquier canal que pongas, sea la hora que sea, sigue estando mi perfil inmóvil, mis ojos fijos en la nada, mi culo que no se levanta del asiento de un tren nocturno.

Noche y día los informativos repiten, y no se cansan, las imágenes del vagón que muestra mi rostro en primer plano, de perfil, siempre a la derecha de la pantalla. Han pasado dos semanas y la gente ya se ha cansado de compadecerse de la bella, y también se ha cansado de repudiar a la bestia. Ellos tienen más suerte que yo, porque saben hablar, porque no son tímidos ni son cobardes.

La bella ha sido muy valiente y ya ha hablado del asunto. Dijo por la radio, sobre la bestia: «Como vio que yo estaba sola, pues mire, se puso a descargar su rabia». Para la bella yo no estaba presente aquella noche: ella iba *sola* en el tren, según sus palabras. La bestia también ha hablado del tema por la televisión. Dijo: «Yo iba borracho y no recuerdo nada, punto». Para él tampoco existí esa noche. La bestia estaba borracha y no me recuerda, nunca me vio.

El único que no ha hablado con la prensa, ni con nadie, he sido yo mismo, que no soy la bella ni soy tampoco la bestia. Que solamente soy un chico tímido, un animal doméstico y un poco escurridizo. Y algunas noches complicadas también soy, sin querer serlo, un cobarde.

Aunque todavía sea menor de edad —tengo diecisiete años, cumplo los dieciocho en marzo— los adultos de mi barrio me acusan de no haberme

enzarzado en una pelea con otro adulto mayor, más grande que yo también en músculo, no sólo en edad o estatura o mañas.

Les doy vergüenza a todos.

Ellos, los de mi barrio, hubiesen deseado decirme al día siguiente, mientras me palmeaban haciendo corro: «Te hemos visto por la tele, has sido valiente, el otro era más grande y sin embargo te levantaste y peleaste como el hombre que todavía no eres, en el barrio estamos orgullosos de ti, hemos comenzado a organizar una colecta para comprarte la silla de ruedas».

Les doy vergüenza. A todos. Están enfadados conmigo porque no pueden sentirse orgullosos de mí.

Hasta esa noche yo vivía en Olesa, un pueblo tranquilo a treinta kilómetros de Barcelona en el que éramos quince mil animales domésticos, ciervos todos, casi ningún león desbocado, y a mí me conocían más bien poco. A mi madre más, porque es simpática y conversadora.

Pero ahora ya no vivo allí, aunque mi casa siga en el mismo sitio. Ahora no podemos salir a la calle, ni mi madre ni yo: el barrio se ha llenado de fieras con los dientes afilados, de leones salvajes que me acusan y señalan con el dedo. No a mí, no al de hoy. Señalan al que fui aquella noche en el video. Señalan al que no hará, ya eternamente, nada heroico en esa cinta.

A veces me da miedo de que uno de mi barrio se me acerque una tarde cualquiera, me olfatee, huela los restos de mi cobardía, y me estampe una patada en la cara.

Ya tenía yo bastante conservando un poco de esta sangre india que los leones salvajes pueden oler de lejos. Ahora además tengo este otro olor, pusilánime y rancio, que molesta mucho a los demás ciervos y los convierte en malas bestias.

## Melancolía de mujeres analógicas

Me encuentro con un viejo compañero de la primaria que no veía desde los años ochenta, y del que tuve noticias a través de una red social. Nos citamos en un bar del centro, nos palmeamos con cariño falso, pedimos unas cervezas. Le digo: «Qué increíble, para lo que acaba sirviendo Facebook». Se ríe fuerte, como si le estuviera tomando el pelo: «Si Facebook sirviera solamente para encontrarme con vos, gordo boludo —me dice—, yo no tendría banda ancha en casa. A mí Facebook me cambió la vida, pero *de verdad*».

—¿Para tanto? —le pregunto.

—Mirá para afuera —me explica—. Imaginate que todas las mujeres que están pasando ahora por la calle tuvieran un cartel en el culo que dijera «estoy en una relación complicada», o «soy soltera», o «solamente busco amistad», o incluso «me interesan los hombres y también las mujeres»)

Hago lo que dice mi amigo: miro por la ventana del bar hacia la calle y veo la primavera de Barcelona en su esplendor: holandesas, suecas, nativas, maduras y jovencitas, diferentes colores y tamaños; hay de todo en la viña del Señor.

Mi amigo me aprieta el brazo y me dice:

—Imaginate que aquella que está por cruzar la Diagonal tuviese un cartel que dijera: «Hace doce días que estoy deprimida». Tener esa data de primera mano, Hernán, hacer cálculos mentales y abordarlas a todas.

—Te estás excitando, calmate —le digo a mi amigo.

Pero él sigue con su verborrea:

—¿Cuánto hubiéramos simplificado el enfoque de la seducción, hace diez, hace quince años, de haber tenido esos guiños entre las conocidas del



colegio, de la universidad, de las compañeras de trabajo, de las ex novias?

Me lo imagino; mi amigo tiene mucha razón.

—La mujer analógica, la del siglo pasado, esperaba que vos te dieras cuenta de ciertas cosas. ¿Te acordás las preguntas que uno se hacía antes? *¿Tendrá novio Estelita? ¿Qué música le gustará? ¿Será buen momento para abordarla?* —rememora mi amigo—. Ahora la mujer digital te lo indica en el perfil del Facebook. Cualquiera conocida de la oficina, cualquier amiga de una amiga, te avisa si se peleó con el novio, te explica si le gusta Neruda o si le gusta Bucay, te pone fotos de las vacaciones en Ibiza, para que la veas medio en bolas...

Cierra los ojos y sonríe. Continúa:

—¿Cuánto tardábamos, en los ochenta, para ver en bikini a la chica que nos gustaba? ¡Había que esperar al Día de la Primavera, que alguna se emborrachaba en el parque, o a que te invitaran a una piletta en verano! No, Gordo, la vida mejoró mucho...

—Bueno, pero supongo que tampoco será tan fácil.

—Hay desventajas, claro —matiza—. Te podés ensartar, como toda la vida. Te podés despertar con un bicho a la mañana siguiente... Pero en Facebook hay escaramuzas, hay trucos que te proporciona la experiencia.

—¿Por ejemplo?

—Alejate de las mujeres que ponen la fecha de nacimiento sin indicar el año: a esas ya se les cayeron las tetas. Escapá de las que cuelgan muchas fotos de sus mascotas: son depresivas. Ni se te ocurra encarar a las que te parecen lindas pero tienen todas las fotos en contrapicado: son gordas con complejo de papada. Si dicen estar «en una relación difícil» y tienen más de treinta fotos besando al mismo tipo, en diferentes épocas, borrate: después de coger, lloran.

—Impresionante —le digo con sinceridad.

—Hay que estar atento a las que, en la imagen del perfil, ponen una foto sacada por ellas mismas en el baño. A esas, les decís cuatro piropos en el Muro y las tenés comiendo alpiste. Atento a las que ponen fotos viajando por el mundo con una amiga, siempre la misma amiga: son fiesteras. Pero ojo —matiza mi amigo—: tiene que ser fotos por el mundo; si viajan por su

propio país, son histéricas. A las que ponen una imagen de ellas cuando eran chiquitas, en color sepia, les gusta el sexo duro. Las que dejan vacío el ítem sobre intereses musicales, prefieren pagar el hotel a medias.

Mi antiguo amigo de la primaria me atiborró de consejos, pero sólo me acuerdo de estos pocos para compartir hoy con ustedes. Habló durante más de una hora, sin parar. Y después dijo que debía irse a una cita con una mujer que había conocido en la estación Verdaguer.

—Me tiemblan las manos —me confesó antes de salir del bar—. Esta mujer que conocí en el metro me dice que no tiene Internet. No sé nada de ella, nunca vi fotos, no sé de qué carajo le voy a hablar.

—¿Y para qué vas, entonces?

—Es que últimamente me calientan mucho las mujeres analógicas. Tienen olor a infancia.

# 3

## CARTAS DE MI TATARANIETO WOUNG

### NOTA:

Hace unos meses le supliqué a mi tataranieto Woung que no me dijera nada sobre mi vida en el futuro, y con buen tino cumplió mis deseos. Al irse de casa, me reveló algunos datos interesantes sobre cómo sería la vida del hombre a finales del siglo XXI, pero me dejó a medias con otros temas de interés. El viernes, al revisar el correo, vi un sobre extraño, demasiado moderno para mi gusto. Era una carta de Woung, en la que me explica, con pelos y señales, cómo serán nuestros próximos años.

## **2011-2030: La Primera Gran Guerra**

### **2011**

Tras la invasión norteamericana a Teherán (injustificada, según la ONU) el llamado Mundo Libre decide rebelarse ante los atropellos de Estados Unidos, boicoteando el consumo de sus productos, a excepción de la CocaCola y HBO.

Un científico alemán descubre un tipo de carne que, al ser dado a un perro con rabia, provoca que el animal continúe siendo doméstico y gracioso.

### **2012**

Tras la invasión norteamericana al llamado Mundo Libre (según la ONU, injustificada), las cosas regresan a como estaban antes, a excepción del llamado Mundo Libre, que pasa a llamarse Mundo con Ciertas Libertades.

Parte en diciembre el KONECT III, primer cohete tripulado al planeta Marte, que estará once años en el espacio antes de tocar suelo marciano.

### **2013**

El KONECT III estalla a los once días. Más tarde se sabe que habían dejado abierta la puertita que daba al baño.

Se descubre una vacuna que cura de todos las enfermedades del continente africano, pero es demasiado cara para sus habitantes. En cambio

los finlandeses, que sí pueden pagarla, la usan para curarse la soriasis que les produce hablar por el móvil.

Parte en diciembre el KONECT IV, primer cohete tripulado al planeta Marte, que estará once años en el espacio antes de tocar suelo marciano. Un equipo especial de la NASA certifica que esté bien cerrada la puertita del baño.

## 2014

Una cadena británica filma el exacto momento en que Evo Morales, presidente de Bolivia, asciende a los cielos. El país andino pone a otro presidente con el mismo pulóver.

El feroz huracán Eduardo confirma todas las sospechas, y se convierte en el primer fenómeno meteorológico capaz de arrancar California de cuajo. La región entera es hallada por unos niños pescadores, 20 días más tarde, cerca de Filipinas.

Se suspenden por un año los Juegos Olímpicos de Vancouver porque a nadie le gusta el diseño de la mascota.

## 2015

Después de 27 temporadas, la serie *Los Simpson* comienza a dibujarse sola.

Macedonia, Bosnia y Serbia deciden formar un mismo país al descubrir que, cuando estaban juntas, ganaban más medallas en los Juegos Olímpicos. Pasan a llamarse Yugoslavia Hermanos. La ex Unión Soviética no quiere ser menos: se reunifica y se bautiza Rusia e Hijos. De todos modos, gana China con 113 medallas.

Un nuevo best-seller polémico induce a pensar que Jesucristo se llamaba en realidad Fabricio, padecía anorexia, y tenía un huevo más grande que el otro. El Vaticano compra los derechos cinematográficos y alienta a sus fieles a no consumir blasfemias.

## **2016**

Antes de disolverse, la veterana ONG GreenPeace reconoce que no eran las fábricas las que producía la capa de ozono, sino las ballenas al copular.

Se descubre una pastilla que, si te la tomás, ya estás bañado.

Las selecciones de Argentina e Italia se disputan al hijo ilegítimo de Maradona (Diego Jr.), ofreciendo cada una diferentes ventajas por la nacionalización del crack. El Gobierno argentino le ofrece al jovencito la presidencia de la nación, mientras que el Gobierno italiano le regala «cualquier cosa que haya hecho Miguel Angel y esté en nuestro territorio». Finalmente Diego Junior se nacionaliza colombiano, pero no dice a cambio de qué.

El KONECT IV deja de emitir señales.

## **2017**

Una Universidad holandesa descubre que, debajo de algunos cuadros de Van Gogh, hay pinturas de Dalí.

Tras una conferencia de prensa, una clínica privada de Seúl informa al mundo que han clonado a un hombre en 2013 y ahora mostrarán al mundo los resultados. Aparece un niño de cinco años adorable, sano, limpio y educado al que el resto de la Humanidad llamará «The Clon». Es el principio de la Gran Guerra del '26, pero nadie lo sabe.

Inglaterra se sube al euro con tan mala suerte que se resbala y se cae al dólar canadiense.

## **2018**

La decadencia del Imperio Norteamericano se hace más evidente. Este año sólo producen doce largometrajes, cuatro modelos de Chevrolet, dos invasiones a países pobres, y un solo capítulo bueno del doctor House.

Por primera vez en la historia, gana Eurovisión un participante mudo, gracias a una muy lograda coreografía.

El Banco Central de la República Argentina, por indicación del gobierno, congela los depósitos de los ahorristas utilizando nitrato líquido.

Una Universidad francesa descubre que, debajo de unas pinturas de Dalí que se habían hallado debajo de unos cuadros de Van Gogh, hay unas imágenes en jpg con señoritas desnudas.

## 2019

Un estudio indica que sólo los mayores de 50 años continúan utilizando el correo electrónico, dado que la juventud del mundo tiende a utilizar la telepatía (12%), o directamente no se comunican con nadie (82%).

Se suspende por primera vez un match de fútbol (ocurre en Brasil) a causa de la desconfiguración del árbitro. Al recomponerse el sistema, los archivos goles.bak están tan dañados que hay que empezar el partido de nuevo.

El KONECT IV (que había enmudecido tres años antes) vuelve a emitir señales. Sus tripulantes logran decir una frase que llega a la Tierra: «¡Esto es increíble!», se escucha. Después de eso, otra vez el silencio.

## 2020

El profesor universitario José Luis Orihuela da de baja *eCuaderno*, el último blog que quedaba en el mundo.

Por primera vez en la historia, y tras largos años de investigación, un Hombre da a luz, después de tres años de gestación. Aparece ante el mundo un enorme bebé adorable, sano, limpio y educado al que el resto de la Humanidad llamará «The Man». Es el principio de la Gran Guerra del '26, pero nadie lo sabe.

Comienza a emitir un canal de televisión vegetariano, que solamente pueden sintonizar los espectadores que no estén comiendo carne en ese momento.

## 2021

Un magnicidio terrorista en París, durante una cumbre del G8, mata a todos los presidentes de los países más ricos del mundo. Asume el gobierno de cada nación sus viudas, quienes como primera medida de Gobierno deciden congelar a sus esposos hasta que los puedan resucitar.

Nokia saca a la venta un teléfono móvil con cama adentro.

Suecia se convierte en una sociedad perfecta al descubrir un antídoto contra el bostezo, la única enfermedad contagiosa que les faltaba curar.

## 2022

Una mortal epidemia de tifus se desata en las Islas Malvinas, y el gobierno británico decide devolverlas a su país de origen. La República Argentina se niega a aceptar el regalo, y se desata otra vez la Guerra de las Malvinas, pero al revés: el que pierde se las queda.

Fallece el papa Benedicto XVI y asume en su lugar el artista antes llamado Prince que, además de ser el primer papa americano, es también el primer papa negro, el primer papa sexy y el primer papa pop.

Por primera vez desde sus inicios, la final del Mundial de Fútbol «Chile 2022» se transmite vía holograma en 25 estadios de todo el mundo, en directo. Por algunos problemas en la emisión, algunos espectadores ven ganador a Brasil, y otros a Alemania.

## 2023

Tras ocho meses de sangrientas batallas australes, las Malvinas son otra vez argentinas.

El KONECT IV (que había enmudecido tres años antes) vuelve a emitir señales. Sus tripulantes logran decir otra frase que llega, nítida, a la Tierra: «*¡Esto es cada vez más increíble!*», se escucha. Después de eso, otra vez el silencio.



El niño mundialmente conocido como «The Clon» cumple diez años de vida, y se celebran festejos en todo el planeta. El jovencito habla por primera y dice algo que nadie esperaba escuchar: «*Debemos eliminar al Hombre*». Cunde el pánico en las ciudades de siempre: Nueva York, Tokio y Sidney.

Fernando Alonso se retira de la Fórmula Uno, pero su coche sigue compitiendo un año más con un maniquí adentro.

## **2024**

El Papa Prince I hace la primera Misa de Gallo unplugged, que transmite en directo la MTVaticano.

Los laboratorios Roche sacan a la venta unas pastillas verdes que combaten el adulterio y no las compra nadie.

Los chinos se ponen de acuerdo para saltar todos juntos el mismo día, a la misma hora, y confirmar así si es verdad lo que dice la leyenda. Lo hacen el 22 de octubre a las 12 del mediodía, y aparecen todos en Australia once horas antes.

## **2025**

La mañana del 12 de febrero el hemisferio norte despierta con la aterradora visión de una bola de fuego en el horizonte, que viene hacia la Tierra a una velocidad increíble. Se piensa en un meteorito pero, al caer y destruir Kansas, se descubre que se trataba del KONECT IV. Es el fin de la supremacía norteamericana en cualquier campo.

El niño mundialmente conocido como «The Man», hijo de dos hombres y ninguna mujer, recibe su primera comunión, con una fiesta que se celebra en el mundo entero. Al decir sus primeras palabras en público, el planeta entero escucha de boca del niño: «*Debemos eliminar al Clon*». En muchas ciudades comienza la caza al payaso, hasta que un nuevo comunicado soluciona el malentendido.

Miles de ordenadores en todo el mundo regresan a Windows 98.

## 2026

Los habitantes del planeta comienzan a dividirse entre defensores de Man, y defensores de Clon. Los niños (uno desde Londres, en otro desde Corea) se desafían y se lanzan mensajes de guerra a través de Facebook. Hay tensión mundial.

Un chimpancé logra ganarle una partida de ajedrez a una computadora construida por un chileno.

Comienza la Tercera Guerra Mundial, conocida también como «la Gran Guerra del '26», entre los Clon y los Man.

## 2027

Una bomba antitetánica destruye Nueva Zelanda.

Un atentado contra el niño Man mata a sus padres travestis, y el niño Man llora y patalea por la CNN.

Las viudas del G8 (esposas de los presidentes muertos en el '21) logran resucitar a sus maridos mediante un novedoso sistema médico, y los actualizan sobre la guerra que está teniendo lugar. Los maridos prefieren seguir congelados unos años, hasta que todo pase.

Los ejércitos de Clon parecen a punto de ganar la guerra, dado que sus soldados antes de morir se duplican. Pero los guerreros Man descubren que las copias son de baja calidad.

## 2028

Científicos de Barcelona descubren que si una persona estornuda al mismo tiempo que salta, destruye la ley de la gravedad. «*Los humanos siempre estuvimos capacitados para volar*», dicen eufóricos, «*pero nos faltaba saber cómo*».

El Papa Prince intenta mediar entre el niño Clon y el niño Man. La cumbre ocurre en junio, en Ginebra, donde ambas criaturas firman un pacto

de no agresión y establecen un alto el fuego. Los niños son dados en adopción.

El ser humano comienza a volar por sus propios medios. Quiebran las compañías aéreas, y se hacen poderosas las empresas que comercializan pomadas para las caídas.

## **2029**

Tras la Gran Guerra, el planeta ha sido diezmado por las bombas antitetánicas y saqueado por los mismos inadaptados de siempre. Sólo quedan 19 países con gente adentro, y otros 26 que pueden ser recuperados para hacer sitios turísticos.

Se realiza el primer censo post guerra: sigue habiendo en el mundo más mujeres que hombres. Todos respiran aliviados.

Al no haber televisión, ni cines, ni espacios de entretenimientos, José Luis Orihuela abre otra vez su blog *eCuaderno*.

## **2030**

Argentina se corona campeón del mundo en el Mundial de Fútbol 2030, que se disputa en Yugoslavia Hermanos.

Un chileno logra ganarle una partida de ajedrez a una computadora construida por un chimpancé. (Es el principio de la Gran Guerra del '41, pero todavía nadie lo sabe.)

## **2031-2050: La persecución de las viejas**

### **2031**

El mundo, diezmado por la Guerra del '26, conserva ahora menos de veinte países poblados. Y lo que es peor, la mayoría de los habitantes de esas regiones son feos o tienen quemaduras. Tanto es así que, en esta década, para ser *top model* sólo es necesario tener los dientes de arriba.

La ciencia, de a poco, intenta restablecer la salud y el progreso perdidos por la guerra. Pero será un proceso lento. La fealdad humana es tan grande, y tal el desgano amatorio, que se lanza al mercado una pastilla que hace creer a la mujer que el hombre está teniendo una erección.

### **2032**

Durante el histórico «Pacto de Hamburgo», mandatarios de los 19 países firman un tratado de no agresión y se comprometen a colaborar hasta restablecer la armonía del planeta. A la salida de la Cumbre, sin embargo, discuten por una plaza de parking y mueren cuatro presidentes por arma blanca.

Surge el gran negocio del siglo: la cirugía estética delivery. Se trata de cirujanos en ciclomotor que se dirigen, casa por casa, a rejuvenecer señoras. Por nariz, mamas y lipo, ofrecen además dos cocacolas light a mitad de precio.

### **2033**

Los jóvenes —desmotivados— comienzan a utilizar una droga de diseño devastadora que, al ser ingerida, te pone acento de clase media alta, o sea. Automáticamente, los adolescentes coreanos se convierten en japoneses, los alemanes en austriacos, y los mexicanos en argentinos.

El dos de junio, desaparece el último pelirrojo adulto sobre la faz de la Tierra. Hay festejos en varios países.

El mundo entero logra sintonizar un mensaje del Papa Prince, que invita a todos los creyentes a suicidarse. Sin embargo, sólo ocurren dos muertes (ambas por accidente de tráfico); es el fin del Cristianismo y de la industria automotriz.

## **2034**

Con los progresos de la cirugía estética resulta imposible reconocer gente vieja a simple vista. Los jóvenes temen salir a la calle y trabar relación amorosa con una anciana de incógnito. Comienza una triste época llamada «la persecución de las viejas».

Comienza el Mundial Austria 2034. Como sólo hay 19 países en el mundo, se decide invitar a equipos menores para cubrir el fixture. El partido inaugural, Alemania vs. Minimercado El Vasquito, acaba empatado a uno.

## **2035**

Cada vez es más grande la xenofobia contra las mujeres mayores de 45 años, también llamadas «viejas de mierda» (por la derecha) o «señoritas con discapacidad temporal» (por el socialismo). Estas mujeres, para camuflarse, se retocan pómulos, papada y nariz. Sin embargo se les descubre una debilidad: no pueden dejar de enviar powerpoints con imágenes de gatitos. De a poco son descubiertas y exterminadas.

Aparece, en las costas de Portugal, un coyote, especie que se creía desaparecida. Días más tarde se cree ver también a un brasileño (otra especie en extinción) pero finalmente se descubre que era un portugués con parkinson.

## 2036

La ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Kenia fracasa porque ningún país recuerda cuál era su atuendo típico.

Al recomponerse la visión de algunos telescopios, se detecta que La Luna tiene ahora un agujero enorme en el medio, producto de un proyectil lanzado durante la Guerra del '26. Se propone rebautizar al satélite como El Gran Donut. Los poetas románticos están en desacuerdo, porque se les dificulta la rima.

La Organización de Naciones Unidas reúne a los representantes de sus 19 países miembros con el fin de cambiar las siglas ONU por otras donde se subraye todavía más su unidad y cohesión, pero no logran ponerse de acuerdo: comienza entonces la «guerra del '37».

## 2037

La llamada Guerra del '37 es una de las más humildes de la historia moderna, puesto que no existen armamentos ni tropas en ningún país del mundo. Se la denomina también «la guerra de los empujones» y resulta vencedor Chile, que logra, tras empujar y empujar, que Argentina y Uruguay se caigan al agua.

También desaparece Portugal, empujada por España; mientras que Grecia es salvada a último momento por un barco carguero turco.

La Iglesia Católica, en plena decadencia, hace un intento de modernizarse y acorta las sotanas de los curas hasta las rodillas. Consigue cuatro nuevos fieles, entre ellos Tom Cruise.

## 2038

La masacre de viejas del '35 y su brutal extinción provoca cambios drásticos en el ecosistema. Desaparece la televisión de la tarde, las secuelas

literarias de *El Código Da Vinci*, la sopa de verduras y las lesbianas de pelo corto y pantalón vaquero.

Algunos conejos evolucionados del sur de Australia comienzan a hacer experimentos científicos utilizando hombrecitos de india. Hay algunas manifestaciones de repudio en Nueva Delhi, que son acalladas con ruedecitas giratorias y lechuga.

### **2039**

En un último intento por despegarse de la hipocresía y volver a conseguir adeptos, los sacerdotes católicos lanzan una campaña en donde se cambian el nombre de «sacerdotes» por uno más explícito; se rebautizan como «homosexuales de derecha». Consiguen trece fieles más, pero Tom Cruise se desafilia.

Por fin, después de varios intentos fallidos, dos veterinarios ingleses logran hacer hablar a un perro. Las primeras palabras del animal —«*no somos tu mejor amigo, te lamemos a cambio de casa y comida*»— son retransmitidas en directo y generan desazón entre los loros, que ven perder su hegemonía.

### **2040**

Se populariza una revista masculina con sistema de troquelado y látex, donde aparecen vaginas en relieve cuando se abren las páginas centrales. Más tarde se intenta hacer lo mismo con revistas para gays, pero son prohibidas cuando cientos de lectores se quedan tuertos.

La empresa Nike desarrolla unas zapatillas que van en busca de su dueño cuando éste despierta.

### **2041**

Desde abril a septiembre se produce el llamado «éxodo japonés». Los habitantes de la isla, ya muy superpoblada y además volcánica, se trasladan

al deshabitado Brasil. Al año siguiente se desarrollarán en Río de Janeiro los carnavales más aburridos de los que se tenga memoria.

Se derrumba la pirámide de Keops y encuentran dentro un juguete para armar, con instrucciones.

Se pone en funcionamiento el tren más veloz del mundo, que une Palestina con Israel a una velocidad mayor que los misiles que lo persiguen para destruirlo.

## **2042**

Muere, a causa de una infección, la cantante Madonna, a los ochenta y tres años, después de intentar hacer un videoclip polémico en donde fornicaba con un pedazo de cristal, creyendo que «cristal» tiene algo que ver con Cristo.

Un grupo de pederastas alemanes se queja de que los niños rasguñan demasiado en la cama, y se declaran en huelga de Messenger no disponible.

## **2043**

Se produce en Nueva York el «Gran Apagón del 43». Durante más de seis horas la ciudad queda a oscuras y los habitantes se encierran en casa. Nueve meses después, nacen tres niños (uno de ellos muerto). La Humanidad acepta oficialmente lo que ya era un secreto a voces: casi nadie tiene ganas de fornicar.

Un motorista de Ottawa logra saltar, con su motocicleta, por encima de ciento sesenta y tres edificios en llamas. Se conoce el hecho como «el mayor incendio de Ottawa» y nadie felicita al motorista.

## **2044**

Se prohíbe, por primera vez en la historia de la política, que dos mandatarios se estrechen la mano más tiempo del necesario a pedido de los fotógrafos.



Científicos franceses descubren que el desierto de Sahara es en realidad un espejismo colectivo de los egipcios. Toda la historia antigua es revisada y modificada, excepto la parte que indica que Cleopatra era puta.

Olaf Strassve, primer ministro de Suecia, muestra el pene en un acto benéfico, y más tarde se come a un nene con cáncer. Es destituido.

## 2045

El último presidente de la empresa General Electric (ahora en quiebra) confiesa en su biografía que *«desde 1942, cualquier automóvil Ford pudo haber arrancado a base de miel con almendras, pero nunca lo dijimos porque hubiera sido un enchastre»*.

Nacen en Italia los quintillizos siameses Tortonetti, cinco bebés unidos sucesivamente por las manos. Sus padres rechazan dar una ronda de prensa por considerarlo ofensivo.

## 2046

Una encuesta global indica que quedan en el mundo sólo dos abogados, y que uno de ellos ha denunciado al segundo por práctica ilegal de la abogacía. Éste apela.

La empresa Google desarrolla una ciudad entera que tiene el nombre de las calles escrito con pintura blanca en el asfalto, para no tener que construir mapas satelitales híbridos.

Nace en España el último hombre llamado José.

## 2047

Se confirma que la inteligencia de los delfines es superior a la de los italianos, cuando uno de estos mamíferos se convierte en capo de la mafia siciliana.

Se revierte esta postura cuando se divisa a un napolitano saltando en el agua y jugando con una pelota de plástico.

Genetistas de la Universidad de Barcelona descubren que el apéndice humano es, en realidad, un segundo pene que se puede activar diciendo tres veces, y a oscuras, la palabra «salicosito». El mundo vive desde entonces un despertar sexual inusitado.

## **2048**

Este año se recuerda porque la gente no para de fornicar.

## **2049**

En poco tiempo, comienza a restablecerse un número más o menos decente de humanos, que conquistan tierras desérticas, reabren puentes, reconstruyen ciudades y siguen fornicando sin parar.

Vuelve a haber blogs de chicas con comentaristas pajeros.

La población se multiplica y algunos países vuelven a tener habitantes pobres. La Iglesia Católica (o lo que queda de ella) se fortalece lentamente gracias a estos focos de pobreza y analfabetismo y, una vez asentada, aboga por una apendicectomía colectiva.

## **2050**

Comienza una época dorada de florecimiento artístico, cultural y cívico en casi todos los rincones de la Tierra, con excepción de Chile, donde el cristianismo se rearma de a poco bajo el lema «el pecado nos lleva a la peritonitis».

Nace en Valparaíso un niño llamado Ismael, de madre virgen y padre cantante folk. Comienza a recorrer el mundo el rumor de que se trata de un nuevo enviado de Dios a la tierra.

En realidad, se trata del principio de la *Última Gran Guerra del Hombre Chiquito*, pero todavía nadie lo sabe.

## **2051-2070: La Última Guerra del Hombre Chiquito**

### **2051**

Han pasado ya tres años de la orgía colectiva del '48, en donde la raza humana descubrió que el apéndice era en realidad un segundo pene. El mundo está otra vez medianamente poblado y todo parece volver a la normalidad.

Regresa, lentamente, la pornografía. Reabren algunas webs de Internet y vuelven a funcionar tres o cuatro países de Europa del Este.

Los japoneses confiesan que el sushi fue un experimento secreto para confirmar si Occidente era tan estúpido como para comer pescado crudo.

### **2052**

Después de treinta años de reinado pacífico, muere el Papa Prince (el primer papa negro) y se teme que llegue el fin del mundo, como indica el Apocalipsis. Tras dos días de tensa espera, únicamente se produce el fin del pop psicodélico. Gran alivio.

Genetistas de Corea del Sur alertan de que los vástagos nacidos tras el apogeo sexual serán enanos. Como las criaturas todavía tienen dos años, no se puede comprobar la teoría.

Comienzan los Juegos Olímpicos de Luxemburgo, en donde por primera vez se excluyen las disciplinas de maratón (el país anfitrión no cuenta con 42 kilómetros de largo) y el lanzamiento de la jabalina (puesto que si alguien la tirase muy lejos podría acabar en Bélgica).

## 2053

Expectación en el Vaticano: asume en enero Josefa III, una monja española mediática que se convierte en el primer Sumo Pontífice de sexo femenino. La prensa duda si llamarla papa o papisa. Finalmente la prensa española la bautiza Pepa.

«La Papa Pepa» se convierte en la frase más buscada en Google durante todo el año, y la más pronunciada por los católicos y los loros.

Desaparece el Tibet tras un terremoto, pero China no reconoce la catástrofe y asegura que el territorio sigue siendo provincia. La ONU intenta mostrarle el agujero. China dice que eso no es un agujero, que es una provincia. La ONU se cansa y se va.

## 2054

Después de ciento cuatro años, Brasil vuelve a organizar un Mundial de Fútbol en su tierra, habitada ahora por japoneses desde la desaparición de los brasileños en la Guerra del '26. Gana otra vez Uruguay, con gol de Obdulio Varela, centrojás clonado para la ocasión.

En una Universidad de Estrasburgo logran hacer hablar a una cucaracha, tras largas sesiones de tortura. El insecto dice, textualmente, que no piensa delatar a sus jefes.

Tras un nuevo implante, las tetas de Maria Grazia Cucinotta son declaradas Parque Nacional.

## 2055

Se cumplen cien años de un montón de sucesos ocurridos en 1955. Como hay desabastecimiento mundial, se celebran todos los actos a la vez en un polideportivo de Kansas. A la salida, un sudanés que festejaba su independencia mata a dos peronistas.

Gastrónomos mexicanos inventan un pan capaz de multiplicarse, al ser su miga estrictamente mayor que la dimensión topológica de su corteza. Lo llaman Pan Fractal y se convierte en la comida preferida de los geeks.

Se produce la Guerra más corta de la Historia, entre Nicaragua y Filipinas. Dada la enorme distancia entre ambos ejércitos, el conflicto tiene lugar en un locutorio y dura 11 minutos. Gana Nicaragua; Filipinas debe pagar la llamada.

## 2056

Tras un censo nacional, el Gobierno de Austria confirma que vive más gente encerrada en sótanos y garajes que a la luz del sol. Se decide, por fin, que los pocos austriacos que están en la superficie se encierren. Sólo quedan, en la superficie del país, algunos periodistas ingleses diciendo «monstruo, monstruo» en voz baja.

La papa Pepa (Josefa III) comienza a escribir un blog para captar nuevos fieles jóvenes al desgastado catolicismo. Ahora es la primera papa mujer y la primera papa blogger. Su primer post recibe seis comentarios, dos de ellos son spam.

Hallan un pozo de petróleo en Bolivia y el país se convierte en potencia mundial. La República de Santa Cruz de Cochabamba quiere volver a formar parte del territorio boliviano. No se lo permiten, e incluso le hacen burla desde la frontera.

## 2057

Se celebra en París la primera conferencia telepática entre jefes de Estado. El presidente de Suiza piensa cosas y el primer ministro inglés le adivina los pensamientos. El sistema funciona con tanta exactitud que ambos acaban a las trompadas.

Google inventa G-sleep, un buscador de sueños en los que se pueden grabar y rastrear sueños propios por palabra exacta, por frase aproximada, por trauma de la infancia o por deseo homosexual reprimido.

Después de veinte años de ocurrido el último exterminio, vuelve a haber Mujeres Viejas (mayores de 45 años) en algunos países desarrollados. Alarma y tensión mundial. Dan Brown retoma sus escritos y se teme que regresen la moda de enviar correos con powerpoints.

## **2058**

Fayir Somoza, científico guatemalteco de madre iraní, patenta en Londres el primer prototipo artificial para viajar al pasado. El artefacto, todavía muy rudimentario, sólo es capaz de ir a los días jueves de la semana anterior.

Los niños gestados en la orgía colectiva del '48 cumplen nueve años y se confirma la teoría coreana del enanismo: ninguno supera el metro de altura. Comienza a conocerse a esta raza como El Hombre Chiquito.

Chile y Portugal llegan, por primera vez, a la final de un Mundial de Fútbol. Hay ataques de risa en todo el planeta y el partido se suspende tras el primer tiempo. Iban cero a cero.

## **2059**

El barrio de La Boca, en Argentina, se autoproclama República tras consulta popular. Absolutamente nadie, en todo el país sudamericano, anula el referéndum.

Meg Ryan y Tom Hanks filman la que será su última película juntos: *My Love Affair with Geriatric Medicine*. Ryan muere antes de la escena del beso, y debe ser suplantada por una muñeca inflable. Hanks descubre el truco meses más tarde, mirando los extras del DVD.

Por primera vez en la historia durante el mes de noviembre de este año no ocurre nada.

## **2060**

Cumple diez años Ismael, un famoso niño chileno de madre virgen, del que se sospechan virtudes milagrosas. Para los católicos se trata de un nuevo enviado del Señor. Ismael da una conferencia de prensa en la que multiplica los micrófonos. Exaltación mundial.

La vigésimo tercera remake de *Spiderman* se convierte en la película más taquillera del año en los cines del mundo. La ven cerca de ciento doce personas. Hollywood decide acabar con la farsa y declara la quiebra.

Surge un nuevo ritmo popular, llamado chacatrán bumbúm, que provoca la rotura de la cadera de quienes lo practican. Se crean discotecas con salas de traumatología en los reservados.

## **2061**

El 12 de enero el hombre llega por fin al planeta Marte. Se trata de la nave KONECT IV, que había despegado de la Tierra en 2013 y de la que no se tenían noticias desde hacía cuarenta años. Estados Unidos, uno de los países más pobres del mundo, vuelve a ser noticia.

El Banco Central de la República Argentina descongela los depósitos de los ahorristas después de 43 años (en el '18 había utilizando nitrato líquido para congelarlos). Se descubre entonces, gracias al cambio, que cada argentino es multimillonario.

Argentina invade Inglaterra y obliga a los británicos a aceptar la devolución de las Islas Malvinas, que pertenecían al país sudamericano desde la Guerra Inversa del '23. Inglaterra declina la devolución, pero Chile acepta quedarse con la isla de la izquierda. La otra es dada en adopción a Australia.

## **2062**

Mundial de Argentina '62. Gana la final Argentina, tras vencer a la República de Boca Juniors 4 a 2. Tercero queda Santa Cruz de Tenerife y cuarto, Antigua y Barbuda. (Es el penúltimo Mundial de la era contemporánea, pero nadie lo sabe.)

Los gorilas provocan un Golpe de Estado en seis países de África Central, y convocan a elecciones para fundar una nueva Nación. Basan su legitimidad en que poseen un ADN 97% idéntico al humano. Expropián las multinacionales europeas de extracción de diamantes, amamantan a los niños y sólo dejan votar a las mujeres y los chimpancés mayores de doce años.

En noviembre, África se convierte (por primera vez en 1650 años) en un territorio libre de hambre y productivo.

## **2063**

Un informe asegura que los adolescentes de los países desarrollados duermen de quince a diecinueve horas al día. Científicos noruegos comienzan a investigar la posibilidad de que esa cifra aumente hasta las veinticuatro horas.

Ismael, el niño chileno nacido de una virgen en 2050, alcanza el metro sesenta y cinco de estatura y no parece tener las malformaciones de sus contemporáneos. La papa Pepa lo santifica.

El Polo Norte se deshíela por completo y se descubre que debajo de Groenlandia había un sex-shop gigantesco al que acudían suecos, noruegos y finlandeses en el siglo xx.

## **2064**

El 18 de mayo, a las 17:45 (hora de EE.UU.) muere el último pez del planeta Tierra. Se trataba de un bagre de once años que estaba en un zoológico de Nueva York. El guardia de seguridad queda detenido mientras se limpia la boca.

Matemáticos hindúes descubren que existe un número entre el cuatro y el cinco. Se llama dopi y su símbolo es s. Uno, dos tres, cuatro, dopi, cinco, etcétera. Resulta tan complicado calcular todo otra vez, que deciden mantener la noticia en la clandestinidad durante ventidopi años más.



## 2065

Después de años de investigación, se crea la primera impresora 3D autoreplicante, es decir, capaz de construir una máquina idéntica a ella misma sin la ayuda humana. La segunda impresora crea una tercera, ésta una cuarta, y la cuarta se queda sin tóner. Decepción.

El niño Ismael, que tiene ahora quince años y es líder espiritual de la nueva raza de Hombres Chiquitos, asegura en un mitin que los gorilas africanos no son animales de Dios, y propone un exterminio paulatino de estos mamíferos.

África se declara atea. El precio de la banana se triplica. Un mandril secuestra un avión en Berlín y se estrella contra la torre Eiffel. Un chimpancé fuma marihuana en la televisión.

## 2066

Mundial de España '66. A causa de la baja estatura de los nuevos futbolistas, se decide utilizar arcos de hockey y pelotas de voley. El espectáculo resulta mediocre. La FIFA decide acabar con los Mundiales, tras una final patética en la que senegaleses y peruanos son incapaces de patear un corner al área.

Tras la muerte natural de los humanos más viejos, la raza comienza a convertirse en enana, irremediablemente. Los gorilas subsaharianos y los Hombres Chiquitos desatan pequeñas guerras territoriales en el norte de África, donde los primeros vencen con facilidad, a veces sin pelear, sólo haciendo «uh uh» y moviendo los brazos.

Se descubre que la cópula entre gorila macho con enana humana produce un humano alto. Nace la esperanza.

También se descubre que la cópula entre enano macho con gorila hembra produce la muerte instantánea del enano macho. Era previsible.

Se triplica el precio del semen de mono. Un enano secuestra un avión en Johannesburgo y se estrella contra una palmera. Un chimpancé fuma

marihuana en televisión otra vez, pero con mayor audiencia. La NBC convierte la protesta en una sit-com.

## **2067**

Kutu-Koongué, gorila espalda plateada presidente de Sudáfrica desde el '62, gana el premio Nobel de la Paz, a medias con un silenciador de bujías para motocicleta.

Comienza, oficialmente, la Gran Guerra del Hombre Chiquito, que será la última contienda bélica de la Humanidad (tal y como se la conoce). Los gorilas son más grandes, pero el número de enanos es mucho mayor. La contienda ocupa el norte africano, España, parte de Grecia y el centro de Sevilla.

12 de diciembre. Un mono blanco albino asesina a Ismael, el hijo de Dios, durante el intervalo de un espectáculo de circo. Conmoción mundial.

## **2068**

Los gorilas, los chimpancés, los mandriles, los orangutanes y los norteamericanos se constituyen en la Organización Monos del Nuevo Mundo. Tras el fin de la Guerra, el Hombre Chiquito comienza a servir a los nuevos dueños de la Tierra.

Los humanos altos (hijos de gorila con enana) son llamados a la paz y la convivencia. Éstos aceptan, en tanto regresen al planeta los Mundiales de fútbol, el helado de banana con dulce de leche y la depilación vaginal de las hembras. Los monos aceptan.

Comienza una época dorada de paz y armonía entre las tres razas superiores: el mono sabio, el hombre chiquito y el humano alto.

## **2069**

Se descubre que la Coca-Cola ha sido culpable de la paulatina stupidización humana que generó guerras y desgracias durante más de 150

años. Al hacerse pública la noticia, se triplican las ventas del refresco entre los humanos altos.

George Bush III, hijo de enana blanca y mono híbrido, se alza con la presidencia de Estados Unidos de América.

Pepsi va a la quiebra.

## **2070**

La calma bélica centra otra vez las investigaciones del mundo en el planeta Marte, conquistado nueve años antes. Una nave tripulada por dos monos, tres enanas y dos polacos viajan al espacio para encontrarse con la primera tripulación, y construir edificios y salas de bingo.

En Argentina (país sumamente rico desde la descongelación económica del '61) gana las elecciones el Partido Peronista. Los gorilas no ven con buenos ojos a este gobierno, por ser la única democracia enana del planeta.

Nacen once brasileños in vitro, bajo la técnica de electrocutar células muertas de portugueses y ponerles música de lambada en el tubo de ensayo.

Es el comienzo de la mayor crisis moral de la que se tenga memoria.

## 4

# EL NUEVO PARAÍSO DE LOS TONTOS

«El que nunca ha trabajado en flash, se salta los intros»

[Nos recuerda que quien desconoce el esfuerzo de una tarea u oficio, no valora sus resultados.]

«Chatea a diario con menores, y usarás emoticones»

[Nos advierte que el ser humano es afecto a imitar los defectos de su entorno. O señala el peligro de relacionarse con niños de corta edad. O ambas.]

«Tarde o temprano, el último comment es spam»

[Indica que no hay palabra alguna que no acabe en el olvido.]

## Cucarachas con termómetro

Dos veces a la semana suena el teléfono en casa, o el timbre, y del otro lado aparece un encuestador. Cada vez hay más y se presentan mejor preparados. Con el tiempo, han aprendido a ser inmunes al NO. Saben minimizar las excusas y están por todas partes, mendigando quince minutos de nuestras vidas. Si un día la Tierra padeciera un conflicto químico que aniquilase todo —plantas, animales, gente— seguirían sonando los teléfonos por la mañana. El encuestador es la nueva cucaracha del mundo.

Quieren saber qué periódicos leemos, qué champú usamos, a qué partido político respondemos; quieren saber si hacemos deporte y, en caso afirmativo, cuál o cuáles. Desean conocer si hay niños en casa y cuántos, si tenemos televisión por cable, cuál es la última publicidad que podemos recordar. Si fuimos o somos infieles.

Más tarde los periódicos nos informan sobre los resultados de estos estudios. Es decir, la prensa nos comunica cómo somos.

Nos dicen los diarios, por ejemplo (y escojo titulares reales de este mes) que cada vez más adolescentes consumen tranquilizantes, que los chilenos piensan que las Cataratas son brasileñas, que los italianos son fogosos y las francesas liberales, que los hombres hablan más de fútbol que de mujeres, y que tres de cada cuatro españoles se fue de putas este año.

Todos los días, en la prensa, en la radio y en los informativos de la tele, hay por lo menos una afirmación categórica generada por el método de la encuesta. A razón de trescientas afirmaciones por año, nos vamos enterando cuántas veces nos masturbamos en promedio, descubrimos que nuestras esposas ya son casi tan infieles como nosotros, y averiguamos un sinfín de cuestiones sobre nuestras costumbres. ¿Todas? No señor, todas menos una.

Hay un estudio sociológico que nunca nos fue revelado, que guardan bajo siete llaves, que esconden como un diamante. Los encuestadores poseen un dato sobre nosotros, un solo dato, que jamás publicarán ni darán a conocer a los medios de comunicación. Tras cartón, es el resultado más exacto que podrían conseguir sobre una costumbre humana, porque es la única pregunta que *siempre* hemos respondido *todos*. Absolutamente todos. La pregunta, con variantes de cortesía, es ésta:

—¿Me permite usted que le haga unas preguntas?

En esa disyuntiva no hay opción para el *no sabe*, ni tampoco para el *no contesta*. No hay dudas. No existe la posibilidad de la mentira ni de la excusa. En todos los casos, los miles de millones de humanos interceptados en el último año, en cualquier parte del mundo, por teléfono o en persona, hemos dicho SÍ o hemos dicho NO. Y los encuestadores conocen los porcentajes exactos de esta tendencia.

Pasa lo mismo con los móviles callejeros de la televisión. Los informativos le ponen el micrófono a las personas y les preguntan, por ejemplo, si el sueldo les alcanza, o si son felices. Pero no explican los informativos, ni siquiera en letra pequeña sobreimpresa, que la enorme mayoría de los consultados pasa de largo, que sólo hay una minúscula porción de la humanidad que adora ponerse frente a una cámara para responder cualquier cosa, ni tampoco informan que esa raza suele llamarse, técnicamente, los imbéciles.

Es increíble, y también fascinante, que casi nadie distinga esta verdad tan sencilla en el momento de creer o descreer lo que aseguran los medidores de las costumbres humanas.

Los encuestadores conocen, sin margen de error, un guarismo exacto sobre nuestro hábito de responder. De hecho, es el único resultado que poseen sobre nosotros como conjunto absoluto. Todos los demás estudios que publican hasta el hartazgo, día a día, están limitados al pequeño grupo de gente aburrida —o que justo esta tarde estaba drogada— que ha contestado SÍ a la primera pregunta. Y estos serán, como mucho, un 11% de la población mundial (estoy dejando propina).

Ya tenemos un dato revelador, entonces. Todo lo que sabemos sobre nuestras costumbres, fobias, manías y emergencias es el resultado de los hábitos de gente aburrída o que, justo esta tarde, estaba dispersa y con ganas de conversar. Anoten esto en sus cuadernos y sigamos adelante.

Fijémonos ahora cómo cambia un enunciado cuando le agregamos esta evidencia: «Los hombres drogados hablan más de fútbol que de mujeres». O cómo se modifica el sentido de este otro titular: «Las señoras que no tienen nada que hacer a la tarde son casi tan infieles como sus esposos aburrídos». E incluso de éste: «Los adolescentes que se pasan veinte minutos contestando encuestas, en lugar de hacer algo mejor con su tarde, consumen cada vez más tranquilizantes».

¿Pero qué pasa con los demás, con los que contestan siempre NO a la invitación de ser acibillados con preguntas? Son el 90% de la población mundial y poco o nada sabemos sobre sus quehaceres.

¿Qué champú usan los que no tienen tiempo para contestar boludeces? ¿Son infieles los matrimonios que no conversan por teléfono con extraños? ¿Practican deporte habitualmente aquellos que prefieren esquivar un micrófono por la calle? ¿Qué opinión tienen los tímidos y los sensatos sobre el conflicto del campo en Argentina? ¿Utilizan videojuegos violentos los jóvenes que a la hora que suena el teléfono del encuestador están en la hemeroteca estudiando? Nadie, absolutamente nadie lo sabe. Porque la enorme mayoría de la gente está en sus cosas.

Hay, además, una segunda certeza brutal, que involucra a las minorías que SÍ responde siempre, una certeza que empaña incluso los resultados parciales del grupo. Es sabido que la gente aburrída y la gente que se droga a la tarde tiende a mentir; los primeros como escape a una realidad insípida, y los otros por dispersión y anacronismo. Con esto generamos una nueva evidencia: el 96% de los que responden a encuestas, miente; a veces queriendo y otras veces sin querer.

Conseguimos así un segundo dato revelador. Todo lo que sabemos sobre nosotros como sociedad es el resultado de compilar las mentiras que dicen los drogados y los aburrídos. Apunten esto también en sus cuadernos.

Vivimos dos realidades. Por una parte sabemos quiénes somos en casa, y por la otra creemos intuir qué representamos como sociedad. Pero casi nunca reconocemos, ni en el hogar ni en la calle, que nos gobiernan unos parámetros que están dictados por el absurdo y la mala interpretación.

Yo, por ejemplo, uso champú Sedal. Lo hago porque su envase dice que es el champú más usado del mundo. Sospecho se ha llegado a esta conclusión haciendo una encuesta que solamente han respondido los aburridos y los drogados. Uso, entonces, el champú que dicen usar los que no tienen nada que hacer con sus vidas. Esto puede resultar inofensivo en algunos casos, puesto que a nadie se le cae el pelo con ningún champú. Pero otras veces, no sé, salimos a la calle con dos cacerolas, convencidos de que afuera están haciendo ruido los que son como nosotros.

Deberíamos tener más presente, y sin embargo olvidamos el dato con frecuencia, que el objetivo de las encuestas es idéntico al de un termómetro: hundirse en el recto de la sociedad para conocer la temperatura de nuestras emergencias y hábitos. Pero atención. Solamente unos pocos culos sucios se prestan a una vejación tan estúpida, y las cifras del termómetro, cuando emerge, suelen estar salpicadas de mierda.



## Mínimos avances en la cama

Menos la cama, todo ha mejorado en este mundo. Antes cocinábamos la sopa haciendo fuego con leña, ahora metemos el tazón directamente al microondas; hace medio siglo podíamos tener hasta cincuenta *longplays* en casa, hoy tenemos quinientas discografías completas en el bolsillo; ayer íbamos a los sitios a caballo y tardábamos meses en llegar, ahora nos movemos en aviones y en tren bala. Todo lo que nos importa ha evolucionado menos la cama, la cama no. Dormir sigue siendo la misma mierda desde el siglo XI.

Capaz que soy yo, que me estoy haciendo viejo y ya todo me cuesta mucho, pero cuando llega la noche prefiero quedarme dormido en el sofá, o en el suelo, antes que irme a la cama.

—¿No vienes a dormir? —pregunta mi mujer.

—No, otro día.

Sólo pensar en la cantidad de cosas que hay que hacer para acostarse me desmorona. No hay nada automático, todo es manual y torpe, todo es antiguo.

Observo la vida del hombre moderno y todo parece estar bien, me siento satisfecho: un aparato nos alerta sobre la hora de despertar; enseguida una máquina nos prepara el café; después un vehículo nos conduce al trabajo; allí un dispositivo piensa por nosotros y nos corrige; por la tarde extraemos dinero de una estructura automática para insertarlo en otra que nos ofrece alimentos o cigarros; por la noche otro artefacto móvil nos devuelve al hogar; ya en casa una invención nos entretiene con música, dramaturgia o deportes; y otra maquinaria nos indica que ya es la hora de descansar.

Hasta ahí todo es perfecto.

Pero justo entonces —cuando más necesitados estamos de lo automático— sobreviene el fallo: antes de acostarnos, nosotros, los hombres modernos, los que ya hemos conseguido no realizar ni un solo esfuerzo físico, tenemos que *hacernos la cama*. No existe un artefacto mecánico que nos libre de esa desdicha. En las casas hay control remoto para todo, hasta para bajar las cortinas. Pero no los hay para las actividades que involucran el dormir.

Solamente los japoneses y los enfermos terminales tienen control remoto en sus camas. Ellos sí. A veces me dan ganas de ser amarillo (del verbo *tokio* o del verbo *hepatitis*) para que mi cama sea automática y tenga botonera.

El hombre se ha pasado los últimos veinte o treinta años inventando una cantidad enorme de estupideces. Ya hay máquinas que te informan quién llama, con letras de imprenta, para que no lo preguntes en el teléfono. ¡A eso hemos llegado en nuestra loca aventura hacia el confort! Inventamos artefactos que nos liberan de decir «hola, ¿quién habla?». Hay herramientas que convierten el agua en hielo sin que tengas que viajar al sur. Hay lo que quieras.

Pero a la noche, cuando llega la hora del reposo, debemos airear diferentes telas, extenderlas de manera que sus puntas se toquen, simétricas, y colocar los bordes debajo de una bolsa llena de plumas; una bolsa absurda que pesa lo mismo que la lengua de un dinosaurio.

Odio el colchón actual. Lo odio con todas las fuerzas de mi alma. El colchón y el comunismo son las dos creaciones más equivocadas de la historia del Hombre. Ambos son inventos que jamás funcionaron bien del todo, pero nunca nadie se ha atrevido a decir en voz alta:

—Hemos fallado, señores, hagamos esto otra vez desde el principio.

Al contrario. Al comunismo y al colchón seguimos incorporándoles modificaciones y mejoras falsas, para disimular nuestro error de haber inventado algo tan incómodo. Colchón ergonómico, comunismo libertario; canapé abatible, izquierda moderada; somier articulado, socialismo utópico; colchón de espuma viscoelástica, partido obrero español.

No es posible que, a estas alturas del progreso, todavía haya algo en nuestros hogares que debamos limpiar pegándole con una escoba en el patio. No tiene lógica.

No puede ser que si un día nos meamos (sin querer), tengamos que pedir ayuda a un vecino para dar vuelta el colchón. Tenemos microchips, minifaldas, lentes de contacto, calditos de pollo... Una enorme variedad de cosas minúsculas. Pero a la noche dormimos en una cosa que pesa treinta y siete kilos.

Es increíble que ya tengamos coches con los que podemos chocar diez veces sin matarnos, y marcapasos con el que podemos sufrir hasta siete ataques al corazón y seguir vivos, y que —por el contrario— haya que tirar el colchón a la basura cuando nos hacemos pis dos veces. La tecnología y la modernidad parecen estar al margen de los dormitorios. Los avances se quedan en el comedor, en la cocina, en la sala de juegos.

Si comparamos una cama del año 1308 con otra de este año nos va a costar mucho encontrar un mínimo progreso. Siete siglos muertos, a la deriva de la ciencia, en donde únicamente hemos logrado construir el mismo armatoste horizontal con tres lienzos de tela encima. En setecientos años, sólo hemos conseguido ponerle elástico a las puntas de la sábana de abajo, para que no se salga cuando damos pataditas. En setecientos años, un elástico. ¿Qué carajo nos está pasando?

En estos tiempos de modernidad la cama debería venir con ingravidez de serie. Tendría que ser una cápsula gigante y hermética, sin sábanas ni frazada ni colchón de pluma. Fantaseo cada noche con un artefacto en el que mi cuerpo flota, desnudo y lánguido, siempre a una temperatura perfecta y con un leve sonido de fondo: el arrullo del mar, tres grillos en la distancia, los goles de Racing en la voz de Víctor Hugo...

En esta *cama 2.0* no existiría ni el ronquido ni el insomnio, ni los ruidos externos, ni las pesadillas, ni los pedos con olor. Toda la cápsula estaría insonorizada y atenta a cualquier desliz del cuerpo o del entorno. Las almohadas tendrían un temporizador que las haría dar vuelta solas cuando notasen el cachete acalorado. Y, por supuesto, nosotros mismos estaríamos

unidos a un grabador de sueños, para poder ver al día siguiente la repetición de las mejores escenas.

Yo no sé si falta mucho o poco para que lleguemos a este punto del confort. Pero lo veo muy complicado, porque los científicos están muy ocupados poniéndole más y más pelotudeces a los teléfonos móviles. Qué gente obsesiva.

Ahora me acuerdo de una frase de Juan Rulfo, el escritor mexicano. Una frase muy bonita que aparece en su novela *Pedro Páramo*. El protagonista se está quedando dormido sobre una roca áspera, después de haber andado todo el día por el desierto, y dice, antes de quedarse frito:

—El mejor colchón es el cansancio.

Puede ser, sí... Puede ser. En esa época los hombres se agotaban mucho, caminaban kilómetros enteros, trabajaban con las manos y la espalda, comían poco carbohidrato, se peleaban con cuchillo. Es decir, antes la gente se esforzaba. Pero ahora ya no. Hemos abolido el cansancio, hemos eliminado el sudor de la frente y el parirás con dolor. Nos hemos quitado de encima el yugo triste del siglo xx. Hoy el único trabajo físico que nos queda es hacer la cama antes de acostarnos.

Y yo no quiero, me rebelo. Me enoja mucho que hayamos olvidado erradicar lo más importante. Nos pasamos ocho horas al día durmiendo, ¡un tercio de la vida! Dormimos más que comemos, más que viajamos, más que reímos y amamos. ¿Cómo es posible, entonces, que todavía nadie haya inventado una almohada que se enfríe sola en medio de la noche? Estamos en el nuevo milenio y tenemos que despertarnos para dar vuelta la almohada.

Somos una raza de imbéciles.

## La decadencia del Hombre Corbata

El actual Hombre Corbata es el último eslabón del Hombre Disfrazado, una especie que gobernó la Tierra, sin asco, desde el año 1138 de nuestra era. El poder, desde entonces y hasta hoy, ha estado en manos de gente disfrazada. Reyes, obispos, jueces y militares. Cada vez que un hombre corriente accede a un puesto de omnipotencia, se convierte en un Hombre Disfrazado, y por tanto al acto de posesión se le llama *investidura*. Cuanto más perverso sea el cargo de poder, tanto más ridículo será su disfraz.

Comparadas con el faldón de tela, las charreteras, la sotana o la peluca blanca, podemos decir que la corbata es un adorno menor, casi el último suspiro de una larga serie de disfraces. Pero lo cierto es que, antes de que reinara en este mundo el Hombre Corbata, los destinos de la humanidad estaban en manos de un grupo mucho más ostentoso. Esos tiempos oscuros son conocidos como la era del Hombre Falda (u *Hombre Pollerita*, en jerga americana).

Este ejemplar, poderosísimo, podía llegar a ser Rey o a ser Papa como máximo escalón de dominio, pero tenía en el camino docenas de disfraces intermedios igual de magnánimos: virrey (minifalda), cardenal (falda recta tableada), príncipe (*kilt*, o falda escocesa), monseñor (falda plisada), archiduque (faldón con doble ruedo), obispo (falda cruzada en tonos ocres), y un variado y colorido etcétera.

Cada uno de estos escalafones requería de un disfraz monumental y emperifollado en donde nunca debía faltar, por lógica, una falda, y al mismo tiempo algún elemento multiforme y llamativo en la testa. Los seres con falda pero sin algo extravagante en la cabeza se denominaban mujeres. Y lo contrario, antílopes.

Cuanto más tardaba un hombre poderoso en disfrazarse por la mañana, mayor era su rango y su impunidad. Al principio del siglo XIII hubo reyes que, al acabar de vestirse, debían volver a quitarse los atuendos porque ya era otra vez la hora de dormir. Éstos eran, sin duda, los hombres más poderosos sobre la Tierra.

Hoy los Reyes casi han perdido el poder magnánimo de su disfraz. Su figura monárquica sólo es simbólica y se conserva, en algunos países menores, para que las señoras de avanzada edad tengan de qué hablar por la tarde en la peluquería, y para que sus maridos jueguen a las cartas con la baraja llamada alta, o figuras.

Pero en cambio la vertiente cristiana del Hombre Falda u *Hombre Pollerita* (hablamos aquí del «sacerdote», en cualquiera de sus jerarquías) tiene, aún hoy, un poder tenebroso que sigue basándose en la ostentación de su indumentaria. El poder del clérigo está ligado, íntimamente, al oscuro secreto de su disfraz. Nadie sabe, a ciencia cierta, cuánto tarda un Obispo en vestirse o desvestirse; sólo algunos niños pueden dar cuenta de esto, pero son más tarde silenciados con dinero.

El cristianismo sigue siendo entonces, por acumulación económica, el gobierno mejor disfrazado del mundo, por eso funciona sin necesidad de territorio: están en todas partes donde haya un señor gordo generosamente ataviado con sotana o faldón acampanado de tonos púrpuras.

Durante todo el siglo XIV, por ejemplo, hubo tres clases sociales diferenciadas. Estaban los disfrazados, los bien vestidos y los mal vestidos. La pirámide de poder indicaba que los disfrazados mandaban sobre los bien vestidos, quienes a su vez sojuzgaban a los mal vestidos.

La frontera entre los bien vestidos y los mal vestidos, en ciertas regiones de Europa, era mínima. En Francia, por ejemplo, únicamente los diferenciaba el olor.

A mediados del siglo XV aparece una cuarta clase social en el concierto de las indumentarias. Esto ocurre cuando el navegante Colón (un bien vestido) le pide dinero a los Reyes Católicos (dos disfrazados) para dirigirse en barco junto con un grupo de reos (mal vestidos), a conquistar nuevas tierras.

El hombre moderno descubre entonces a *los desvestidos*, que son muchísimos y saben bailar muy bien.

Los desvestidos, sin embargo, no cuajan bien en un mundo regido por la vestimenta reglamentaria. El Hombre Falda —o *Pollerita*— cubre con telas y ropajes al desvestido, y lo hace con mano dura. Una vez ataviado, el desvestido ocupará el cuarto lugar en las posiciones sociales de entonces, bajo el nombre de «esclavo», más tarde «soldado» y recientemente «albañil».

Así comienza una era en donde el antiguo mal vestido (ahora llamado comerciante) tiene, por fin, a alguien de quien burlarse. A esta burla se le llamará, más tarde, el capitalismo.

El Hombre Bota nace en este intermedio. Es un ejemplar violento que ocupará un lugar preponderante en los conflictos entre el Hombre Falda y el Bien Vestido, dos grupos (éstos) que comenzarán a pelear por las ganancias económicas de los Desvestidos.

En general, las guerras de los siglos XVII a XIX ocurren entre pueblos que acostumbran llevar divertidos disfraces, sobre todo en la cabeza. Turbantes los árabes, tefelines los hebreos, cascos los romanos, cuernos los vikingos, sombreros los cowboys, los indios plumaje. Cada grupo de poder pone como excusa la religión o las tierras, la libertad o la dignidad, el honor o la rencorosa deuda, pero en realidad cada quién defiende a muerte la coquetería de su particular sombrerito.

Finalmente triunfará el Bien Vestido, relegando así el poder de los Hombres Falda a una segunda categoría: los Reyes serán conminados a darse la mano entre sí por el resto de la eternidad, mientras que los clérigos tendrán como castigo devolver trescientos cuarenta dólares por cada niño manoseado.

El Bien Vestido, con el correr de los siglos, decide hacer uso de su posición de poder utilizando únicamente un esbozo de disfraz, al que llamará «corbata». En este punto de la historia se desarrolla una idea muy avanzada: la corbata, que es un símbolo primario de poder, será usada también por el esclavo. La diferencia sólo radica en que los bien vestidos usarán corbatas de un pueblo llamado Italia.

Según los historiadores contemporáneos, hay dos clases de hombres que usan corbata: aquellos que se ven obligados, y aquellos que lo desean. Vamos a centrarnos en el segundo grupo. Hay dos clases de hombres que desean usar corbata: los que suponen que así se verán mejor, y los que sospechan que así se verán más serios. Quedémonos otra vez con el segundo grupo. Hay dos clases de hombres que desean usar corbata para parecer más serios: los empresarios y los políticos. Esta rama de la rama de la rama de los primeros Hombres Corbata, es la que ha dominado el mundo durante todo el siglo xx.

El resto de hombres con corbata son quienes antiguamente se denominaban «esclavos» y ahora se llaman «funcionarios públicos» o «empleados del Estado».

Para despistar, el Hombre Corbata inventa (a finales del siglo xix) los Juegos Olímpicos, una fiesta deportiva en donde la gente cree que las personas del resto del mundo se visten con atuendos típicos.

Allí se muestra a mexicanos con sombreros gigantes, a rusos con pantalones anchos, a españoles con camisas a lunares, y a africanos con taparrabos de mil colores. Todo es mentira. El mundo se viste de dos maneras: cuando los mal vestidos quieren estar cómodos se desajustan la corbata, y cuando tienen una fiesta se la ajustan. A excepción de la clase baja, que cuando está de fiesta se pone la corbata en la cabeza.

A principios del siglo xxi la corbata comienza a desaparecer, lenta, paulatinamente. En este nuevo tiempo sólo la utilizan (por placer) los ladrones obsesionados con el dinero. En las televisiones del mundo los hombres con corbata ya son únicamente banqueros, directivos de compañías telefónicas, senadores, presidentes de gobiernos democráticos y otros políticos de calaña diversa. Las usan de seda, casi siempre rojas con un traje oscuro, delante de una camisa blanca.

El ya caduco Hombre Falda, y el misterioso Hombre Disfrazado de los tiempos antiguos, utilizaba sus atuendos para despistar y robar, para matar y desposeer. Y lo hacía, al menos, con coquetería y con disimulo.

El actual Hombre Corbata, cercado por las camisetas y los vaqueros del nuevo Hombre Sport, ahora roba sin pudor porque sabe que le queda poco



tiempo. El Hombre Corbata de hoy no devuelve el cambio de los teléfonos públicos. Sus bancos cobran comisiones que no tienen motivo. Sus países propician guerras absurdas y se jactan de ello. Y no hacen nada por disimular su maldad, por disfrazarla.

Saben que les queda, como mucho, diez o doce años de robar y de mentir. La decadencia del Hombre Corbata es un hecho conocido por todos, olfateado y sospechado.

El hombre con corbata está muriendo ahogado, y mientras muere da muy torpes manotazos y nos roba monedas de cincuenta centavos o céntimos. Engaña a los adolescentes con el valor de un mensaje de teléfono. Sonríe con sonrisa helada en las televisiones mientras su corbata brilla. Su disfraz perezoso y antiguo, sin embargo, muestra todas las hilachas de los tiempos.

El Hombre Corbata da lastimeros manotazos, estira la mano con gracia, pero no para salvarse. El hombre con corbata es tan obcecado que manotea el aire con el afán de conseguir una corbata nueva, un poco más cara que la que ya tiene, antes de morir. Esto es lo mejor que está ocurriendo en los tiempos en que vivimos.

El castigo es poético, milimétrico y ejemplar.

## Los blogs asesinan a los talleres literarios

Un amigo me confiaba vía mail que quería empezar un taller literario. «*Estoy seguro que vos no creés en esas supersticiones*», sospechaba en su correo, y la verdad es que tiene razón. Me resultó extraño este deseo en mi amigo, porque tiene una una prosa muy original y una bitácora excelente donde lo demuestra. Y yo realmente creo que escribir en un blog le hace mucho mejor al estilo de cada uno que cualquier cursillo en el que un facineroso te quiere transmitir lo inexplicable: el arte de contar historias.

Si hubiera que creer en algo alrededor de la creación literaria y sus secretos, yo solamente creería en dos verdades: desde siempre, en el decálogo del buen cuentista que escribió Horacio Quiroga a principios del siglo pasado; y desde este siglo, en publicar textos online, más o menos todos los días, para que los lean y comenten un grupo de desconocidos de cualquier parte del mundo. No hay nada mejor para mejorar tu prosa que alimentar un blog.

Los talleres literarios se usaban mucho, en el pasado inmediato, con un fin muy alejado al narrativo. La mayoría de la gente concurría para ver si podía coger. Un porcentaje algo menor se apuntaba para que alguien leyera sus cosas. Y una minoría, muy discriminada, realmente tomaba parte para estilizar su técnica. Éstos últimos se decepcionaban pronto, y se daban a la fuga en el preciso momento que descubrían que quien brindaba el taller también lo había abierto para poder coger.

Es casi un hecho que estos talleres, tal y como los conocemos, acaben muriendo pronto, en manos de una Internet que ya cumple con creces sus dos funciones sociales: mostrar textos y coger. Los que quieren aprender a

escribir pueden tener su bitácora gratis, y los que prefieren la cópula pueden darse de alta en el chat de AOL.

Lo que no entiendo es cómo estos cursos improvisados funcionaron tan bien durante el siglo xx, porque, ¿qué más se le puede enseñar a una persona que ya conoce las 27 letras del abecedario, que ya sabe cuál es la forma de concatenarlas para formar palabras en su idioma materno, y que no le está vedada la manera en que cada una de esas palabras, unidas, forman ideas? Eso es todo lo que hay en la literatura, y viene gratis en la escuela primaria. Lo demás es intransferible.

Aunque los folletos de los talleres y los programas impresos de la Facultad de Letras lo oculten, no todo el mundo aprende a escribir historias mediante el método de la enseñanza. Por ejemplo, una persona que no sabe contar una anécdota con algo de gracia en una sobremesa jamás podrá narrar decentemente. Alguien que desconoce las bases inmorales de la seducción no logrará nunca envolverte con su prosa. Ni tampoco sabrá engañarte con un buen cuento aquel que va siempre, en la vida diaria, con la verdad por delante.

El asunto pasa por tener algo interesante de lo que hablar, lograr seducir impunemente y ser un mentiroso cabal: éste es el trípode con el que se debería sostener, solita, cualquier historia digna de ser contada. El que no tiene nada interesante que decir no es escritor, es político; el que no sabe seducir tampoco es escritor, es mimo; y el que no sabe mentir cuando escribe es periodista y —para mal de males— de un periódico independiente.

Es cierto: hay trucos narrativos que te sueltan un poco la mano. Un profesor literario puede instruir al grupo de alumnos sobre las bondades de callar lo importante, de corregir exhaustivamente, de provocar suspenso, de que el principio de la historia es tan importante como el final, de la ventaja de leer a los clásicos, etcétera. Pero eso no convierte al curso en un taller literario. Si lo fuera, también podríamos decir que un señor que te descubre que el acelerador sirve para que el coche circule y el freno para que se detenga, posee un taller mecánico.

Todo el asunto radica en tener, o no, un estilo propio. Y la mayoría de los talleres son nocivos a estos efectos. Si concurre al taller un narrador mediocre sin estilo literario, las más de las veces acabará imitando, y mal, el estilo del alegre profesor que imparte el curso. Y si se apunta al cursillo una persona que ya tiene un estilo definido —como es el caso del amigo con el que hablaba sobre este tema— lo más probable es que el taller intente limar esa personalidad hasta unificarla con la del grupo. (Lo mismo pasa en los Institutos de Enseñanza Radiofónica con los aspirantes a locutores: entran mil voces diferentes y salen todos con la misma entonación efeéme.)

Y esto es así porque aquello que llamamos «*trucos literarios*» no son más que las diferentes formas de escribir del profesor; su visión de la literatura y su modo de plasmarla en el papel. Y está claro que hay tantos métodos como cantamañanas abren un taller de narrativa. El estilo personal de cada quién es algo que está oculto pero latente. Y en general los profesores de talleres entienden bastante poco de literatura, pero muchísimo menos de mayéutica.

El mandamiento tercero de Horacio Quiroga, en su «*Decálogo del buen cuentista*», habla justamente de la *personalidad narrativa*. No está mal recordarlo:

—Resiste cuanto puedas a la imitación —nos alerta el uruguayo—, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.

Una buena manera de descubrir nuestra personalidad literaria (llamada en el barrio «*el estilo*») es la siguiente: buscamos en nuestra memoria un escritor que hayamos leído mucho y, luego de abrir el Word, escribimos una pantalla entera imitando descaradamente su prosa. Garabateamos cualquier boludez, lo que nos pasó ayer a la tarde, por ejemplo, pero con la personalidad literaria del autor elegido; luego nos releemos. Todas las frases que no se parezcan en nada al narrador remedado, ésas, habrán sido dictadas por nuestro estilo, el que duerme al acecho en el interior de la mano.

Para el gran cuentista Augusto Monterroso hay, además, otras cuestiones de suma importancia para ser un buen escritor. Nos explica una de ellas en el mandamiento séptimo de su decálogo:

—Aunque el éxito es siempre inevitable —nos dice—, procúrate un buen fracaso de vez en cuando para que tus amigos se entristezcan.

Yo creo, al igual que mi admirado hondureño, que la amistad con otras personas del mismo palo es fundamental para mejorar la técnica. Que un puñado de buenos amigos se entristezcan por nuestros fracasos literarios es, muchas veces, más importante que un éxito humilde loado por cien mil desconocidos. Y el leerle a un grupo de amigos (no azarosos compañeros de taller, sino amigotes) las historias que uno escribe, tiene más rédito que cualquier cursito barato. Si Quiroga o Monterroso hubiesen escrito sus decálogos en esta época, habrían incluido, entre sus consejos, éste:

—Escribe tus historias en un blog e intenta interpretar las sensaciones de los comentaristas; no sus aplausos o críticas, sino la temperatura que provocan tus textos.

En lo personal, utilizo el decálogo de otro gran novelista (el chileno Roberto Bolaño) para escribir mis bitácoras. Claro que él hablaba de cuentos, pero yo lo he reinterpretado para la publicación de mis blogs. Sus mandamiento primero y segundo son muy claros en este sentido:

—Nunca abordes los cuentos de uno en uno; honestamente, uno puede estar escribiendo el mismo cuento hasta el día de su muerte —y en el segundo da detalles—: lo mejor es escribir los cuentos de tres en tres, o de cinco en cinco. Si te ves con energía suficiente, escríbelos de nueve en nueve o de quince en quince.

Y es verdad: la pasión por escribir y la excelencia al hacerlo se alimentan únicamente escribiendo. Ésta es otra ley de la literatura por la que es aconsejable publicar un blog. El primer mandamiento de Monterroso no deja lugar a dudas:

—Cuando tengas algo que decir, dilo; cuando no, también. Escribe siempre —nos aconseja el centroamericano.

Cualquiera de los tres narradores nombrados en este artículo hubiesen visto con buenos ojos las bitácoras como nobles potenciadoras de la

literatura, y agregarían de buena gana el consejo de escribir en ellas como undécimo mandamiento de sus decálogos. Yo me limito, para acabar, a incluir dos consejos más, de suma importancia a la hora de escribir: olvidarse de los talleres literarios y leer los libros de Augusto Monterroso, Roberto Bolaño y Horacio Quiroga.

Todo lo demás, es puro cuento.

# El nuevo paraíso de los tontos

## I

El tonto ya no es lo que era. Ha pasado el tiempo, el siglo xx se ha ido y las calles ya no son de tierra. En eso estamos de acuerdo. ¿Entonces por qué le seguimos dando al tonto una representación analógica? Seguimos pensando que está en las calles, pero no. El tonto de hoy ha dejado de ser aquel que no encaja en las reuniones y los grupos. El tonto actual ya no necesita salir, ya no precisa cuajar para subsistir, ni molestar con su presencia física, porque ahora vive en Internet, agazapado, careteando picardía y sutileza.

En la prehistoria digital el tonto vivía en las calles, en las casas de los otros, en las confiterías a la tardecita, o al costado de la cancha conversando con el arquero. El nuestro se llamaba Nelson y, como suele ocurrir, nos obligaba a ser crueles y, después a solas, a sentir culpa por haberlo tratado para la mierda. Porque no era malo: solamente era tonto.

Yo lo conocí en el verano de 1987 y no me di cuenta de su cualidad principal. Parecía un muchacho como cualquiera, solamente que un poco más cabezón. No imaginé que rastrillaba las calles buscando nuevos amigos, víctimas distraídas que no lo conocieran, para pegarse a ellos como una garrapata.

Aquella mañana (eran las siete de una madrugada muy larga, y yo estaba tomando aire en la plaza para irme a dormir sobrio) se me apareció de la nada. Venía con unas carpetas bajo el brazo. Me preguntó si yo era yo, le dije que sí, y me invitó a desayunar al bar Capurro. «Soy Nelson», me

dijo, y parecía un chico cualquiera de 17 años. Conversamos alrededor de una hora, con dos cafés con leche que pagó él, y después me fui a dormir el resto del domingo. A las seis de la tarde tocaban el timbre de casa:

—Te busca un chico —dijo Chichita sacudiéndome de las sábanas—, uno nuevo.

Así llegó en mi vida Nelson, con la extraña capacidad de aparecer como si siempre hubiese estado ahí. Y lo cierto es que tardé casi dos años en sacármelo de encima, porque nunca resulta fácil encontrarle la vuelta a esta raza, emparentada con el perro de sulky. El tonto posee una personalidad fronteriza muy ardua de catalogar, como la escalera en el póker.

En el juego de baraja, nadie sabe si la escalera es el principio de una buena racha, o lo mejor que nos pasará en una noche adversa. Quien recibe una escalera duda siempre de la calidad y la intensidad de su suerte. ¿Qué hago ahora con esto? ¿Paso? ¿Me juego? ¿Descarto dos y busco la real? ¿Me tiro a color? Cuando nos topamos con un tonto nos pasa lo mismo: ¿estamos frente a un inofensivo pavote que ya se doctoró, o frente a un aplicado estudiante que mañana será un mogólico? Lo más complicado en el juego y en la vida, siempre, es la frontera.

Par	Pavote
Par doble	Boludo
Pierna	Plomo
<b>Escalera</b>	<b>Tonto</b>
Full	Idiota
Color	Estúpido
Póker	Imbécil
Escalera Real	Mógolico

Roberto Fontanarrosa, en su cuento «Experiencia en el Cairo», nos brinda una descripción perfecta de la ambigüedad inicial de un plomo, que es la antesala natural del tonto:



«Al principio Silvio parecía un tipo lúcido, bastante entretenido. Sólo después fue sacando de su interior el verdadero monstruo que ocultaba. Silvio tenía un puñado de actitudes que lo hacían francamente imposible. Era de una suave cordialidad que ofuscaba. En su boca jugueteaba siempre una sonrisa comprensiva, los párpados entrecerrados y soñadores, la voz baja y un tono de “perdonáme lo que te digo” que exasperaba. Y no sabía dejar de lado, cuando estaba con hombres, actitudes que quizás alguna vez le diesen resultado con las mujeres; es decir, galanterías, gestos. Te hacía sentir una embarazada.»

El tonto era todo esto, pero transgredía además el ámbito social. Salía de los bares, de las plazas, de los clubes, y se metía directamente en tu casa, muchas veces con resultados nefastos. Cuando por fin lograbas sacártelo de encima, Nelson se hacía amigo de otro integrante de tu grupo (buscaba siempre inocentes) y volvías a verlo con frecuencia.

Una tarde ya no sabíamos qué hacer con él. Estábamos tomando mate en el comedor del Chiri y Nelson se ofreció (siempre son extremadamente serviciales) a cambiar la yerba lavada. Se fue a la cocina y volvió sonriente:

—Qué tacho de basura tan moderno que tenés, Chiri —dijo al regresar con el mate limpio.

No le prestamos atención porque siempre tenía esas salidas extrañas. Horas después descubrimos que había tirado la yerba mojada en el Koh-i-noor, inutilizándolo para siempre.

## II

El barco va hacia algún lugar porque tiene un timón. El timón del hombre, creo yo, es el sentido común. Sin él, como un barco a la deriva, el hombre queda fuera de lugar. Como la yerba en el fondo metálico de un electrodoméstico. Como un tonto; en otra parte.

Estar fuera de lugar, posiblemente, sea lo más triste que le pueda ocurrir al ser humano. Por eso en el fondo sentimos un poco de culpa cuando empezamos a desplazar a Nelson, a esquivarlo, a no decirle la dirección de las fiestas, o a darle direcciones falsas.

El tonto, cuando se sospecha desplazado por un grupo, busca otro grupo que desconozca su personalidad. Está siempre al acecho, como la mañana aquella donde me interceptó por primera vez. El pobre había sido expulsado de otro grupo, quizá la noche anterior, quizá esa misma madrugada. Y necesitaba acampar con otra gente que aún no lo hubiese descubierto.

En los pueblos pequeños, y aun en los grandes, la vida útil del tonto depende de la cantidad de grupos circundantes y de la poca comunicación estratégica que haya entre ellos. A Nelson le llevó cinco o seis años que todo el mundo lo conociera minuciosamente y le escapara como a la peste. Durante ese tiempo, creo yo, fue feliz saltando de un grupo al otro. No sé qué fue de él cuando por fin se quedó solo. (Me han dicho que se casó, que es otra forma de desaparecer para siempre de todas partes.)

Imaginemos entonces un pueblo infinito, con infinitos grupos dentro, con millones de comunidades distraídas y sin comunicación bilateral, y estaremos imaginando el paraíso de los tontos. Un lugar donde ellos podrán saltar de un sitio al otro, socializar, presentarse y actuar sin ser fácilmente detectados. Y cuando sean señalados y descubiertos, podrán cambiarse a otro grupo nuevo, a otra sociedad que los acoja, porque siempre habrá virginidad y recicle, y así no se quedarán solos jamás.

Una de las grandes ventajas de Internet en este siglo, es que ha logrado que los tontos se queden en casa conversando entre ellos. Todos los tontos del mundo, unidos y en paz. Si en 1987 hubiera habido tarifa plana en Mercedes, yo no me habría encontrado a Nelson por la calle. Nelson habría vivido feliz encerrado en casa, socializando en un grupo de Yahoo, o escribiendo un blog, o haciendo comentarios en otro. Intentando ser normal y que nadie se percatase de su drama.

La complejidad del tonto se ve primero en los gestos, en la cara, y después en las formas argumentales. Un tonto virtual tiene muchas más

posibilidades de permanencia en un grupo, mejores opciones de camuflaje. Pero de todas formas, tarde o temprano, se dan a conocer.

En esta dramatización se muestra una de las acciones más comunes del tonto digital, incapaz de enviar un archivo adjunto en el primer y segundo correo electrónico. De este modo es posible descubrir a esta especie en la intimidad del hogar.

Posiblemente la incapacidad de enviar un archivo adjunto al primer intento sea la forma más fácil de descubrirlos, sí, pero no la única. Los tontos virtuales actúan con el desparpajo de la invisibilidad, ese don que en la vida analógica no poseían, y que quizás necesitaban como el agua para sobrevivir.

Al ampararse en este flamante universo construido a su medida, el tonto descubre que los demás no poseen la libertad de cerrarles la puerta en la cara, como antaño. No hay casi cerraduras en el nuevo mundo virtual. Los sitios de encuentro se parecen más a plazas que a hogares, y entonces no existen madres a las que decirles «si es Nelson no estoy». En este paraíso binario el tonto es amo y señor. Y las calles verdaderas, las de hormigón, están por fin liberadas de su paso errático.

Sin embargo, el sentido común quiere ser también la moneda de cambio en este nuevo mundo digital. Necesita imponerse porque ya va siendo hora. Y el tonto carece de eso: es su kriptonita, su talón de Aquiles. Solemos descubrirlo, entonces, en los grandes foros, yendo a contracorriente del grupo, es decir, equivocando el sentido común, tirando la yerba en los secarropas, escribiendo con mayúsculas, cantando «pri» cuando llegan segundos, rompiendo la armonía general con ideas poco eficaces o monótonas, o confusas, o herméticas.

Hay una maravillosa serie de humor en Inglaterra, líder de audiencia en la cadena BBC, que se llama *Little Britain*. En uno de sus sketches, el actor Matt Lucas interpreta a Daffyd, «*the only gay in the village*». Se trata de un sujeto esperpéntico, vestido siempre con brillos, calzas y lentejuelas, que suele aparecerse en un bar semi-rural y se queja por no poder consumir su homosexualidad, dado que es el único puto del pueblo. Esto mismo ocurría

con los tontos analógicos. Siempre había solamente uno en cada barrio o ciudad pequeña, molestando a los demás que no eran como él.

En Internet, en cambio, hay miles, millones de tontos. La mayoría de ellos, por suerte, han formado comunidades cerradas donde se sienten a gusto hablando de sus cosas y enviándose adjuntos a la tercera. Suelen autodenominarse freaks, geeks, bloggers y muchas otras cosas acabadas en la letra K o con doble consonante en el medio. Siempre nombres en inglés. No les preocupa tanto lo que dicen sino que haya quien los escuche, por lo que carecen de una sintaxis, de una gramática y de un sentido común. Han dejado de estar incómodos en el centro de la acción, porque se han encontrado a gusto en ese suburbio oscuro de los exiliados y ya no molestan.

Pero hay algunos, unas pocas centenas, quizás más, que optan por alejarse del rebaño que los acoge y precisan integrarse a otros grupos moderados. Quieren ser el único gay del barrio. Prefieren esa afrenta a convivir en sus propias comunidades y ser felices. Necesitan la adrenalina del Nelson de pueblo chico, la pesquisa de la presa nocturna, la persecución y la expulsión del hogar de otros, para sentirse vivos y poder quejarse.

No hay tonto más perseverante que el tonto digital. No hay tonto más tonto que esta nueva versión mejorada de pavo siglo XXI. Es mucho más pesado que el analógico, y mil veces más agresivo y molesto, porque a éste le han dado una entrada gratuita al paraíso de los tontos, un ticket personalizado, con su nombre y su apellido, y sin embargo continúa prefiriendo quedarse allí donde nadie lo echa de menos, ajeno a su mundo de fantasía. Fuera de lugar.

## 5

# EL TELÉFONO MÓVIL DE HANSEL Y GRETEL

«No hay mail que pese cien megas»

[*(...ni Outlook que lo resista.)* Nos indica que todo en la vida tiene un límite.]

«Emule sin banda ancha: paciencia pancha»

[Nos recuerda que no sirve de nada poseer algo sin contar también con el complemento que lo haga disfrutable. En Brasil se utiliza también la variante «*Napster com modem, as bolas fodem*».]

«Tanto va el webmaster a la fuente, que al final Verdana»

[Asegura que, tras muchos ires y venires, el hombre regresa siempre a la opción más tradicional. En círculos intelectuales se utiliza también la variante: «*He cometido el peor de los pecados, no he usado serif*».]

## Señor, cuidado que hay pederastas

Hasta hace cinco años, lo más peligroso de la playa era el sol. Ahora — según me dicen— son los pederastas con camarita, porque le sacan fotos a tus hijos semidesnudos para publicarlas en Internet. «Disculpe, señora: ¿usted estuvo chupando el bronceador?», le pregunto a la vieja que gentilmente viene a alertarme de este nuevo flagelo de la sociedad.

Lo peor del asunto es que a la gente le incorporan estas ideas en la cabeza con toda facilidad. Me preguntaba ayer quiénes alarman de manera tan barata a la opinión pública. ¿Quizás la Iglesia, siempre tan amiga de desvariar? Pues no, esta vez la Iglesia no ha sido. ¿Y quién ha sido, el Gran Bonete? Tampoco. Han sido los medios de comunicación. Los diarios y los noticieros de la tele, tan progres y tan profesionales.

Parece ser que en no sé dónde han detenido a «una red» (les encanta este sustantivo) que traficaba con fotografías de niños de tres a siete años que jugaban tranquilamente en la arena. Las fotos, más inocentes que un tarro de avena Quaker, servían luego para que se pajeara un grupo de enfermos mentales de diferentes regiones del orbe.

El mundo está tan loco, pero tan loco, que en algunos países serios ya constituye delito sacarle fotos a los niños semidesnudos de las playas, por lo que los traficantes de este material deben utilizar la microtecnología —es decir los móviles con camarita— para seguir manteniendo vivo el mercado. Y entonces pasa lo que pasa. Uno se va al agua con toda la tranquilidad del mundo y se te aparece una vieja admonitoria:

—¿Cómo va a llevar a la niña así, muchacho? ¿No ve que la pueden fotografiar los de Internet?

Estuve a punto de decirle: «Ya les gané de mano, señora», y pasarle en un papelito la url del fotolog de mi hija, donde sale en bolas todo el rato, pero me dio miedo que la señora, horrorizada, llamara a la Guardia Civil y me hiciera meter preso.

El tema, sin embargo, no me causa mucha gracia.

Y es que la paranoia va a terminar por convencer al mundo de que un chico de cuatro años desnudo es algo que debemos ocultar. Incluso (como pasa con todo lo prohibido) hasta puede que llegue la época en que mucha gente sienta curiosidad por ver un nenito con el culo al aire. La confusión parece intrascendente, pero no lo es. Porque en lugar de comprender la enfermedad mental de unos desequilibrados, lo que estamos haciendo es comenzar a padecer los mismos síntomas.

—¡Usted no los defienda, porque así empiezan! —me dice la vieja, desde la sombrilla de al lado—. Primero le sacan fotos a los chicos en la playa, pero después se les recalienta el cerebro, van con caramelos a los colegios, te secuestran a tu niño y lo descuartizan.

—Sí, señora —digo yo, sin ganas—, y la marihuana en sí no es mala, pero te lleva derecho a la cocaína.

—¡Es lo que yo siempre le digo a mi hijo! ¿Ve? En eso estamos de acuerdo.

—Estaba siendo irónico, vieja. ¿Por qué no se mete al agua y se ahoga?

Mucho me temo que un día aparezcan otros enfermos mentales que, en lugar de pajearse con fotos de chicos en las playas, se empiecen a pajar con fotos de gente con bigote. ¿Qué ocurriría? En este mundo es fácil predecirlo. Si el grupo de enfermos mentales crece, aparecerán los traficantes, que le sacarán fotos a todos los peatones bigotudos para luego vender los negativos. Entonces alguien pondrá el grito en el cielo, y no pararán hasta que la Justicia prohíba sacarle fotos a los bigotudos, por considerarlo un delito sexual. A los dos meses, una vieja admonitoria me dirá:

—¡Pero muchacho! ¿Cómo se anima a ir por ahí con esa barba candado? ¿No sabe que anda suelta una red de mostachofílicos?

No es la primera vez que se confunde el delito con el objeto, lo sé. Pero también sé que los medios de comunicación no son tan estúpidos ni tan ingenuos como para cometer estos errores de novatos. Si los diarios no hacen campaña en contra de las herramientas del carpintero cada vez que alguien le pega un martillazo a alguien, habría que preguntarse por qué, casi siempre, los delitos en los que se utiliza Internet como instrumento aparecen, no en Policiales como Dios manda, sino en la sección Tecnología. Y de la manera más confusa, para alarmar a los jubilados y las pensionadas.

—Me voy al espigón, muchacho, porque con usted no se puede conversar.

—Por mí váyase a la concha de su madre, señora.

El caso de los dementes que se hacen la paja con fotos de nenitos en la playa me parece el broche de oro de una locura organizada para quemarle el cerebro a estas señoras. Que exista la sospecha de que la publicación en Internet, o el propio chico desnudo, o la máquina de sacar fotos, sean el eje de un delito (que ni siquiera es delito), habla muy claro de que no estamos educando en lo más mínimo a las generaciones que nos parieron. Y que tampoco estamos preservándolas de la prensa tradicional, que ya se está pasando de vetusta y se convierte (ella sí) en algo peligroso y nocivo para la sociedad tonta, que es la gran mayoría.

¿Cuánto tiempo pasará para que, en lugar de prohibir las fotos, prohibamos directamente desnudar a nuestros hijos en lugares públicos? Si fuera por esta vieja, que me mira de reojo mientras se va moviendo el culo gigante, no pasarían ni dos minutos.



## El turista original

Ahora mismo estoy viajando en un tren y voy leyendo un libro gordo muy interesante. Mis tiempos de lectura ocurren en el ferrocarril o cuando estoy cagando en casa. Pero resulta que tanto el baño como el vagón presentan incomodidades: no tienen mesas amplias ni apoya brazos, por ejemplo; entonces al libro lo debo soportar en las manos. Cuando el volumen es breve no hay mayores problemas, pero ir y venir con un ladrillo de medio kilo en las manos, en pleno siglo XXI, empieza a resultar un despropósito.

Mientras voy a visitar a mi amigo don Juan, estoy leyendo un libro maravilloso, pesado y gordo (unas 1600 páginas) y por primera vez en mi vida de lector empiezo a sentir la urgencia del libro electrónico. Ya no como amante de los *gadgets*, sino por necesidad real, por agotamiento y reumatismo.

En el libro que leo ahora hay miles de notas al pie y repeticiones argumentales. Lleva un apéndice al final, con las biografías de todos los autores a los que se hace referencia en el corpus. Cada vez que necesito conocer un dato debo poner el señalador, cerrar el libro (voluminoso, ya ajado), manipularlo con fuerza y revisar las páginas finales. Me siento un Neandertal curioso y frustrado.

A veces me da la sensación de que determinada idea ya fue expuesta ocho capítulos atrás, pero es imposible buscar la fuente: hay que hacerlo a mano, página a página. Casi nunca lo logro y me deprimó. Me rasco, me quito pulgas; a veces aúllo.

El hábito digital hace que cada vez nos resulte más complicado leer a la antigua usanza. Sobre todo, cuando el material de lectura tiene

ramificaciones. Nos hemos acostumbrado al salto, al hipertexto, al procrastineo, a manejar tres o cinco ideas al mismo tiempo. Regresar al libro plano, unidireccional, es como volver a encender el fuego con una piedra y un palito.

Trascartón, el libro electrónico no parece avanzar en el mercado. Está el Kindle (de Amazon) que desde hace tiempo amaga con imponerse, pero nunca se impone. ¿Qué sentido tiene que me lo compre hoy, si no le puedo cargar contenidos en castellano?

Más allá de todas las razones sobre la tardanza, la verdad es que las editoriales no quieren correr la misma suerte de las discográficas. Los grandes grupos editores le ponen palos en la rueda a todos los proyectos electrónicos porque todavía no descubrieron de qué forma ganarán dinero cuando la materia escrita sea intangible (como ya lo es la música, como ya lo es el cine).

Hace treinta años el gran enemigo del capitalismo eran los comunistas. Ahora son los intangibles. ¡Qué felices eran los directivos de la RCA Víctor cuando los discos eran de pasta o de vinilo, cuando el que quería escuchar una canción tenía que comprarse el long play entero! ¡Con qué amor fumaban sus habanos y contaban los billetes!

Ahora la música es un intangible. Nadie la ve, no viene en cajita. Son datos invisibles que pasan de mano en mano, de oreja a oreja, sin que nadie pueda cobrar peaje. El cine también ha cambiado, tampoco viene en cajita.

El único ámbito de la cultura popular que todavía sigue unido al *packaging* es el libro. Y el temor a que la cajita nos resulte obsoleta (¡ya nos resulta, odio llevar este ladrillo en la mochila!) le pone los pelos de punta a los intermediarios de la cultura, a los que ganaron dinero siempre sin hacer nunca demasiado.

Por pura ansiedad, voy de visita a la casa de Juan Dámaso, un vidente vasco que hace unos años tuvo una breve fama vaticinando desgracias por Internet. Ahora está jubilado, pero sigue recibiendo a los amigos. Al llegar, le pregunto qué ve en el futuro respecto al libro electrónico, si falta mucho o poco para poder disfrutar de ese avance tan necesario.

—¡Ah! —me dice, poniendo los ojos en blanco—. ¡La literatura intangible: bajarse libros de Borges y ponerlos en el iPod, descargar la obra completa de Vila-Matas en un archivo .zip y descomprimirla en el avión, toda nuestra biblioteca en un pendrive de ocho gigas!

—Eso, eso —me excito—, dígame, don Juan, ¿cuándo llegará ese futuro maravilloso, cuándo dejaré de llevar kilos de novelas en mi mochila?

—Veo grandes desgracias —me asegura, alzando los brazos al cielo—. Gerentes de marketing arrojándose por las ventanas de Random House Mondadori, editores y representantes de autores limpiando parabrisas en los semáforos, veo dos rubias en tetas, en la playa, leyendo a Paulo Coelho desde un dispositivo portable de ciento veinte gramos)

Sonrío, esperando más, pero Dámaso interrumpe allí su discurso y se queda con la vista ciega. Comienza a soltar un hilo de baba blanca por la comisura de los labios.

—¿Qué más? ¿Por qué se queda en silencio, don Juan? —le pregunto.

—Sigo viendo a las rubias: creo que una le pondrá bronceador a la otra. Espera un segundo, ahora mismo regreso.

Dámaso se encierra en el baño y me quedo solo en su salón, pensando en la cultura intangible, en el arte que no tiene entidad, en la obra que no se toca pero sí pasa de mano en mano. Me alegro de que el futuro nos depare esto también con los libros. A los quince minutos el vidente regresa del servicio, con la camisa desprendida y los ojos todavía en blanco.

—Continuemos —me dice, y vuelve a su vaticinio—. El libro será el próximo paso, pero la era de los contenidos intangibles y compartidos no acabará allí, mi querido y gordo amigo. También veo a directivos de Lufthansa suicidándose o viviendo en la pobreza extrema. En algunos años existirá el turismo electrónico.

—¿Cómo es eso?

—Alguien, por ejemplo, hace un viaje a Filipinas y lo graba con sensores táctiles y visuales. Después pone el viaje en la carpeta Incoming. Entonces otro, que no tiene dinero para viajar a Filipinas, o que no tiene ganas de subir a un avión, descarga las sensaciones del viaje, lo revive segundo a segundo.

—¡Es la muerte de las agencias de turismo! —grito.

—Sí señor, y también es el ocaso del modo de vida japonés —me responde Dámaso Miranda—. Los vuelos intangibles, según puedo prever, estarán de moda desde 2015.

—¿Pero eso no es vivir la vida de otro?

—¡Pues claro! Ahora tú escuchas la música que ha comprado otro, y ves la película que ha comprado otro, y dentro de poco leerás el libro que ha comprado otro. En algunos años harás el viaje que ha hecho otro... ¡Enhorabuena!

—Pero en ese caso no habrá libre albedrío —sospecho—. Si el viajero original entra a un bar homosexual filipino, uno no puede elegir no entrar a ese bar.

—Por supuesto. Si compras el viaje, vives ese viaje. Y si en ese viaje tres filipinos grandotes le dan por el culo al turista original, prepárate para gozar tú también, amigo mío.

—No sé si me gustará ese futuro, don Juan.

—Pues te jodes. Los bienes intangibles tienen algunas ventajas inmediatas, pero también requieren de nosotros algún sacrificio. Quizás en el futuro esos esfuerzos no sean económicos, pero algo tendrás que dar a cambio.

—¿Qué me quiere decir?

—Volvamos al libro que llevas en tu mochila, al motivo por el que has venido hasta aquí —me dice—. Cuando ese mamotreto de mil quinientas páginas sea electrónico, tú no lo pagarás. Y no te pesará en la mochila, y podrás consultar bibliografía complementaria con un solo clic, y tendrás un buscador temático... ¿verdad?

—Sí —respondo.

—Pero también dejarás de hacer ejercicio, no irás a la librería a buscar el libro, no disfrutarás del olor del papel, no sentirás la satisfacción de haber conseguido algo con un mínimo de esfuerzo, perderás el hábito milenario de mojar el índice para dar vuelta la página, te crecerá el culo por falta de movimiento —me mira un poco y agrega—: bueno, eso ya te ha ocurrido.

Pero a lo que voy, amigo mío: nada es del todo gratis, ni siquiera cuando adquieres un intangible.

—Dicho así, es verdad.

—Si un día te descargas el viaje a Filipinas, te sangrará el culo. O quizás te atraquen en una esquina oscura y sientas el filo de una navaja en el cuello. O tal vez el turista original folle con una prostituta sucia y a ti más tarde te arda la ingle.

—Dios no lo permita —digo, tragando saliva.

Regreso a casa otra vez en tren, después de la visita a Juan Dámaso, con una sensación ambigua. El enorme volumen de mil seiscientas páginas ya no me pesa tanto en la mochila, ni tampoco en las manos cuando me dispongo a seguir leyéndolo. Me queda también rebotando en la cabeza una frase de don Juan, algo que me dijo en la puerta de su casa, al despedirnos:

—Hay libros, Casciari, y también hay viajes, que debemos hacer nosotros mismos, con nuestros propios esfuerzos.

Quizá el Kindle, de Amazon, llegue al mercado pronto, con contenidos en español y multitud de accesorios; quizá lo compre y me convierta en uno más de esos señores que van en el tren, idiotizados con un aparatito digital, buscando la respuesta veloz, saltando de una idea a la otra.

Pero este lomo ajado que tengo en las manos ahora, este medio kilo de papel envuelto en cartones rústicos y blancos, este olor y este silencio antiguo, es también un viaje milenario, es mi viaje.

Es raro. Miro ahora mismo a todos los pasajeros del vagón: algunos hablan por el móvil, otros escuchan su iPod, otros están imantados a sus portátiles, revisando un Excel. Mi libro gordo y roto parece de otro mundo al lado de todo aquello, de un mundo anterior.

Me mojo el índice, doy vuelta la página y me siento real y en movimiento. Como un turista original, de carne y hueso, en un vagón lleno de viajeros fugaces como hologramas.

## Tu cara me suena de alguna parte

Según los sicólogos, las personas que se nos aparecen en los sueños son rostros que alguna vez hemos visto. Si en tu sueño hacés un golazo, por ejemplo, cada uno de los veinte mil rostros de la multitud que te aclama pertenece a gente que pasó por tu vida: actores de antes, compañeros fugaces de la primaria, un tipo que tocó el timbre para vender una enciclopedia, la chica que estaba leyendo a Monterroso en el subte y se reía, una maestra suplente de música que salió del aula llorando, etcétera.

A veces me da por pensar que cuando nos quedamos solos en la mesa de un bar, o parados en una esquina mirando pasar los autos, distraídos con el vaivén de las caras ajenas, sin pensar en nada pero atentos al tumulto humano, lo que estamos haciendo en realidad es el *casting* de aquellos rostros con los que iremos a soñar la semana que viene.

—Este sí, porque tiene una pelada graciosa; esta no, porque le faltan tetas; a esta vieja la llevo porque puede funcionar como abuelita macabra...

Sin querer, quizá automáticamente y al descuido, buscamos personajes secundarios nuevos para algún sueño multitudinario, de esos con gran cantidad de extras, con cambios abruptos de paisaje y explosiones.

Posiblemente las personas que solamente duermen de noche no tengan necesidad de hacer estas búsquedas de roles no protagónicos, porque los sueños nocturnos son más bien de dos o tres personajes fuertes: el padre muerto que regresa, un ex novio que se convierte en el actual, el tipo que vende diarios abajo y que nos asusta con un cuchillo tramontina, y cosas así. Pero quienes tenemos la costumbre de dormir la siesta, en cambio, somos muy dados a la producción onírica de alto costo, a los espacios infinitos, a los argumentos rocambolescos y la multitud de figurantes.

Los sueños de la siesta son más intensos, más duraderos, más creíbles y generalmente más agradables que los nocturnos. Eso sí: si te toca una pesadilla de matiné, agarráte de la frazada con ambas manos. Las pesadillas de la siesta, por alguna razón, ocurren con tanta nitidez, y el argumento es tan hijo de puta y certero, que una vez que te despertás estás toda la tarde con una sensación fea, como si realmente hubiera pasado algo irreversible en la vida real. Como si hubieras pisado caca de perro y ahora te quedase el tic de caminar por la alfombra pidiendo perdón.

La misma sensación de realidad, pero esta vez acolchada y feliz, ocurre cuando el sueño de la siesta ha sido erótico o de amor. A mí llegó a pasarme (nunca de noche, solamente de tarde) que me desperté de la cama completamente enamorado. Hay una clase de sueño vespertino en donde conocés a una chica que no habla, que sonrío pero no mucho, una chica lánguida, con los ojos como de haber llorado; una carita de mosquita muerta que supuestamente no habías visto en tu vida. Y todo lo que pasa en el sueño es romántico tirando a boludón, nada sexual. Es un sueño apto para todo público. Un sueño que, sin embargo, te deja al despertarte una sensación feliz de amor verdadero y sensual. Y por ende, un hueco de frustración que dura hasta que te agarra el hambre de la cena.

A la noche, en cambio, el subconsciente nos proyecta más bien cortometrajes, seis o siete sueños seguidos, pero cortitos; alguno es de terror, otro medio alegórico, a veces reponen dos o tres simpáticos, pero no hay ninguno que te vuele la cabeza, que te despierte de sopetón o que te haga pensar en la inmensidad del destino o en lo absurdo de la vida matrimonial. El sueño nocturno es quizás demasiado disperso y poco intelectual, y lo único que tiene de bueno es que a veces resulta de un simplismo tan absurdo que le encontrás la vuelta.

Por ejemplo, estás soñando con un tipo que trata de «conseguir bemoles», que en el sueño significa que está a punto de sobornar a un funcionario marroquí. El sueño es grisáceo y con un argumento torpe; entonces, en un instante de lucidez, descubris que el paisaje es de Mercedes, cosa imposible porque vivís afuera, y que el señor de los bemoles es José Sacristán. ¡Eureka! Por esos datos ridículos te das cuenta que estás

soñando; el corazón te palpita y empezás a buscar mujeres por los costados del sueño para tocarles las tetas. Incluso descubrís que, si desenfocás la mirada, podés convertir la escena sórdida en un vestuario de chicas alemanas rubiecitas que juegan al voley. Empezás a ser el guionista omnisciente de tu propia fantasía.

Ser el escritor de tus propios sueños está muy bien: lo malo es cuando sos escritor en la vida real. Cuando pasa eso, la deformación profesional te lleva a creer que algunos sueños son adaptables al cuento corto o la novela. Es triste pero ocurre: la mayoría de las veces, los escritores nos despertamos convencidos de que lo que acabamos de soñar es *La Historia Perfecta*. Así, en cursiva y con mayúsculas. Es tanto el convencimiento y la alegría que ello nos produce, que nos arrastramos tambaleando al escritorio, abrimos el bloc de notas y empezamos a anotar como locos cada detalle de la trama onírica, antes de que las últimas hilachas del recuerdo desaparezcan.

Yo tengo cientos de estas anotaciones, y todas son más o menos de este estilo:

*viajábamos tren,  
a una vieja le habían robado el laudo,  
después estábamos en suipacha  
y la vieja era un perro.  
yo descubro que el perro no estaba en el tren  
entonces el laudo aparece  
¡todo cierra!  
(también estaba calamaro.)*

Es horrible el momento en que, de pronto, estás completamente despierto y lo que te había parecido el mejor cuento policial del siglo xx no significa nada. Que todo aquello que parecía unirse como el engranaje de un reloj suizo era una cagada, o una alucinación de la duermevela. De todas maneras yo, por las dudas, no borro esos apuntes, porque capaz que juntando cincuenta o sesenta idioteces de ésas un día me sale un libro de



versos vanguardistas. Uno nunca sabe por dónde anda la poesía moderna en este momento.

Del subconsciente, lo único que de verdad me preocupa es que uno mismo, también, es el rostro difuso en la pesadilla o el sueño de alguien. Si todos los rostros que hemos visto en la vida aparecen como extras en nuestra duermevela, es probable que nosotros, nuestra cara en realidad, haya provocado que un chico se despertase gritando en medio de la noche, o lo que es peor, que hayamos excitado sin querer a una vieja fea.

Ser el figurante en la noche de otro: ése es el verdadero problema de soñar. Haber participado sin querer en el *casting* de alguien que estaba sentado en un bar cuando nosotros pasábamos por allí. Ahora él nos tiene en su cabeza, puede usarnos para sus pesadillas, para sus romances homosexuales, o para hacer goles imposibles en estadios colmados de nuestro rostro.

De los sueños propios nos escapamos tarde o temprano, eso es fácil; de nuestra novela onírica podemos salir cuando abrimos los ojos, cuando suena el despertador o cuando pegamos un grito en medio de la noche. ¿Pero cómo salimos del sueño de un japonés que nos cruzamos ayer en la Sagrada Familia, y que se volvió a Kioto llevándose nuestras facciones? ¿Qué es capaz de hacer con nosotros ese hombre, en la noche oriental, con nuestra dignidad y nuestros gestos?

Por todas estas razones yo no soy mucho de salir.

## La Era del Topo

Lo único que espero del progreso es que se invente de una vez por todas la grabadora de sueños (SDR se va a llamar, que significa *Sleep Dreams Recorder*). Desde los 15 años que estoy ansioso con ese tema, y todavía no pasa nada. Los jueves es el único día que compro el diario, porque viene el suplemento tecnológico, y paso las páginas rapidito, para ver si ya la inventaron. Nada. Mucha PC portátil, mucho Google Maps, mucho pirimpimpín, pero de la grabadora de sueños, ni noticias.

El aparato, que al principio va a ser carísimo (como siempre), y que solamente lo van a poder comprar los japoneses y los yanquis que tienen blog, es mecánicamente sencillo: una grabadora normal, a la que le ponés un CD (o un DVD, si sos de sueño pesado), con un cable que termina en dos pitutitos que te enganchás al cerebro con unos broches. Y después te vas a dormir.

Cuando empezás a soñar, la máquina empieza a grabar todo en formato AVI o MPG2. Al otro día te levantás, te lavás los dientes y te mirás el sueño tranquilo en la tele. ¡Es una boludez de fácil el sistema SDR! Yo no sé por qué no lo inventaron todavía. Si te lo ponés a pensar, es mucho más complicado inventar el microondas, que ya hace rato que está inventado y no sirve para nada.

Las primeras camadas de grabadoras SDR van a ser medio chotas: el sueño se va a ver borroso, en las pesadillas te va a saltar la imagen por los sobresaltos, y esas cosas que pasan siempre al principio con los chiches nuevos. Pero con el desarrollo de la tecnología ASD (*Ajax Sleep Dream*), van a empezar a vender aparatos mucho más sofisticados.

EL SDR+R (de Sony), por ejemplo, va a ser capaz de decidir qué sueños grabar con mayor resolución, dependiendo de si se te para la pija —o no— mientras dormís. Si se te para un poco, 320x240 pixeles; si te ponés al palo, calidad DVD estéreo; y si tenés poluciones nocturnas, directamente te guarda el sueño en el rígido sin comprimir. Si el sueño es con tu vieja, en cambio, graba un resumen y te lo deja en la papelera de reciclaje.

La versión de Phillips (DivxSDR), además de esto, vendrá con un bloqueador automático de sueños recurrentes. Antes de ir a dormir, por poner un caso, podés ir a un menú desplegable llamado *topics dreams* y bloquear algunas opciones, como por ejemplo «se me caen los dientes», «corro desnudo por la calle», «mi papá me faja con un cinto» o «quiero salir disparando y patino». La Phillips vendrá con más de cien opciones por defecto, pero vos podés ir agregando más.

Con Gsleep, Google revolucionará el mercado: inventará un buscador de sueños ajenos y otro de sueños desktop, en los que se podrán rastrear sueños por palabra exacta, por frase aproximada, por trauma de la infancia y por deseo homosexual reprimido. También podrás descargar un programita con el que, después de soñar, se adjunta el archivo de tu sueño, automáticamente, al email de tu terapeuta.

Más tarde entrará al mercado la interfaz DreamXP (de Windows), y ahí ya directamente vas a poder hacer cualquier cosa. Lo mejor será el servicio MSC (*Mis Sueños Compartidos*) en donde, si dejás activa la opción «cualquiera puede mirar», se te mete en el sueño gente de cualquier país y te culea. Más tarde, con Movable Sleep podrás publicar directamente tus sueños en formato blog, y la gente te visitará y dejará comentarios del tipo: «¡Ay Hernán, que bien que sueñas!», y cosas por el estilo.

Sin embargo, la mayor parte del planeta va a estar embobada mirando los sueños de las adolescentes de Europa del Este, porque —como todo el mundo sabe— se la pasan soñando que están en bolas. Pero después el SPAM de empresas de colchones y de somníferos va a provocar que nadie quiera dormir sin password. Se acuñará popularmente la frase «quedáte tranquilo y dormí sin contraseña» para indicar que no hay de qué

preocuparse. Las chicas de Europa del Este, entre tanto, empezarán a cobrar por dormir.

La masificación del SDR logrará, a sólo quince años de aparición de la primera grabadora (por entonces ya obsoleta), que casi todo el mundo tenga un aparatito portátil de 350 gramos incorporado al móvil. «*¡Nada de enchufes, sensores en el tórax ni complicados broches en el cuero cabelludo!*», dirán las publicidades nocturnas, «*con el nuevo Sleep Dream WiFi de Vodafone, dormir sin cables dejará de ser tu sueño imposible*».

Y será cierto: se podrá hablar por teléfono, mandar mails, bajarse sueños chanchos y comprar productos mientras estás durmiendo. Algunas fábricas nórdicas impulsarán la teoría de que sus empleados son más eficaces si sueñan que están trabajando, y los diarios empezarán a publicar crónicas de sociedad sobre las primeras parejas que se conocieron mientras dormían y se casaron; o del primer surcoreano que mató a otro en un sueño y despertó sin saber si era un surcoreano que soñaba ser un asesino o una mariposa que mataba a un surcoreano.

En poco tiempo, las empresas multinacionales descubrirán que la publicidad dentro de los sueños es cuatro veces más eficaz que en los medios tradicionales. Y nacerán entonces los sueños auspiciados. Vos estás soñando que la chica que te gusta se empieza a sacar la ropa en el baño y te sale un sobreimpreso que dice: «*¿Te gustaría enjabonarle las tetas con Palmolive?*». Si decís que no, se corta el sueño y te quedás con las ganas.

La Iglesia Católica al principio va a estar en contra de esta tendencia mundial de vivir durmiendo, pero pronto empezarán a circular copias piratas con los verdaderos sueños de los curas, y se acabará para siempre ésa y todas las demás religiones del mundo. Algo parecido pasará con los políticos, los vendedores de seguros y la Selección de Fútbol de España.

Los sociólogos alertarán desde la prensa que el mundo se está quedando dormido, puesto que, de las 8 horas diarias que se descansaba *per cápita* un siglo atrás, ahora el hombre estaría en una media de 19. Y que, de seguir la tendencia en alza, los ronquidos de los chinos podrían provocar la sordera de todo el continente europeo. Por supuesto, nadie escuchará a los sociólogos y en pocos años, por cada cien personas en el mundo, noventa y

dos estarán durmiendo, seis tomando pastillas para dormir, uno haciendo una estadística y el restante leyendo esa estadística en el *Financial Times*.

Un día, indefectiblemente, ocurrirá aquello que pronosticaban los más agoreros: como por arte de magia, la especie humana dejará de habitar verticalmente el mundo: dejará de construir edificios, de talar los árboles, de matar y de sufrir; acurrucada masivamente en millones de camas calentitas, con los ojos cerrados y la respiración constante, La Humanidad entera soñará, en posición horizontal, un sueño colectivo y profundo. Global, idéntico y aburrido.

Pasaremos cientos de años de este modo, en lo que se llamará más tarde «La Era del Topo». Cuando despertemos, el SDR habrá pasado de moda y la gente dejará de dormir para dedicarse a otras tecnologías, a otros juegos y a otras pelotudeces parecidas. No sólo eso: ocurrirá también que, cada vez que un hombre se quede dormido en el tren, los demás pasajeros dirán:

—Che, mirá aquel tipo... ¿Qué hace?

—Me parece que está soñando.

—¡Qué antiguo!

## Literatura con 3G

Anoche le contaba a la Nina un cuento infantil muy famoso, el *Hansel y Gretel* de los hermanos Grimm. En el momento más tenebroso de la aventura los niños descubren que unos pájaros se han comido las estratégicas bolitas de pan, un sistema muy simple que los hermanitos habían ideado para regresar a casa. Hansel y Gretel se descubren solos en el bosque, perdidos, y comienza a anochecer. Mi hija me dice, justo en ese punto de clímax narrativo: «*No importa. Que lo llamen al papá por el móvil*».

Yo entonces pensé, por primera vez, que mi hija no tiene una noción de la vida ajena a la telefonía inalámbrica. Y al mismo tiempo descubrí qué espantosa resultaría la literatura —toda ella, en general— si el teléfono móvil hubiera existido siempre, como cree mi hija de cuatro años. Cuántos clásicos habrían perdido su nudo dramático, cuántas tramas hubieran muerto antes de nacer, y sobre todo qué fácil se habrían solucionado los intríngulis más célebres de las grandes historias de ficción.

Piense el lector, ahora mismo, en una historia clásica, en cualquiera que se le ocurra. Desde la *Odisea* hasta *Pinocho*, pasando por *El viejo y el mar*, *Macbeth*, *El hombre de la esquina rosada* o *La familia de Pascual Duarte*. No importa si el argumento es elevado o popular, no importa la época ni la geografía.

Piense el lector, ahora mismo, en una historia clásica que conozca al dedillo, con introducción, con nudo y con desenlace.

¿Ya está?

Muy bien. Ahora ponga un teléfono móvil en el bolsillo del protagonista. No un viejo aparato negro empotrado en una pared, sino un

teléfono como los que existen hoy: con cobertura, con conexión a correo electrónico y chat, con saldo para enviar mensajes de texto y con la posibilidad de realizar llamadas internacionales cuatribanda.

¿Qué pasa con la historia elegida? ¿Funciona la trama como una seda, ahora que los personajes pueden llamarse desde cualquier sitio, ahora que tienen la opción de chatear, generar videoconferencias y enviarse mensajes de texto? ¿Verdad que no funciona un carajo?

La Nina, sin darse cuenta, me abrió anoche la puerta a una teoría espeluznante: la telefonía inalámbrica va a hacer añicos las nuevas historias que narremos, las convertirá en anécdotas tecnológicas de calidad menor.

Con un teléfono en las manos, por ejemplo, Penélope ya no espera con incertidumbre a que el guerrero Ulises regrese del combate.

Con un móvil en la canasta, Caperucita alerta a la abuela a tiempo y la llegada del leñador no es necesaria.

Con telefonito, el Coronel sí tiene quien le escriba algún mensaje, aunque fuese spam.

Y Tom Sawyer no se pierde en el Mississippi, gracias al servicio de localización de personas de Telefónica.

Y el chanchito de la casa de madera le avisa a su hermano que el lobo está yendo para allí.

Y Gepetto recibe una alerta de la escuela, avisando que Pinocho no llegó por la mañana.

Un enorme porcentaje de las historias escritas (o cantadas, o representadas) en los veinte siglos que anteceden al actual, han tenido como principal fuente de conflicto la distancia, el desencuentro y la incomunicación. Han podido existir gracias a la ausencia de telefonía móvil.

Ninguna historia de amor, por ejemplo, habría sido trágica o complicada, si los amantes esquivos hubieran tenido un teléfono en el bolsillo de la camisa. La historia romántica por excelencia (*Romeo y Julieta*, de Shakespeare) basa toda su tensión dramática final en una incomunicación fortuita: la amante finge un suicidio, el enamorado la cree

muerta y se mata, y entonces ella, al despertar, se suicida de verdad. (Perdón por el spoiler.)

Si Julieta hubiese tenido teléfono móvil, le habría escrito un mensajito de texto a Romeo en el capítulo seis:

M HGO LA MUERTA,  
PERO NO STOY MUERTA.  
NO T PRCUPES NI  
HGAS IDIOTCES. BSO.

Y todo el grandísimo problemón dramático de los capítulos siguientes se habría evaporado. Las últimas cuarenta páginas de la obra no tendrían gollete, no se hubieran escrito nunca, si en la Verona del siglo XIV hubiera existido la promoción «Banda ancha móvil» de Movistar.

Muchas obras importantes, además, habrían tenido que cambiar su nombre por otros más adecuados. La tecnología, por ejemplo, habría desterrado por completo la soledad en Aracataca y entonces la novela de García Márquez se llamaría «*Cien años sin conexión*»: narraría las aventuras de una familia en donde todos tienen el mismo nick (buendia23, a.buendia, aureliano\_goodmorning) pero a nadie le funciona el Messenger.

La famosa novela de James M. Cain —«*El cartero llama dos veces*»— escrita en 1934 y llevada más tarde al cine, se llamaría «*El Gmail me duplica los correos entrantes*» y versaría sobre un marido cornudo que descubre (leyendo el historial de chat de su esposa) el romance de la joven adúltera con un forastero de malvivir.

Samuel Beckett habría tenido que cambiar el nombre de su famosa tragicomedia en dos actos por un título más acorde a los avances técnicos. Por ejemplo, «*Godot tiene el teléfono apagado o está fuera del área de cobertura*», la historia de dos hombres que esperan, en un páramo, la llegada de un tercero que no aparece nunca o que se quedó sin saldo.

En la obra «*El jotapegé de Dorian Grey*», Oscar Wilde contaría la historia de un joven que se mantiene siempre lozano y sin arrugas, en virtud



a un pacto con Adobe Photoshop, mientras que en la carpeta Images de su teléfono una foto de su rostro se pixela sin remedio, paulatinamente, hasta perder definición.

La bruja del clásico «*Blancanieves*» no consultaría todas las noches al espejo sobre «quién es la mujer más bella del mundo», porque el coste por llamada del oráculo sería de 1,90€( la conexión y 0,60€( el minuto; se contentaría con preguntarlo una o dos veces al mes. Y al final se cansaría.

También nosotros nos cansaríamos, nos aburriríamos, con estas historias de solución automática. Todas las intrigas, los secretos y los destiempos de la literatura (los grandes obstáculos que siempre generaron las grandes tramas) fracasarían en la era de la telefonía móvil y del wifi.

Todo ese maravilloso cine romántico en el que, al final, el muchacho corre como loco por la ciudad, a contra reloj, porque su amada está a punto de tomar un avión, se soluciona hoy con un SMS de cuatro líneas.

Ya no hay ese apuro cursi, ese remordimiento, aquella explicación que nunca llega; no hay que detener a los aviones ni cruzar los mares. No hay que dejar bolitas de pan en el bosque para recordar el camino de regreso a casa.

La telefonía inalámbrica —vino a decirme anoche la Nina, sin querer— nos va a entorpecer las historias que contemos de ahora en adelante. Las hará más tristes, menos sosegadas, mucho más predecibles.

Y me pregunto, ¿no estará acaso ocurriendo lo mismo con la vida real, no estaremos privándonos de aventuras novelescas por culpa de la conexión permanente? ¿Alguno de nosotros, alguna vez, correrá desesperado al aeropuerto para decirle a la mujer que ama que no suba a ese avión, que la vida es aquí y ahora?

No. Le enviaremos un mensaje de texto lastimoso, un mensaje breve desde el sofá. Cuatro líneas con mayúsculas. Quizá le haremos una llamada perdida, y cruzaremos los dedos para que ella, la mujer amada, no tenga su telefonito en modo vibrador. ¿Para qué hacer el esfuerzo de vivir al borde de la aventura, si algo siempre nos va a interrumpir la incertidumbre? Una llamada a tiempo, un mensaje binario, una alarma.

Nuestro cielo ya está infectado de señales y secretos: cuidado que el duque está yendo allí para matarte, ojo que la manzana está envenenada, no vuelvo esta noche a casa porque he bebido, si le das un beso a la muchacha se despierta y te ama. Papá, ven a buscarnos que unos pájaros se han comido las migas de pan.

Nuestras tramas están perdiendo el brillo —las escritas, las vividas, incluso las imaginadas— porque nos hemos convertido en héroes perezosos.

## 6

### OTROS MUNDOS PARALELOS

«Esposa con blog no hace la comida»

[Refrán machista. Indica que la mujer dedicada a aficiones personales no tiene tiempo para cuidar del hogar y la familia. En México es frecuente también la variante «*La esposa en el chat, el marido en PizzaHut*».]

«Donde hubo porno, iconos quedan»

[Advierte que las malas acciones, por más cuidado que pongamos en ocultarlas, dejan una huella indeleble. En el norte de España se usa también la variante «*Siembra tetas y cosecharás archivos temporales*».]

«Instala un Word flamante, y tendrás que soportar a Clippo»

[Popular. Revela que toda novedad conlleva su contratiempo. En Argentina y Chile se utiliza también la metáfora: «*Más pesado que el perrito del Word*».]

## **El amor de los metalampos**

Hace muchísimo tiempo, en un planeta que no era éste pero se le parecía un poco en el contorno de la circunferencia, hubo una raza superior a todas las que habitaron el Universo en cualquier época y en cualquier rincón. Eran bellos, inteligentes, generosos, compasivos, valientes y suaves al tacto. En su apogeo como civilización, lograron construir una sociedad perfecta: en su mundo no existía el hambre, ni el trabajo aburrido, ni los abogados, ni la enfermedad, ni la democracia. Se llamaban los metalampos.

Tal era la sabiduría natural de estos seres, que cualquiera de las grandes mentes conocidas de nuestra civilización (pongamos un Einstein, un Da Vinci, un Sócrates) en el mundo metalampo hubiera tenido que ganarse la vida como empleada doméstica o guionista de televisión.

Pero comencemos por ubicarlos en el tiempo.

El planeta Metalampo no fue contemporáneo a nuestro planeta Tierra, sino muy anterior. Cuando ellos vivieron su maravillosa época dorada, nosotros no éramos siquiera un boceto mal dibujado en la servilleta del cosmos. Para que podamos comprenderlo con una metáfora, diremos que si la historia humana en todo su conjunto se resumiera en el día de hoy, la vida metalampa se habría desarrollado el jueves 12 de agosto de 1933, entre las cuatro y las cinco de la tarde.

En este planeta remoto la vida transcurría en paz. Pero ésta era una paz verdadera, no una breve tregua entre dos horrores, que es lo que nosotros podemos entender como la paz. Los metalampos nunca tuvieron guerras, ni conflictos armados. Tampoco conocieron revoluciones ni epopeyas. Esta ausencia de confrontaciones les resultó muy ventajosa para la práctica del ocio (que dominaban como nadie), pero también les acarrea algunas

desventajas de orden práctico, pues al carecer de momentos históricos, de héroes, de generales y batallas, nunca lograron ponerle nombre a sus calles y el servicio de correo postal fue siempre muy ineficaz. De hecho, es sabido que los metalampos escribieron millones de cartas a lo largo de su historia, pero sólo ocho de ellos pudieron leer alguna.

Y es que, al contrario que otras civilizaciones menos humildes, los metalampos no se desvivían por las telecomunicaciones, ni por el perfeccionamiento técnico. Si había que inventar algo se inventaba, pero sólo si era necesario o urgente. Cuando se topaban con una enfermedad, descubrían la cura; cuando encontraban un precipicio, inventaban el puente. Pero no alardeaban. No avanzaban por avanzar. Hay un ejemplo muy claro de esta actitud: como nunca hallaron problemático esperar media hora y volverse a llamar, jamás desarrollaron la telefonía móvil, a la que consideraban una tecnología histórica.

En realidad, los metalampos no fomentaban el progreso porque no padecían ansiedad por llegar pronto a ninguna parte, dado que se hallaban muy a gusto donde estaban. Y quizás por ese motivo consideraban que el progreso, antes que mejorar la calidad de vida, sólo tendía a afearles el cuerpo. «El mando a distancia no te hace más moderno», rezaba un refrán metalampo, «lo que te hace es el culo más gordo».

El único problema de los metalampos era el amor. Cuando dos metalampos se enamoraban de verdad y sin remedio, morían instantáneamente. A veces primero uno, a veces los dos al mismo tiempo. Esto, al principio, provocó que los metalampos tendiesen a la promiscuidad, pero como eran seres de un corazón enorme, una gran inteligencia y una belleza alarmante, no podían dejar de enamorarse tarde o temprano. Y de morir inexorablemente en lo mejor de su edad.

Quizás para equilibrar su paso fugaz, una de las características más obsesivas de los metalampos fue lograr la máxima sencillez en el lenguaje. Para ello hacían uso de un sistema encadenado de caracteres, en donde el mínimo cambio de estructura confería distintos significados. Era tal la capacidad de síntesis del lenguaje metalampo que un dibujante era capaz de

realizar un identikit perfecto escuchando del testigo únicamente la palabra «estuji».

La composición molecular de su lenguaje propiciaba que cualquier cadena de caracteres significase algo. Un metalampo ciego aporreando un teclado generaba palabras reales. También un bebé metalampo gateando por arriba de un cuaderno. Todos, al pasar por encima de un teclado o garabatear signos en un papel, emitían una idea y hasta a veces un soneto con rima consonante.

Algunos narradores metalampos de vanguardia solían escribir largas novelas tirando seis o siete bolsas con fichas del escrabel desde distancias considerables. De este modo cualquiera podía escribir, con independencia de su capacidad de comprender lo escrito. (En el mundo humano, lo más parecido a esta práctica se denomina blog).

Otra capacidad extraordinaria de esta raza es que sólo eran capaces de adquirir conocimientos en la oscuridad. De día o con luz artificial, únicamente estaban capacitados para disfrutar, reventarse granos, cantar, reproducirse y cocinar. Pero si lo que deseaban era aprender un arte, un oficio o una ciencia no recurrían al esfuerzo sino a la falta de luz.

Para aprender el oficio de repostero, por ejemplo, un metalampo sólo necesitaba entrar en una panadería y permanecer a oscuras un par de horas. Para conocer los secretos de la mecánica automotriz, debía meter la cabeza dentro de un capó y esperar un rato. Para conseguir una licenciatura en psiquiatría, únicamente había que entrar de noche en un manicomio.

Además, la educación era involuntaria. Tras el Gran Apagón del año 878, que duró seis días y provocó terror y suicidios, más de dos millones de metalampos se convirtieron, sin darse cuenta, en campeones mundiales de ajedrez.

Los adolescentes metalampos aprendían todo lo concerniente a la educación básica y media en sólo cuatro noches, encerrados en una biblioteca sin luz eléctrica. Sólo un número insignificante de adolescentes (en general albinos) reprobaban alguna materia y tenían que volver durante el fin de semana. «Me llevé matemáticas a sábado», le decían a sus padres.

La sabiduría era —de este modo— un bien tan fácil de adquirir que todos poseían conocimientos amplios, minuciosos y extravagantes sobre cualquier cosa. En el mundo metalampo no existían los conceptos de escuela, universidad, taller literario, libro de autoayuda, o televisión estatal matutina. Al no ser la educación un valor agregado, tampoco existía la noción de pedantería intelectual. En el mundo metalampo la erudición no constituía un privilegio sino un síntoma de haber comprado una casa mal iluminada.

Tal era el poder del conocimiento en la oscuridad, que a lo largo de sus vidas los metalampos eran capaces de practicar más de sesenta profesiones diferentes y mantener en activo dos docenas de hobbies. El saber, por tanto, no tenía edad. De hecho, todos los metalampos nacían ginecólogos.

Mucho más complejo y peligroso les resultaba, en cambio, el arduo camino de la conservación de la especie. Al tenerlo todo, era previsible que la naturaleza debiera equilibrar tantos dones sembrando —en la aparente felicidad metalampa— un escollo difícil de soslayar.

El exterminio provocado por el amor mutuo que se profesaban, que nunca pudieron solucionar porque no era de hecho un problema sino una conformación genética, los estaba matando lentamente.

En su apogeo, los metalampos eran alrededor de 180 millones, y su tasa de natalidad menguaba un 6% cada año, dado que el sexo por recreación era peligrosísimo, pues la diferencia entre clímax y amor los confundía bastante. Las familias, casi siempre, estaban constituidas por una pareja que no se amaba en absoluto, pero que se escudaba en la monogamia por temor a una aventura extramatrimonial que pudiese dejar huérfanos a los niños.

Comenzó entonces, poco a poco, a gestarse el fin de la raza más valiente y hermosa de todas las que habitaron nuestro Universo. Una decadencia tan cruel, injusta y romántica, que generó una de las leyendas más perdurables que se conocen: la orgía del fin del mundo. Con el paso de los años, entendieron que el miedo a la felicidad podía costarles algo más que la extinción: les costaría la permanencia inútil en una vida sin deseos ni profundidad. Y entonces, con la sabiduría que los caracterizó también en las buenas rachas, decidieron organizar una bacanal de duración indeterminada,

con el objeto de que cada metalampo pudiese morir de amor y no de miedo, hasta que no quedase nadie.

Esta fiesta, que fue la más grande de todas las que se han llevado a cabo en el Universo, duró catorce años y comenzó con siete millones de invitados. El vino, la gaseosa y la cerveza se convirtieron en alimentos gratuitos de primera necesidad, y se colocó iluminación accesoria en todos los espacios, para que nadie aprendiese nunca nada nuevo en lo oscuro, durante la orgía monumental.

Los metalampos salieron entonces a las calles a buscar a su media naranja y morir en sus brazos. Después de siglos de monogamia, matrimonio vacío y sedentarismo ocioso, ahora todos conversaron y rieron con todos. Todos se besaron en la boca para saber qué pasaba. Algunos, los más enamoradizos, morían pronto, pero los primeros entierros eran excusas llenas de música para que otros solitarios conociesen gente nueva. Fueron años de jolgorio, tumulto en las esquinas, sexo casual, mordiscos leves y música improvisada. Como no había vecinos con ganas de dormir (puesto que todos estaban en la fiesta), ni existía la policía, ni las sociedades de derechos de autor (puesto que era un planeta sensato) tampoco había motivos para que la bacanal llegase a su fin ni para que nadie cobrase cánones y multas. Al séptimo año se habían celebrado más de seis millones de muertes por amor, y la música no cesaba. Ni tampoco el amor.

Al comienzo del último año de la fiesta (y de la especie) solamente quedaban 724 metalampos en la superficie del planeta. Desde el aire, parecían una pequeña manifestación enloquecida gritando y bebiendo y cantando. No había dolor ni remordimiento. Cada vez que uno de ellos moría, los que estaban cerca lo cubrían de flores y el grupo seguía el viaje hacia la eternidad elegida.

Por las noches dormían a la intemperie, bajo unas enormes mantas cuadriculadas por donde se metían mano sin saber quién era quién, y se besaban en la oscuridad diciéndose sus nombres para reconocerse. Ni siquiera en los inviernos más gélidos de esos catorce años sintieron frío. Ni siquiera cuando en vez de setecientos fueron noventa. Y tampoco cuando sólo quedaron ocho.



Y después fueron seis; y más tarde tres.

Los últimos dos metalampos amanecieron con algo de resaca, el último día de la especie. Cubrieron de flores al antepenúltimo de sus muertos y se fueron a limpiar un poco el desastre de la noche (botellas rotas, manteles a la miseria, ropa interior por el suelo) antes de fumarse un cigarro juntos y contarse sus vidas. Sabían, por haber llegado juntos al final de la fiesta, que eran los anfitriones y que aquélla era ahora su casa.

Los dos estaban un poco sensibles y borrachos, después de tanta fiesta. Eran jóvenes y hermosos. La mañana parecía de primavera y tenían claro que no tardarían mucho más en enamorarse.

## **Diario durante una catástrofe**

1º DE DICIEMBRE. Ya ha pasado una semana desde la desaparición de África y sigo sin sentir dolor por el destino del mundo. Estoy harto de que nadie piense en retomar el curso de la vida, harto de que no se oiga hablar de otra cosa en la prensa, en la calle, en la televisión. África por aquí, África por allá... La desaparición del continente es un tema importante, pero no entiendo cómo se las arregla la gente para cotorrear día y noche sobre un asunto del que nadie sabe qué decir. En otro orden de cosas, Soledad no me ha llamado.

2 DE DICIEMBRE. Desde la catástrofe no ha pasado nada nuevo. Sólo se sabe que el continente africano, junto a sus setecientos millones de habitantes —la cifra es todavía parcial— ha desaparecido de un segundo para el otro. No se ha hundido; tampoco ha explotado. No han quedado las ruinas de nada. Lo único cierto es que África ya no está. Los satélites no la ven (yo tampoco puedo ver a Soledad Lira). Donde alguna vez supo haber una masa enorme de tierra con animales, hombres, vegetación, cultura, ciudades, etcétera, ahora hay únicamente agua.

4 DE DICIEMBRE. Amo a Soledad Lira porque tengo memoria. Me pasé todo el día de ayer leyendo algunas de sus cartas y tuve una certeza: todo se reduce a la memoria. El que no tiene memoria vive alzado, igual que los trabajadores de la construcción; el que tiene un poco de memoria se enamora, pero a un nivel oficinista de banco estatal; y el que más memoria

tiene se enamora menos veces en la vida, tres o cuatro, pero en serio y sin más remedio. Debería empezar a quemar sus cartas.

4 DE DICIEMBRE, POR LA NOCHE. Hablando de cartas. En los correos de la Tierra se han catalogado ya ciento quince mil sobres y encomiendas con destinos ahora imposibles de hallar. Correspondencias que debían enviarse a África. No lo sé con seguridad, pero algunas de esas cartas deben ser cartas de amor.

6 DE DICIEMBRE. Hoy ha aparecido otra vez una viñeta de humor en el periódico donde escribo. Fueron muchos días sin que se publicara la página de chistes, días de luto tras la tragedia. Hoy por fin han puesto uno. «*Hay que verlo por el lado bueno*», dice el personaje del chiste mientras mira un mapa, «*hemos acabado con el hambre en el mundo*». A nadie le ha causado gracia. Han llegado cientos de cartas de lectores quejándose. La gente está muy sensible.

7 DE DICIEMBRE. Sigo sin poner un pie en la redacción. El director quiere que escriba algo sobre África; cualquier cosa. Mis editores tratan de conocer, hasta por teléfono, mi postura. «*Desde hace dos semanas mi postura es la horizontal*», les he dicho. No quiero escribir. Los intelectuales, en estos días, opinan bajo los efectos de la autokinesis; es decir: no logran sacar conclusiones propias si están alejadas de la influencia de una norma social de grupo. Ningún periodista tiene la libertad de postular que la catástrofe africana ha sido menos cruenta que los últimos cien años de África como territorio hambreado. Esa es mi excusa para no escribir. La verdadera razón se llama Soledad.

9 DE DICIEMBRE. El amor son unos datos que van de la cabeza al cuerpo, y que nos dice por dónde nos pasa la perfección del placer, de la seguridad espiritual y de la belleza. Qué queremos siempre, qué queremos dos por tres, y qué querríamos solamente un rato. También nos aclara qué no quisiéramos nunca. *Amo a Soledad porque la recuerdo*. El que no guarda memoria sobre estas informaciones lo que quiere es emprenderla contra algo, y lo mismo le da una señorita o medio kilo de pescetto. A propósito de alimentación. Hoy hice zapping por un canal de cocina para no escuchar sobre África. Me topé con un cocinero. Decía que, tras la desaparición, se perdieron para siempre cuarenta y cinco condimentos que sólo se producían en el continente perdido.

11 DE DICIEMBRE. Según un censo aproximado han desaparecido 40.000 europeos, 25.000 asiáticos, 18.000 americanos de las tres Américas y 900 australianos que residían o vacacionaban en el continente el 24 de noviembre.

13 DE DICIEMBRE. El teléfono me está volviendo loco. Rechazo todas las propuestas para escribir o aparecer en la radio; al principio con cortesía, y de tres días a esta parte sin ninguna diplomacia. Me resultaría mucho más cómodo desconectar el aparato, pero en el fondo espero que suene el teléfono y que del otro lado Soledad me pida perdón.

14 DE DICIEMBRE. He hablado con mi madre. Está convencida de que la desaparición de África es la primera de las siete plagas que azotarán al mundo antes del gran Juicio. Me lee por teléfono un pasaje del Apocalipsis: «*El primer ángel derramó su copa sobre la Tierra, provocando una llaga maligna en todos los hombres que llevaban la marca de la bestia*». Para

ella, esa marca no es otra cosa que la tez negra de las víctimas. Mi madre cree que las siguientes seis plagas castigarán al mundo en breve, por orden alfabético: primero África, y luego América, Asia, Europa, Oceanía, el Polo Norte y el Polo Sur. Quise explicarle que Dios difícilmente organice el castigo divino con burocracia alfabética. No entiende razones.

15 DE DICIEMBRE. Las noticias de los diarios, a dos semanas de la desaparición, son cada vez más escandalosas. Los periodistas, cuando no tenemos nada para decir, nos convertimos en loros infames, en malos escritores de ficción. Mi raza, los columnistas de opinión, somos los peores.

15 DE DICIEMBRE, POR LA NOCHE. En realidad no hay una sola profesión que se salve de la vergüenza. Cada cual lleva la explicación al terreno que le conviene: los científicos aventuran razones científicas, los religiosos acomodan las escrituras para encontrar argumentos de fe. Los esotéricos revisan las estrofas de Nostradamus y, oh sorpresa, encuentran vaticinios puntuales. Y los periodistas recogen todas las voces, las editan sin orden y ofrecen cada porción de estupidez como si se tratara de una gran exclusiva. Pero a la pregunta más simple, a la pregunta que se hace un niño de siete años («papá, ¿a dónde se fue África?»), a esa pregunta, nadie la puede contestar.

16 DE DICIEMBRE. He estado todo el día haciendo guardia frente a la casona de San Fernando. Soledad no ha salido, pero sé que está dentro. El coche de Iván no está en la calle ni en los alrededores, pero podría estar guardado en el garage. No sé si están juntos, no sé si Soledad está con alguien, pero cada vez que cierro los ojos me la imagino acompañada. Intento no cerrar los ojos.

17 DE DICIEMBRE. Ahora todo el mundo sabe que África tenía el río más largo del mundo. Datos fríos, intrascendentes, que hasta el 24 de noviembre eran apostillas en los manuales de escuela primaria, ahora están en boca de la gente culta. La prensa se ha convertido en una enciclopedia barata.

18 DE DICIEMBRE. África desapareció a las 4:35 de la madrugada de Nueva York, según la versión fotográfica de los satélites meteorológicos. Es decir, a las once y media pasadas del 24 de noviembre africano. Un segundo antes, los alumnos de Bujumbura entraban a clase sin saber que todo dejaría de existir. Las amas de casa, en Camerún, estaban a punto de preparar el almuerzo. Los cabeza de familia de Pretoria se disponían a regresar a casa desde sus empleos mal pagos cuando aquello —que no tiene nombre— ocurrió. Yo llamaba por quinta vez a Soledad para pedirle una explicación, y ella no me respondía. Faltaban dos segundos para que un pelotón de guerreros hutus fusilara a un pastor tutsi en un campo clandestino de Ruanda. Un avión de pasajeros despegaba, en ese instante, desde el aeropuerto de Banjul rumbo a París. Un adolescente blanco besaba a una chica zulú, sin que le importara la mirada de un guardia civil, en una plaza de Yemena, y un chiquito sin esperanzas había conseguido una raíz tierna para calmar el estómago, en un suburbio de Addis Abeba, cuando llegó lo que nadie puede explicar.

18 DE DICIEMBRE, MÁS TARDE. En la Comunidad Europea se debate si las inmigrantes africanas pueden dar a luz en las embajadas para que sus hijos tengan nacionalidad continental. La polémica ha surgido a raíz de un pedido formal de una mujer embarazada, esposa del cónsul nigeriano en Washington, que ha acabado atrincherándose en el sótano de su edificio diplomático para parir. Los legalistas de las Naciones Unidas, sin embargo, aún no se ponen de acuerdo: ¿puede alguien, luego del 24 de noviembre,

tener la nacionalidad de un sitio que ya no existe? ¿Siguen siendo, las embajadas y los consulados africanos, parte de un territorio llamado África? ¿Con quién pasará Soledad Lira la Navidad?

19 DE DICIEMBRE. Las mujeres, que en realidad son cuatro o cinco, tienen la desventaja de llamarse de mil maneras distintas. La memoria en realidad ayuda a encontrarles el verdadero nombre, la contramarca (para hablar en términos ganaderos), escondida detrás de la multiformidad y de la cosmética. Soledad no es mejor que muchas, y es peor que algunas. El problema no es ése. El problema es que ya no es mía.

20 DE DICIEMBRE. Hoy estuve en el centro y vi, en plena peatonal, un grupo de personas rodeando a un negro, seguramente uruguayo. Lo abrazaban con dolor, le daban las condolencias y el pésame. Las señoras bien, que hasta el 24 de noviembre se cruzaban de vereda cuando veían venir a este negro, ahora lo persiguen y quieren tocarlo, como si estuvieran fotografiando a un koala.

21 DE DICIEMBRE. Me he pasado otra vez la noche marcando el número de Soledad Lira para escuchar su voz grabada en el contestador. Después me he escondido a cincuenta pasos de la casona de San Fernando, hasta que se hizo de día, para espiar si entraba o salía Iván Terranova del brazo con ella. El mundo entero —mi madre incluida— se imagina el juicio final, el fin de los tiempos; yo me imagino a Soledad, en la que fue nuestra cama, con Terranova encima.

23 DE DICIEMBRE. Noticias que leo en la prensa, mientras hago guardia en San Fernando. Un buque francés que investigaba en aguas africanas, buscando restos o huellas, ha desaparecido ayer (lo dice Europa Press), y

ninguna otra embarcación está dispuesta a adentrarse al lugar para buscar a los tripulantes perdidos. Ésta es de EFE: Las sectas con raíces negras ganan adeptos, y los suicidios provocados por el pánico, en diferentes puntos del planeta, son frecuentes. Y una última: según un estudio de la Unesco, durante las semanas posteriores a la desaparición se acrecentó en un 40% el pedido en adopción de niños negros por parte de familias blancas. El porcentaje aumenta a un 52% en países arios como Suecia, Alemania o Dinamarca, y en un 60% en Japón.

24 DE DICIEMBRE, POR LA NOCHE. La gente compra sus regalos de Navidad sin sonreír. Hoy he vuelto a la calle, con un gesto dolorido y grave, a tropezarme con los demás. Nadie puede distinguirme del resto de la gente, que también va por la calle con la mirada vacía. Cada hombre decente de este mundo está acongojado igual que yo, pero no porque Soledad Lira los haya borrado de la memoria, sino porque África, hace ya un mes, ha dejado de existir. No entiendo por qué Soledad Lira ya no me ama, si lo más lógico es que me ame. No sé por qué África ha desaparecido. Ni siquiera sé si Soledad, dentro de unos minutos, cuando den las doce campanadas y levante la copa, estará pensando en mí.



## Los Provinciales del Loco

Según cuenta la historia, desde principios del siglo xx la ciudad de Tandil alardeaba con poseer al loco del pueblo más original de la provincia, hasta que en 1939 la ciudad de Chacabuco se queja ante la Gobernación Central, aduciendo que esa distinción debería realizarse por consenso. Así surgen los primeros «Juegos Bonaerenses de Excentricidad», conocidos popularmente como los *Provinciales del Loco*. La competición nace oficialmente en Mar del Plata, en 1942, y se desarrollará cada cuatro años en sedes rotativas, hasta el fatídico suceso de Cañuelas, del que la semana próxima se cumple un nuevo aniversario.

El Diario La Nación informaba sobre la creación de esta fiesta deportiva en sus páginas de octubre de 1941:

«El general Luis A. Casinelli, Interventor de la provincia de Buenos Aires, ha impulsado estos Juegos que se desarrollarán cada cuatro años, en donde todas las ciudades bonaerenses presentarán a su “Loco del Pueblo” en competición oficial. Un jurado compuesto por las fuerzas vivas de cada ciudad evaluará la locura, la originalidad y el valor de cada enfermo mental, eligiendo más tarde a un justo vencedor, que representará a la provincia durante cuatro años en calidad de Loco Mayor de Buenos Aires.»

Así ocurre y, efectivamente, Tandil se lleva la victoria en las dos primeras ediciones: gana el título con el «loco que le tira piedras al Zapato» en Mar del Plata '42, y con el ya legendario «loco que se rasca hasta

hacerse sangre» en Navarro '46. Mercedes no llega a octavos de final en la primera competición y ni siquiera participa de la segunda, puesto que días antes —en una inolvidable final local— sus dos locos más renombrados se matan entre ellos a cascotazos.

Las primeras competiciones, de las que se tiene poco material fílmico a disposición, estaban conformadas por pruebas muy básicas, según lo que consigna la prensa de aquel tiempo. Los candidatos a locos (unos veinticinco enfermos mentales, representando a otras tantas localidades) hablaban con artefactos inanimados, se desnudaban en las peatonales, iban de la mano con madres imaginarias o decían ser amigos de actores de la época. Más tarde el reglamento se perfeccionaría.

A finales de 1946 el Presidente de la República, Juan D. Perón, aconseja al gobernador de Buenos Aires desarrollar los juegos cada dos años, y no cada cuatro, y cambiarle el nombre a la contienda. Así nacen unos efímeros «Juegos Provinciales El Pocho», que se llevan a cabo en Quilmes. Resulta ganador un sobrino de Eva Duarte, conocido simplemente como «el loco de Junín». El resto de las localidades bonaerenses, sin embargo, impugnan la competición y todo regresa a su cauce dos años más tarde, en la edición Mercedes '50, también conocida como los *Juegos de la Era Moderna*, donde además se inaugura el sistema del voto popular vía telégrafo y se instaure el descenso a segunda división.

Quizás la edición más negra para los mercedinos sea, justamente, la organizada por su propia ciudad en aquel otoño de 1950. «Los mercedinos creímos de entrada» —narra el historiador Pedro Pasquinelli— «que nuestro candidato sería un seguro vencedor. El representante local, conocido como el “loco que habla de atrás para adelante” llega a la final contra un adversario fácil: el “loco con ojos de huevo duro”, representante de Carmen de Patagones. El día de la culminación, sin embargo, nuestro campeón amanecerá afónico y no podrá demostrar su tara, quedando en segundo puesto».

En 1954 la pequeña ciudad de Open Door habrá de pedir por quinta vez ser incluida en el listado de participantes, recibiendo de nuevo una negativa por parte de la Comisión Organizadora. Los Juegos se desarrollan esta vez

en Chascomús y resulta ganadora la enferma mental del pueblo, una señora de 82 años que baila el foxtrot en medio de la misa de once. Aquélla sería la primera vez que participa una mujer en competencias oficiales, dado que hasta entonces la locura femenina era vista como un rasgo natural, en la mayoría de las ciudades, y como algo relacionado a la menstruación, en Luján, Chivilcoy y La Lucila del Mar.

En Necochea '58 gana el Provincial el «loco que se arranca los dientes», un afamado comerciante textil de Bahía Blanca que (se sabrá más tarde) se ha hecho pasar por loco para llevarse el premio. Por esa razón, en la edición posterior, Luján '62, se incluye un complejo test psicológico en la competencia, para impedir la participación de gente excéntrica de clase media alta.

Después de un doble triunfo marplatense —el «loco que corre al tren» (campeón en Azul '66) y la «loca que boxea en bolas» (dominadora absoluta en Chivilcoy '70)— vuelve a presentarse por Bahía Blanca el mismo «loco que se arranca los dientes», que entonces sí ya está loco en serio, pero queda eliminado al confirmarse que lleva dentadura postiza. El premio de ese año (San Clemente '74) queda desierto por primera y única vez en la historia de los Juegos.

La ciudad de Mercedes, que había alcanzado las semifinales en Chascomús '54, vuelve a generar expectativa en el Provincial del '78 que se lleva a cabo en La Plata. Los mercedinos participamos aquella vez con el imbatible Juancito Cuello, el «loco que se parte la cabeza con un vaso de vidrio», pero lamentablemente nuestro adalid muere durante una práctica de entrenamiento, la mañana en que debía presentarse a octavos de final. Ese año ganará Luján con el «loco que mata a las palomas que no sean blancas del todo», en un fallo dividido que todavía genera polémica en muchas localidades bonaerenses.

Ya en la alocada década de los ochenta y dos meses antes de comenzar el Provincial Tres Arroyos '82, la Comisión Organizadora de los Juegos cambia de presidente —tras el fallecimiento del fundador, Luis A. Casinelli— y toma el mando organizativo el general Lopezcabe, quien decide dividir las pruebas en dos: Provincial Esquizoides (juegos de verano), y Provincial

Paranoides (de invierno), generando, como es lógico, que el segundo grupo se sienta perseguido.

Inmediatamente los locos se declaran en huelga. Un grupo de noventa y tres enfermos, liderado por el campeón de 1966, comunica en sus ciudades de origen que dejarán de hacer idioteces por la calle por tiempo indeterminado, hasta que la competencia retome su reglamentación original, y no se presentan a los Juegos. La ciudad de Tres Arroyos, anfitriona de la nueva edición (al verse endeudada por los preparativos y sin participantes provinciales), decide contratar a los componentes de un circo salteño para que se hagan pasar por locos. En la edición '82, por tanto, resulta triunfadora «la mujer barbuda», una joven boliviana sin alteraciones mentales pero con un extraño problema capilar que la hace imbatible.

Son años oscuros en toda la región. La caída de la Dictadura y la huelga de locos en los pueblos hacen de Buenos Aires una provincia anodina y sin gracia. Cruzar las plazas por las noches no depara ninguna emoción, dado que los enfermos mentales de cada pueblo ponen su mayor empeño en parecer señores normales. Incluso algunos, amparados por la flamante democracia, llegan a consagrarse intendentes por el Partido Radical.

El gobierno de Alfonsín crea en 1985 una *Comisión de Reparación de Juegos y Torneos*, decidiendo dar marcha atrás a los cambios implementados por el general Lopezcabe (también se quitan los «tres segundos» en el baloncesto y se instaura el sistema de promedios para el descenso futbolístico a segunda división).

Se declara entonces, con bombos y platillos, que los siguientes *Juegos de El Loco* se desarrollarán en Cañuelas, a finales de marzo de 1986, con la reglamentación original. Los locos deshacen entonces la huelga y vuelven a habitar las plazas, para placer de niños y empleados municipales, y se entrenan para la nueva competición. Por supuesto, nadie entonces sospecha que aquéllos de Cañuelas serían los últimos Juegos de El Loco, ni se intuye la desgarradora tragedia del 27 de marzo, que muchos cronistas de la época ya no podremos olvidar.

## La teoría de los puntos y las vueltas

Hace dos lustros, cuando se cumplió el décimo aniversario de la Masacre de Cañuelas, logré una entrevista con Enrique Politto, la primera y única que el asesino ha dado desde la Unidad 5, donde todavía permanece encerrado. El «loquito de los puntos y las vueltas» fue el último de los campeones de la competencia llamada «Los Provinciales del Loco». La tarde en que se coronó vencedor, un 27 de marzo de 1986, recibió su trofeo de manos del Gobernador Armendáriz, saludó al público, sacó una granada del bolsillo e hizo estallar la tribuna oeste del polideportivo El Porvenir, matando a dieciocho personas: doce cuerdos, cinco locos y un chileno.

—Si cambiásemos dos palabras —me decía Politto—, solamente dos palabras de entre todas las que hay, el mundo sería un lugar más divertido, más justo y, sobre todo, menos doloroso.

Ni Karl Marx ni Adam Smith habían encontrado la respuesta al problema económico global; tampoco Einstein había logrado hallarle solución a la cuestión del tiempo. Enrique Politto, de origen mercedino y último ganador de los Provinciales del Loco, juraba haber accedido a la gran revelación.

Según él, sólo era necesario cambiar dos palabras («dólares» y «meses») y convertirlas en otras dos («puntos» y «vueltas») para que el mundo fuese un paraíso. La obsesión de esa idea descabellada lo convirtió en el loco de su ciudad y, más tarde, en un criminal de gran renombre.

—Hace años que me vengo dando cuenta de que la gente se ha quedado sin nada que hacer. De que no hay pasión ni hay alegría ni hay un carajo. ¿Vos viste cómo está la calle? ¿Oís lo que habla la gente? —me preguntaba Politto en su celda—. El que tiene ya no espera nada, y el que no tiene se

desespera. ¡Los dos grandes problemas humanos: el dinero y el tiempo! La falta de esperanzas de los ricos me pone los pelos de punta, Juan Carlos.

—Me llamo Hernán.

—Los ricos están sumidos en la confusión. Juegan al golf, que no tiene sentido. Es un deporte que no funciona, y ellos están haciendo eso, con unos pantalones a cuadriyé. (Después el loco soy yo.) Las mujeres se hacen la cirugía de la nariz, fijate qué manera más estúpida de decir «no sé qué más hacer». ¿Y los pobres? ¿Vos viste a los pobres? Gritan por la tele, lloran, van y vienen, hablan de dinero todo el tiempo... Se quedaron sin ideas. Los pobres y los ricos.

Desde la masacre de Cañuelas, y durante una década, Politto había guardado silencio. No había dado un solo reportaje, ni siquiera había hablado con otros presos. Pedía cigarrillos con gestos. Nadie en la Unidad 5 conocía su voz.

En 1996 yo me dedicaba a hacer entrevistas a personajes extravagantes del oeste de Buenos Aires: ladrones, videntes, mercachifles, brujos, estafadores de guante blanco, etcétera; pero la verdad es que el reportaje al asesinato de Cañuelas fue, sin dudas, el más leído de aquella serie.

—¿Por qué ha decidido hablar ahora, Politto?

—La semana que viene se cumplen diez años de Cañuelas, y ya es hora de que la gente sepa la verdad. Pregúnteme sobre la verdad; Juan Carlos.

—¿Por qué mató a esas personas?

—¡No! Esa verdad no... La otra.

—¿Qué otra?

La verdad de Enrique Politto era económica y social, y no quería hablar de otra cosa. En la pared de su celda, con un punzón o la punta de una llave, había escrito la fórmula de su descubrimiento:

dólares = puntos

meses = vueltas

Desde los años sesenta había intentado demostrar que el mayor error económico del mundo era semántico. El problema es que sus demostraciones ocurrían en la plaza de un pueblo, por lo que fue mucho más fácil declararlo loco que economista. En Mercedes se lo conoció siempre como «el loco de los puntos y las vueltas», y en calidad de tal representó a la ciudad en Cañuelas 86. Arrasó.

Había nacido en la ciudad en 1944, hijo de maestra y constructor. Infancia normal, estudios corrientes. Nada en su historial juvenil que presagiase su futura desgracia mental. Estudia económicas en la UBA, tiene amigos, una novia. Hasta los 24 años Politto parece un muchacho encarrilado.

—¿Encarrilado? Yo diría que iba camino a la mediocridad... Yo usaba el pantalón adentro. Hacía chistes pavos, no sé si me entiende. Iba derecho a ser contador público, o administrativo. Un pelotudo cualquiera, digamos. Pero en 1969 cambió todo: mi cabeza entendió.

—¿Allí se le reveló su teoría de los puntos y las vueltas?

—Exacto, Juan Carlos.

—Mi nombre es Hernán.

La teoría de Politto puede resumirse así: si la unidad monetaria del mundo se llamase «puntos» y a los meses les dijéramos «vueltas», la vida sería un juego de mesa.

Al comenzar cada vuelta, por ejemplo, el jefe le da al empleado una tarjeta que dice: ¡ENHORABUENA! GANA MIL PUNTOS. El día cinco el empleado recibe en su casa otra tarjeta que pone: PIERDE TREINTA PUNTOS. FIRMADO: ENDESA, y otras tarjetas similares con las que sigue perdiendo puntos. El empleado no se preocupa, porque en la siguiente vuelta ganará otros mil puntos.

De este modo, auguraba Politto, las personas comenzarían a ver la vida como un divertimento, y no como un lastre. El dinero (la necesidad de poseer), y el tiempo (la necesidad de perdurar) se convertirían en un desafío lúdico.

—Es mucho más triste decir «*me faltan 250 pesos para llegar a fin de mes*» que decir «*con 250 puntos extra paso de vuelta*». Ahí está la clave de

la tristeza humana: la gente necesita una inyección de optimismo, una señal permanente de que todo es un juego.

—¿Y usted dice que así se acaba con la tristeza?

—¡Y con muchísimas cosas más! Así acabamos con la miseria también. Note qué diferente sería nuestra relación con los mendigos. En vez de dar monedas por la calle, daríamos puntos, y nos sentiríamos jurados de las olimpiadas. Pasaríamos por al lado del ciego y diríamos: 9 PUNTOS. Nos acercaríamos al rengo y diríamos: 7 PUNTOS Y MEDIO. Y todos felices.

—Pero seguiría existiendo la pobreza, y la delincuencia.

—Existiría todo, Juan Carlos, pero sería diferente. Pongamos que un ladronzuelo roba doscientos puntos; entonces la policía atrapa al ladrón y le da una tarjeta: PIERDE SEIS VUELTAS. El ladrón se queda un tiempo equis sin jugar, pero no se sentiría preso. Es muy feo estar preso.

La obsesión de Enrique Politto lo llevó, en su juventud, a llamar sistemáticamente «puntos» y «vueltas» a los pesos y los meses. Y así se convirtió en el loco del pueblo. Los chicos de Mercedes le tiraban piedras, los mayores lo trataban con sorna y las señoras mayores se cruzaban de vereda cuando aparecía.

En 1986, cuando fue elegido candidato mercedino para el Provincial de Cañuelas, Politto tenía cuarenta y dos años. Nunca se supo dónde había conseguido la granada, pero las pericias aseguran que la llevaba consigo durante el viaje en autobús, desde Mercedes hasta la ciudad anfitriona de los Juegos. Representó a su localidad como ningún otro loco, sorteando con facilidad los cuartos y la semi. La final fue durísima (contra el «loco que le habla de usted a los autos», duro representante de Claromecó) pero Politto resultó ganador por unanimidad.

Por la tarde de aquel 27 de marzo, debía subir al palco a recibir el trofeo y el cheque, de manos de Alejandro Armendáriz, y la corona, que le pondría sobre la testa el cantante Sergio Denis. Enrique Politto ya era, para sus conciudadanos, el primer ganador mercedino de los Provinciales. Y estábamos orgullosos de él.

—¿Qué pasó por su cabeza entonces, Politto?



—Me llevaron engañado a ese certamen. La Municipalidad de Mercedes me dijo que se trataba de una competencia sobre ideas económicas. Durante los octavos de final me resultó extraño debatir mi teoría contra un señor de Chacabuco que masticaba tuercas, pero no caí en la cruda realidad hasta la semifinal. Allí supe que era un torneo para locos de pueblo. Entonces decidí vengarme.

Enrique Politto recibió el cheque, le dio la mano al Gobernador, saludó al público que lo aclamaba y sonrió para las fotografías. A las 16:32 sacó la granada del bolsillo derecho de su pantalón, le quitó la polea y la arrojó a la tribuna. Durante doce segundos todos pensaron que se trataba de una ofrenda. Y entonces la ofrenda explotó.

Los Provinciales del Loco se suspendieron aquella tarde, y para siempre. Por decisión del jurado no se le quitó el premio a la ciudad de Mercedes, que sigue siendo la última localidad ganadora. A Enrique Politto se le descontaron los 3200 puntos del premio y recibió un castigo ejemplar.

—¿Cuántas años de prisión le dieron, Politto?

—Digamos, Juan Carlos, que perdí el turno.

## **Instrucciones para la masturbación del hijo**

Si lees estas líneas es porque hoy cumples trece años y porque yo estoy muerto. Las redacto antes de partir a la batalla, casi sin armas, para enfrentarme a un enemigo superior. Ahora eres un niño de once meses — llevo aquí tu foto— pero mi ahora es tu ayer y no nos sirve. Escribo a trompicones. Las balas pasan tan cerca que es probable que ya tengas trece años. Es buen momento, entonces, para que tengamos una charla de hombre a hombre. Me habría gustado hacerlo en persona, pero ya ves: las cosas nunca son como las deseamos.

Supongo que el vivir sin tu padre te marcará para siempre. Has visto mis fotos, te han contado algunas historias, quizás te han dicho en qué guerra he muerto, pero no puedes imaginar al hombre que fui. No te preocupes, nadie podría. Además, yo no soy el de las anécdotas felices, ni tampoco soy el hombre que aparece en los retratos que miras. Las personas se conocen de verdad en medio del aburrimiento y traban amistad, si lo hacen, con la rutina de los días. No tendremos —*no tuvimos*— esa suerte.

Entre estas rutinas hay una, que ocurre más o menos a tu edad, en donde el padre debe tener el valor de dar al hijo consejos fundamentales. Voy al grano, porque tengo poco tiempo y menos luz. Es muy probable que hayas comenzado a notar ciertos cambios en tu cuerpo. Tu madre, que es una mujer bondadosa pero poco dada a la conversación, no sabrá explicarte qué ocurre, ni darte consejo para que aquello ocurra de un modo placentero. No la culpes, porque es un tema masculino. Y, si me apuras, sólo de ciertos hombres.

En breve tendrás (o quizá ya los tengas) amigos mayores o más espabilados que te explicarán las mejores técnicas para el desahogo

automático del cuerpo: dormirse la mano, por ejemplo, o agujerear medio kilo de carne y calentarla hasta los veintinueve grados. Todo esto será válido y al mismo tiempo será falso. No redacto esta carta para enumerar maniobras eficaces ni para revelarte accesorios.

El chimpancé también hace lo que haces tú cada noche. Con un poco de suerte, en un laboratorio se le podría enseñar al chimpancé la técnica de dormirse la mano, o la de calentar un trozo de carne, para darse mejor placer. Pero tú tienes algo que el chimpancé no tendrá nunca. Me refiero a una herramienta muy poco valorada por los adolescentes y por los hombres vulgares: la fantasía privada.

La fantasía privada, la masculina, la secreta, se construye sobre la base de dos consignas: *qué haría yo si*, cuando eres joven e inexperto; y *qué hubiera pasado si*, cuando eres mayor y te arrepientes de las oportunidades perdidas. Con estos mínimos recursos los hombres de bien le ponemos fin al tema de la imaginación, una herramienta que, por lo demás, utilizamos poco.

Ahora eres muy joven, pero llegarán tiempos de padecer un largo viaje en avión o tren, de intentar conciliar el sueño en vano, de esperar en una esquina a que llegue alguien que no aparece... Es entonces cuando debes hacer uso del *qué haría yo si*, y del *qué hubiera pasado si*. Con la práctica, cualquier tiempo monótono puede convertirse en un tiempo clandestino.

Toma papel y lápiz, porque lo que voy a decirte es más valioso que cualquier manualidad que te enseñen, en la escuela o en la calle, tus camaradas mayores. La imaginación privada masculina se desarrolla únicamente en dos contextos:

a) bajo el amparo de un hecho inconcluso del pasado («qué hubiera ocurrido si me animaba a proponerle un trío a las mellizas Klein la noche que estaban borrachas al lado de la piscina; desarrollar la idea hasta acabar»); o

b) en la sospecha de un futuro improbable («qué haría yo si la vecina del quinto me viene a pedir azafrán un sábado a las dos de la madrugada, en camisón; explayarse sobre el tema hasta acabar»).

No hay más recursos que esos dos; ni en el universo de la fantasía masculina, ni en la literatura erótica en general.

Con estas introducciones no te serán necesarias las películas pornográficas, ni las revistas donde aparecen mujeres desnudas, ni los prismáticos en la oscuridad para fisgonear las azoteas. *Qué haría yo si... Qué hubiera pasado si...* Esas cuatro palabras, y no otras, deberán servirte como contraseña para todas tus noches, desde la noche de hoy y para siempre.

Los hombres —mayores o púberes, lo mismo da— tenemos una extraña virtud: sólo sabemos de qué modo actuar cuando ya ha pasado la ocasión propicia o cuando ésta aún no se ha presentado. En el momento preciso, justo allí, no podemos reaccionar; antes y después, lo tenemos más claro que el agua. Pero al menos lo sabemos, con tardanza o con clarividencia, pero lo sabemos; y eso es lo que importa. El chimpancé no lo sabrá nunca; ningún animal de la selva sabe casi nada sobre la frustración.

Como te he dicho al principio de esta carta, hijo, las cosas nunca son como las deseamos, y esa verdad es la madre de la imaginación privada. A tu edad, y durante algunos años, tus fantasías nocturnas te llevarán por el camino de la ficción, porque todavía no tendrás memoria de tus fracasos; pero con el tiempo, todos los hombres nos quedamos con una sola fantasía privada. Una sola. Y siempre comienza con la triste música del *qué hubiera ocurrido si*. Volvemos a reeditar, una y otra vez, la misma escena trunca que nos obsesiona.

¿Qué harías, hijo, si la joven profesora suplente de francés, que te ha encontrado fumando solo en el baño del colegio, en lugar de llevarte de una oreja a dirección te pidiera un cigarro y se quedara allí, contigo? ¿Qué harías si, entre calada y calada, te confesase que se ha separado hace tres meses y que echa de menos el calor de alguien en su cama? Y si enseguida te dijera, por ejemplo, que pareces mayor de lo que eres y después te rozara al descuido una pierna, tú, ¿qué harías?

Yo, que soy tu padre y quizás ya estoy muerto, hace algunos años fui un alumno estúpido y tembloroso. La historia con la profesora de francés me ocurrió en la vida real, no en el mundo privado de las sábanas, y entonces

me escapé del baño; corrí por el patio del colegio como un cobarde. No supe qué hacer con semejante porción de realidad servida en una bandeja. Huí.

Antes de ese día mis noches eran irreales de principio a fin. Utilizaba únicamente el *qué haría si* y con eso me contentaba. Pero desde esa misma tarde, solo en la cama o en la ducha, comencé a descubrir las infinitas variantes que me había ofrecido, sin saberlo, la profesora suplente de francés. Ella había abierto una puerta. El placer ahora me resultaba más doloroso y humillante, pero su hallazgo inauguró un sin fin de mundos paralelos.

A veces yo la desnudaba en el baño del mismo colegio, trabando la puerta con el talón de mi zapato. Otras veces iba a su casa la noche siguiente, y ella me había dejado la ventana de su cuarto entreabierta. En ocasiones nos encontrábamos en el gimnasio, y estirábamos unas colchonetas raídas; o nos escondíamos de todos en la oscuridad del salón de actos. A veces, en mi fantasía, la chica que me gustaba nos veía desnudos y se ponía celosa. Otras veces se acercaba a nosotros, se nos unía. Cada noche yo tenía un romance diferente con mi profesora de francés. Un romance que comenzaba, siempre, con la conversación real y la caricia real en la pierna. Esa verdad sin discusión le daba al resto de la utopía un poder deslumbrante.

Cuando terminé los estudios seguí fantaseando con ella. Al casarme con tu madre continué viviendo en el mundo solitario de mi profesora de francés. Incluso cuando quiero poner la mente en blanco o pensar en otra cosa, la película comienza y no puedo dejar de verla hasta el final, porque el final nunca es el mismo. Todavía lo hago algunas noches, cuando esta guerra absurda me permite estar solo y a oscuras. Imagino el momento inicial del cigarrillo y la conversación que alguna vez ocurrió en este mundo, y después construyo las diferentes variaciones que pudieron ser y no fueron. Las del otro mundo, las que me completan.

Ojalá pienses, durante tus primeras noches de placer solitario, en mi profesora de francés, en esta historia que te he contado. Comienza a imaginar la escena por donde yo la he dejado: cuando ella me mira, fuma

despacio y me roza una pierna. Ella era guapa, y tenía algo de tristeza en los ojos. Después puedes continuar la historia por donde tú quieras. Acaba por mí, hasta el último de los días.

El desahogo masculino es un amor a destiempo, un romance nocturno que ocurre en épocas paralelas que no se cruzan. Se parece mucho a esta conversación remota, hijo, en la que yo le hablo al hombre que serás, y en la que tú me escuchas cuando ya estoy muerto.

# EPÍLOGO

## Los justos

Los miércoles a las nueve de la noche, hora de Nueva York, la cadena norteamericana ABC emite una serie de televisión que me gusta. A esa misma hora un mexicano llamado Elías, dueño de un vivero en Veracruz, la está grabando directamente a su disco rígido, y tan pronto como acabe subirá el archivo a Internet, sin cobrar un centavo por la molestia. Tiene esta costumbre, dice, porque le gusta la serie y sabe que hay personas en otras partes del mundo que están esperando por verla. Lo hace con dedicación, del mismo modo que trasplanta las gardenias de su jardín para que se reproduzca la belleza.

A las once de la noche de ese mismo miércoles, Erica, una violinista canadiense de veinticuatro años que ama la música clásica, baja a su disco rígido la copia de Elías y desgraba uno a uno los diálogos para que los fanáticos sordomudos de la serie puedan disfrutarla; distribuye esos subtítulos en un foro tan rápido como puede. No cobra por ello ni le interesa el argumento: lo hace porque su hermano Paul nació sordo y es fanático de la serie, o quizás porque sabe que hay otra mucha gente sorda, además de su hermano, que no puede oír música y debe contentarse con ver la televisión.

A las 3:35 de la madrugada del jueves, hora venezolana, Javier baja en Caracas la serie que grabó Elías y el archivo de texto que redactó y sincronizó Erica. Javier podría ver el capítulo en idioma original, porque conoce el inglés a la perfección, pero antes necesita traducirlo: siente un placer extraño al descubrir nuevas etimologías, pero más que nada le place compartir aquello que le interesa. Para no perder tiempo, Javier divide el texto anglosajón en ocho bloques de tamaños parecidos, y distribuye por mail siete de ellos, quedándose con el primero.



Inmediatamente le llega el segundo bloque a Carlos y Juan Cruz, dos empleados nocturnos de un Blockbuster bonaerense que suelen matar el tiempo jugando al ajedrez, pero que ocupan los miércoles a la madrugada en traducir una parte de la serie, porque ambos estudian inglés para dejar de ser empleados nocturnos, y también porque no se pierden jamás un capítulo.

El tercer bloque de texto lo está esperando Charo, una ceramista de Alicante que está subyugada por la trama y necesita ver la serie con urgencia, sin esperar a que la televisión española la emita, tarde y mal doblada, cincuenta años después. El cuarto bloque lo recibe María Luz, una tipógrafa rubia y alta que trabaja, también de noche, en un matutino de Cuba: María Luz deja por un momento de diseñar la portada del diario y se pone rápidamente a traducir lo que le toca. Dice que lo hace para practicar el idioma, ya que desea instalarse en Miami.

El quinto bloque viaja por mail hasta el ordenador de Raquel y José Luis, una pareja andaluza que vive de lo poco que le deja una librería en el centro de Sevilla. Llevan casados más de veinticinco años, no han tenido hijos, y hasta hace poco traducían sonetos de Yeats con el único objeto de poder leerlos juntos, ella en un idioma, él en otro. Ahora, que se han conectado a Internet, descubrieron que además de buena poesía existe también la buena televisión.

El sexto bloque le llega a Ricardo, en Cuzco: Ricardo es un homosexual solitario —y muchas noches deprimido— que traduce frenéticamente mientras hace dormir a su gato Ezequiel. El séptimo lo recibe Patrick, un inglés con cara de bueno que viajó a Costa Rica para perfeccionar su español, lo desvalijó una pandilla casi al bajar del avión pero igual se enamoró del país y se quedó a vivir allí. Y el octavo bloque le llega, al mismo tiempo que a todos, a Ashley, una chica sudafricana de madre uruguaya que es fanática de la serie porque le recuerda (y no se equivoca) a su libro favorito: *La Isla del Tesoro*.

Los ocho, que jamás se han visto las caras ni tienen más puntos en común que ser fanáticos de una serie de la televisión o de un idioma que no es el materno, traducen al castellano el bloque de texto que le corresponde a cada uno. Tardan aproximadamente dos horas en hacer su parte del trabajo,

y dos horas más en discutir la exactitud de determinados pasajes de la traducción; después Javier, el primero, coordina la unificación y el envío a La Red. Ninguno de los ocho cobra dinero para hacer este trabajo semanal: para algunos es una buena forma de practicar inglés, para otros es una manera natural de compartir un gusto.

A esa misma hora Fabio, un adolescente a destiempo que vive en Rosario, a costas de sus padres a pesar de sus 23 años, encuentra por fin en el *e-mule* la traducción al castellano del texto. Con un programa incrusta los subtítulos al video original, desesperado por mirar el capítulo de la serie. A veces su madre lo interrumpe en mitad de la noche:

—¿Todavía estás ahí metido en Internet, Fabio? ¿Cuándo vas a hacer algo por los demás, o te pensás que todo empieza y termina en vos?

—Tenés razón mamá, ahora mismo apago —dice él, pero antes de irse a dormir coloca el archivo subtulado en su carpeta de *compartidos* para que cualquiera, desde cualquier máquina, desde cualquier lugar del mundo, pueda bajarlo. Fabio jamás olvida ese detalle.

Los jueves suelo levantarme a las once de la mañana, casi a la misma hora en que Fabio, a quien no conozco, se ha ido a dormir en Rosario. Mientras me preparo el mate y reviso el correo, busco en Internet si ya está la versión original con subtítulos en español de mi serie preferida, que emitió ocho horas antes la cadena ABC en Estados Unidos. Siempre (nunca ha fallado) encuentro una versión flamante y me paso todo el resto de la mañana bajándola lentamente a mi disco rígido, para poder ver el capítulo en la tele después de almorzar. Mientras espero, escribo un cuento o un artículo en Internet: lo hago porque me resulta placentero escribir, y porque quizás haya gente, en alguna parte, esperando que lo haga.

El artículo de este jueves habla de nosotros, de las personas que compartimos nuestros gustos y aficiones. Dice, palabras más, palabras menos, algo que hace veinticinco años dijo Borges mucho mejor que yo, en un poema maravilloso que se llama *Los Justos*:

*Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.  
El que agradece que en la tierra haya música.*

*El que descubre con placer una etimología.  
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.  
El ceramista que premedita un color y una forma.  
Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.  
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.  
El que acaricia a un animal dormido.  
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.  
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.  
El que prefiere que los otros tengan razón.  
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.*



HERNÁN CASCIARI. Nació en Mercedes, Buenos Aires, en marzo de 1971. Es escritor y periodista. Ha recibido el Primer Premio de Novela en la Bienal de Arte de Buenos Aires (1991), con la novela *Subir de espaldas la vida*, y el premio Juan Rulfo (París, 1998), con el relato *Ropa sucia*. Desde el año 2000 está radicado en Barcelona, desde donde ha escrito una serie de blogonovelas pioneras en la literatura por Internet. En febrero de 2004 comienza a escribir artículos, ensayos y piezas cortas de ficción en su blog personal *Orsai*. Ha publicado las novelas *El pibe que arruinaba las fotos* y *Más respeto que soy tu madre* (que adaptó al teatro con gran éxito Antonio Gasalla), y los libros de relatos, *España, decí alpiste*, *El nuevo paraíso de los tontos* y *Charlas con mi hemisferio derecho*. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. Hasta septiembre de 2010 fue columnista semanal de opinión en *El País* (España) y *La Nación* (Argentina), periódicos a los que renunció para embarcarse en el proyecto *Orsai*.